Bertrand Russell

ENSAYOS IMPOPULARES

Los libros de Sísifo

edhasa

Bertrand Russell (1872-1970) fue un hombre de una curiosidad intelectual casi ilimitada. Estudió matemáticas, física y ciencias humanas en Cambridge. Su teoría de los tipos, con la que daba respuesta a la grave crisis que atravesaba la teoría de los conjuntos, abrió un nuevo campo a la lógica formal. En la filosofía moral y social, abordó las contradicciones entre individuo y sociedad, libertad y orden, progresismo y pesimismo, etcétera. Su insobornable actividad crítica hizo que fuera encarcelado en dos ocasiones. Enfrentado a la carrera armamentística nuclear y la violencia en general, presidió el tribunal que juzgó los crímenes de guerra en Vietnam. Fue profesor en Cambridge y conferenciante en universidades y centros culturales de todo el mundo, y en 1950 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Destacan en su vasta obra *Principia mathematica, La educación y el orden social, Elogio de la ociosidad, Fundamentos de filosofía, Ensayos impopulares, Pesadillas de personas eminentes y Misticismo y lógica* entre otras. En 1989 Edhasa publicó *Lo mejor de Bertrand Russell* y en 1991 su extensa *Autobiografía.*

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/ensayosimpopular0000bert

ENSAYOS IMPOPULARES

BERTRAND RUSSELL

ENSAYOS IMPOPULARES

edhasa

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *«Unpopular Essays»*

Traducción de Floreal Mazía

Diseño de la cubierta: Jordi Sàbat

Primera edición: febrero de 2003

© Bertrand Russell, 1950
© de la presente edición: Edhasa, 1985, 2003
Traducción de la edición inglesa autorizada por Routledge,
miembro del Grupo Taylor & Francis
Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
Tel. 93 494.97.20
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN: 84-350-2713-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita
de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas
en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler
o préstamo público.

Impreso por Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Depósito legal: B-2.186-2003

Impreso en España

Índice

Prefacio 9
Reconocimiento 11
Filosofía y política 13
Filosofía para legos. 49
El futuro de la humanidad 71
Los motivos últimos de la filosofía 89
La superior virtud de los oprimidos 111
Sobre la mentalidad moderna 123
Esbozo del disparate intelectual. 133
Las funciones de un maestro 205
Ideas que han ayudado a la humanidad 227
Ideas que han perjudicado a la humanidad . . 265
Hombres eminentes que he conocido 301
Nota necrológica 313

Prefacio

La mayor parte de los siguientes ensayos, que fueron escritos en distintas épocas de los quince últimos años, tienden a combatir, en una u otra forma, el desarrollo del dogmatismo, ya sea de derechas o de izquierdas, que hasta ahora ha caracterizado a nuestro trágico siglo. Están inspirados por ese serio propósito aun cuando, en ocasiones, parezcan ligeros, porque los solemnes y pontificantes no pueden ser combatidos con éxito si se muestra uno aún más solemne y más pontificante.

Unas palabras en cuanto al título. En el Prefacio a mi Conocimiento humano *dije que no escribía solamente para los filósofos profesionales, y que «la filosofía propiamente dicha trata de materias de interés para el público educado en general». Los críticos me llamaron a capítulo, diciendo que algunas partes del libro les resultaban difíciles e indicando que mis palabras inducían a error a los compradores. No quiero hacerme nuevamente acreedor de tal acusación. Confesaré, pues, que hay varias*

frases en este volumen que algunos chiquillos extraordinariamente tontos de diez años podrían encontrar un tanto desconcertantes. Por tal motivo, no pretendo que los ensayos sean populares. Y si no son populares, pues entonces serán «impopulares».

BERTRAND RUSSELL
Abril de 1950

Reconocimiento

Tres de los ensayos incluidos en este volumen («Esbozo del disparate intelectual», «Ideas que han ayudado a la humanidad» e «Ideas que han perjudicado a la humanidad») fueron publicados originariamente por E. Haldeman-Julius, de Girard, Kansas, con cuyo permiso se reimprimen ahora.

B. R.

Filosofía y política

Los británicos se distinguen entre las naciones de la Europa moderna, por una parte por la excelencia de sus filósofos y por la otra por su desprecio hacia la filosofía. En ambos sentidos demuestran su sabiduría. Pero el desprecio por la filosofía, si se desarrolla hasta el punto de hacerse sistemático, es en sí mismo una filosofía; es la filosofía que en Norteamérica se denomina «instrumentalismo». Sugiero que la filosofía, si es una mala filosofía, puede ser peligrosa y por lo tanto se merece ese grado de respeto negativo que concedemos al rayo y a los tigres. Dejaré por el momento sin decidir la cuestión de qué respeto positivo se debe a la «buena» filosofía.

La relación de la filosofía con la política, que es el tema de mi disertación, ha sido menos evidente en Gran Bretaña que en los países del continente. El empirismo, en términos generales, está relacio-

nado con el liberalismo, pero Hume fue un *tory;* lo que los filósofos llaman «idealismo» tiene, en general, una conexión similar con el conservadurismo, pero T. H. Green fue un liberal. En el continente, las distinciones han sido más netas y ha habido mayor disposición a aceptar o rechazar un bloque de doctrinas en conjunto, sin un análisis crítico de cada una de sus partes.

En la mayor parte de los países civilizados, en la mayoría de las épocas, la filosofía ha sido una cuestión respecto de la cual las autoridades sustentaban una opinión oficial, y, salvo donde prevalece la democracia liberal, tal sigue siendo el caso. La Iglesia católica está relacionada con la filosofía de Aquino, el gobierno soviético con la de Marx. Los nazis sostuvieron el idealismo germano, aunque no quedó claramente establecido el grado de fidelidad que se debía mostrar a Kant, Fichte o Hegel. Los católicos, los nazis y los comunistas consideran que sus puntos de vista sobre política práctica están unidos a sus puntos de vista sobre filosofía teórica. El liberalismo democrático, en sus primeros éxitos, estaba relacionado con la filosofía empírica desarrollada por Locke. Quiero considerar esta relación de la filosofía con los sistemas políticos tal como en realidad se ha dado, e investigar hasta qué punto

es una relación lógica válida y hasta qué punto tiene una especie de inevitabilidad psicológica, aunque no sea lógica. En la medida en que esas relaciones existen, la filosofía de un hombre tiene importancia práctica, y una filosofía predominante puede tener una conexión íntima con la felicidad o desdicha de grandes sectores de la humanidad.

La palabra «filosofía» es un término cuyo significado en modo alguno ha sido fijado. Como la palabra «religión», tiene un sentido cuando se la usa para describir ciertas características de las culturas históricas y otro para denotar un estudio o una actitud mental que se considera deseable en la actualidad. La filosofía, tal como se estudia en las universidades del mundo democrático occidental, es, por lo menos como intento, parte de la búsqueda del conocimiento. Pretende lograr la misma clase de objetividad que se busca en la ciencia, y las autoridades no le exigen que llegue a conclusiones convenientes para el gobierno. Muchos profesores de filosofía repudiarían, no sólo la intención de influir en la política de sus alumnos, sino también el punto de vista de que la filosofía debería inculcar virtud. Eso, dirían, tiene tan poco que ver con el filósofo como con el físico o el químico. El conocimiento, dirían, debe ser el único objetivo de la

enseñanza universitaria; la virtud debe quedar para los padres, los maestros y las iglesias.

Pero esta opinión sobre la filosofía, hacia la cual siento gran simpatía, es modernísima, y aun, en el mundo moderno, excepcional. Existe un punto de vista completamente distinto, que ha prevalecido desde la antigüedad, y al cual la filosofía debe su importancia social y política.

La filosofía, en ese sentido históricamente corriente, ha surgido del intento de producir una síntesis de ciencia y religión, o, quizá con más exactitud, de combinar una doctrina acerca de la naturaleza del universo y el lugar que en éste ocupa el hombre con una ética práctica que inculcase lo que se consideraba la mejor forma de vida. La filosofía se distinguía de la religión por el hecho de que, al menos nominalmente, no recurría a la autoridad ni a la tradición; se distinguía de la ciencia por el hecho de que una parte esencial de su objetivo era decir a los hombres cómo tenían que vivir. Sus teorías cosmológicas y éticas estaban estrechamente interrelacionadas: a veces, motivos éticos influían sobre los puntos de vista del filósofo en cuanto a la naturaleza del universo; otras, sus puntos de vista en lo concerniente al universo le llevaban a conclusiones éticas. Y, para la mayoría de

los filósofos, las opiniones éticas implicaban consecuencias políticas: algunos valoraban la democracia, otros la oligarquía; algunos alababan la libertad, otros la disciplina. Casi todos los tipos de filosofía fueron inventados por los griegos, y las controversias de nuestra época eran ya vigorosas entre los presocráticos.

El problema fundamental de la ética y la política es el de encontrar alguna forma de reconciliar las necesidades de la vida social con la urgencia de los deseos individuales. Esto se ha logrado –hasta donde se ha logrado– por medio de distintos arbitrios. Donde existe un gobierno, puede utilizarse la legislación penal para impedir acciones antisociales por parte de los que no pertenecen al gobierno, y la ley puede ser reforzada mediante la religión cuando ésta enseña que desobediencia significa irreligiosidad. Donde existe un clero lo bastante influyente para imponer su código moral a los gobernantes laicos, incluso éstos quedan, hasta cierto punto, sometidos a la ley; de esto existen abundantes ejemplos en el Antiguo Testamento y en la historia medieval. Los reyes que realmente creen en el gobierno divino del mundo y en un sistema de recompensas y castigos en la otra vida, no se sienten omnipotentes ni capaces de pecar con

impunidad. Este sentimiento es expresado por el rey en *Hamlet*, cuando establece el contraste entre la inflexibilidad de la justicia divina y el sometimiento de los jueces terrenos al poder real.

Los filósofos, siempre que han acometido el problema de conservar la coherencia social, han buscado soluciones menos evidentemente dependientes del dogma que las ofrecidas por las religiones oficiales. La mayor parte de la filosofía ha sido una reacción contra el escepticismo; ha surgido en épocas en que la autoridad no bastaba ya para producir el mínimo de confianza socialmente necesario y era preciso inventar argumentos nominalmente racionales para lograr el mismo resultado. Este motivo ha hecho que una profunda insinceridad infectara a gran parte de la filosofía, tanto la antigua como la moderna. Existía el temor, a menudo inconsciente, de que el pensamiento claro condujese a la anarquía, y tal temor hizo que los filósofos se ocultasen en nebulosidades de falacia y oscuridad.

Por supuesto, hubo excepciones; las más notables son Protágoras en la antigüedad y Hume en los tiempos modernos. Ambos, debido a su escepticismo, eran políticamente conservadores. Protágoras no sabía si los dioses existían, pero sostenía

que, de cualquier modo, debían ser adorados. La filosofía, según él, no tenía nada edificante que enseñar, y para la supervivencia de la moral debemos apoyarnos en la inconsciencia de la mayoría y en su disposición a creer lo que se le ha enseñado. En consecuencia, no debe hacerse nada que debilite la fuerza popular de la tradición.

Lo mismo, hasta cierto punto, puede decirse de Hume. Después de proclamar sus conclusiones escépticas, que –lo admite– no son adecuadas como normas de vida, sigue con un consejo práctico que, si se aceptase, impediría que nadie le leyese. «Sólo la negligencia y la inatención pueden proporcionarnos algún remedio –dice–. Por este motivo, confío absolutamente en ellas.» No expone, a este propósito, las razones que tiene para ser *tory*, pero resulta evidente que la «negligencia y la inatención», si bien pueden llevar a una aceptación conformista del *statu quo,* no pueden, sin ayuda, conducir a un hombre a defender tal o cual plan de reforma.

Hobbes, aunque menos escéptico que Hume, estaba igualmente convencido de que el gobierno no tiene un origen divino, y llegó igualmente, por el camino de la incredulidad, a la defensa del conservadurismo extremo.

Protágoras fue «refutado» por Platón, y Hume por Kant y Hegel. En cada uno de los casos el mundo filosófico lanzó un suspiro de alivio y se abstuvo de examinar demasiado minuciosamente la validez intelectual de las «refutaciones», que en cada caso tenían consecuencias políticas así como teóricas (aunque, en el caso de la «refutación» a Hume, no fue el liberal Kant sino el reaccionario Hegel quien desarrolló las consecuencias *políticas*).

Pero los escépticos cabales, tales como Protágoras y Hume, nunca han sido influyentes, y han servido principalmente como espantajos, utilizados por los reaccionarios para aterrorizar a la gente y hacerle aceptar el dogmatismo irracionalista. Los adversarios realmente poderosos contra los cuales tuvieron que luchar Platón y Hegel no fueron escépticos, sino empiristas: Demócrito en un caso y Locke en el otro. En ambos casos, el empirismo estaba relacionado con la democracia y con una ética más o menos utilitaria. En cada caso, la nueva filosofía logró presentarse como más noble y más profunda que la filosofía del buen sentido pedestre a la que venía a sustituir. En cada caso, en nombre de todo lo que era más sublime, la nueva filosofía se convertía en campeona de la injusticia, la crueldad y la oposición al progreso. En Hegel, esto ha

llegado más o menos a reconocerse; en Platón sigue siendo en cierto modo una paradoja, aunque el doctor K. R. Popper, en un libro reciente,[1] lo ha postulado brillantemente.

Platón, según Diógenes Laercio, expresó la opinión de que todos los libros de Demócrito debían ser quemados. Su deseo quedó satisfecho hasta tal punto que no sobrevive ninguno de los escritos de Demócrito. Platón, en sus *Diálogos*, no le menciona ni una vez; Aristóteles hizo alguna relación de sus doctrinas; Epicuro le vulgarizó, y, finalmente, Lucrecio puso en verso las doctrinas de Epicuro. Lucrecio sobrevivió por un feliz accidente. Reconstruir a Demócrito por medio de la controversia de Aristóteles y de la poesía de Lucrecio no resulta fácil; es casi como si tuviésemos que reconstruir a Platón por la refutación de Locke de las ideas innatas y por «La otra noche vi la eternidad» de Vaughan. Aun así, puede hacerse lo suficiente como para explicar y condenar el odio de Platón.

Demócrito es principalmente famoso (junto con Leucipo) como fundador del atomismo, que defendió a despecho de las objeciones de los meta-

1. *The Open Society and its Enemies.* La misma tesis se sostiene en mi *Historia de la filosofía occidental.*

físicos, objeciones que fueron repetidas por los sucesores de éstos, hasta Descartes y Leibniz inclusive. Sin embargo, su atomismo no era más que una parte de su filosofía general. Era un materialista, un determinista, un librepensador, un utilitario a quien le desagradaban todas las pasiones fuertes, un creyente en la evolución, tanto astronómica como biológica.

Como los hombres del siglo XVIII de opiniones similares a las suyas, Demócrito era un ardiente demócrata. «La pobreza en una democracia –dice– debe ser tan preferida a lo que se llama prosperidad bajo los déspotas, como la libertad es preferida a la esclavitud.» Fue contemporáneo de Sócrates y Protágoras y conciudadano de este último; floreció durante los primeros años de la guerra del Peloponeso, pero es posible que muriera antes de que ésta terminase. Esta guerra concentró la lucha que se libraba en todo el mundo helénico entre la democracia y la oligarquía. Esparta defendía la oligarquía; lo mismo hacían la familia y los amigos de Platón, que de tal modo se convirtieron en colaboracionistas. Se afirma que su traición contribuyó a la derrota de Atenas. Después de dicha derrota, Platón se dedicó a entonar las alabanzas de los vencedores construyendo una Utopía, cuyas

principales características eran sugeridas por la constitución de Esparta. Ello no obstante, era tanta su habilidad artística que los liberales jamás advirtieron sus tendencias reaccionarias, hasta que sus discípulos Lenin y Hitler les proporcionaron una exégesis práctica.[2]

Que la República de Platón haya sido admirada, en su aspecto político, por gente decente constituye quizás el ejemplo más sorprendente de esnobismo literario de toda la historia. Consideremos algunos puntos de ese tratado totalitario. El principal propósito de la educación, al cual se subordina todo lo demás, es producir bravura en el combate. Con ese fin, es preciso que se haga una rígida censura de los cuentos que las madres y las nodrizas relatan a los niños; no se leerá a Homero, porque ese degradado versificador hace que los héroes se lamenten y los dioses rían; el drama será prohibido, porque en él aparecen villanos y mujeres; sólo habrá ciertas clases de música: en términos modernos, sería como *Rule Britannia* y *The British Grenadiers.* El gobierno estará en manos de una pequeña oligarquía, que utilizará ardides y

2. En 1920 comparé el Estado soviético con la República de Platón, con pareja indignación de comunistas y platonistas.

embustes: ardides en la manipulación de los resultados de los sorteos con fines eugenésicos, y complicados embustes para convencer a la población de que existen diferencias biológicas entre las clases superior e inferior. Finalmente, debe llevarse a cabo un infanticidio a gran escala cuando nazcan niños de cualquier modo que no sea de resultas del fraude del gobierno en el sorteo.

No importa si el pueblo es feliz en esta comunidad –se nos dice–, porque la excelencia reside en el todo, no en las partes. La ciudad de Platón es una copia de la ciudad eterna establecida en el cielo; quizás en el cielo gocemos de la clase de existencia que aquélla nos ofrece, pero, si no disfrutamos de ella aquí en la tierra, tanto peor para nosotros.

Este sistema extrae su fuerza persuasiva del maridaje entre el prejuicio aristocrático y la «filosofía divina»; sin esta última, su repulsividad sería patente. Las hermosas palabras en cuanto a lo bueno y lo inmutable hacen posible adormecer al lector y llevarle a aceptar la doctrina de que los sabios deben gobernar y de que el objetivo de éstos tiene que ser mantener el *statu quo*, como lo hace el estado ideal del cielo. Para cualquier hombre de fuertes convicciones políticas (y los griegos tenían pasiones políticas sorprendentemente vehementes) resul-

tará evidente que «los buenos» son los de su propio partido y que, si ellos pudiesen establecer la constitución que desean, ya no sería necesario ningún cambio posterior. Así pensaba también Platón, pero, ocultando su pensamiento en una bruma metafísica, le dio un aspecto impersonal y desinteresado que engañó al mundo durante siglos.

El ideal de la perfección estática, que Platón sacó de Parménides y corporizó en su teoría de las ideas, es ahora generalmente reconocido como inaplicable a los asuntos humanos. El hombre es un animal inquieto; no se conforma, como la boa constrictor, con ingerir una buena comida una vez por mes y dormir el resto del tiempo. Para su felicidad, el hombre necesita, no sólo del disfrute de esto o aquello, sino también de la esperanza y la iniciativa y el cambio. Como dice Hobbes: «La felicidad consiste en prosperar, no en haber prosperado». Entre los filósofos modernos, el ideal del éxtasis interminable e inmutable ha sido reemplazado por el de la evolución, en la que se supone que existe un avance ordenado hacia una meta que nunca es alcanzada del todo o que, por lo menos, no ha sido alcanzada en el momento en que se escribe esto. Este cambio de visión es parte de la sustitución de la estática por la dinámica, sustitución que comenzó con Galileo y

que ha afectado cada vez más a todo el pensamiento moderno, ya sea científico o político.

El cambio es una cosa, el progreso otra. El «cambio» es científico, el «progreso» es ético; el cambio es indudable, en tanto que el progreso es cuestión de controversia. Consideremos primeramente el cambio, tal como aparece en la ciencia.

Hasta la época de Galileo, los astrónomos, siguiendo a Aristóteles, creían que todo lo que existe en el cielo, de la Luna hacia arriba, era inmutable e incorruptible. Desde Laplace, ningún astrónomo respetable ha sostenido esa opinión. Ahora creemos que las nebulosas, las estrellas y los planetas se han desarrollado gradualmente. Algunas estrellas, por ejemplo la compañera de Sirio, están «muertas»; en cierto momento han sufrido un cataclismo que disminuyó enormemente la cantidad de luz y de calor que irradiaba de ellas. Nuestro propio planeta, por el cual los filósofos tienen tendencia a mostrar un interés parroquial y excesivo, fue otrora demasiado caliente para albergar vida, y con el tiempo será demasiado frío. Después de siglos durante los cuales la tierra produjo inofensivos trilobites y mariposas, la evolución progresó hasta el punto de engendrar gentes como Nerón, Gengis Kan y Hitler. Ello, sin em-

bargo, es una pesadilla pasajera; con el tiempo, la Tierra será nuevamente incapaz de cobijar vida y la paz volverá.

Pero este insensato movimiento de péndulo, que es todo lo que la ciencia tiene para ofrecer, no ha satisfecho a los filósofos. Éstos afirmaron haber descubierto una fórmula de progreso que demostraba que el mundo se tornaba gradualmente más y más de su agrado. La receta para una filosofía de este tipo es sencilla. El filósofo decide previamente cuáles son las características del mundo existentes que le proporcionan placer y cuáles las que le desagradan. Luego, por medio de una cuidadosa selección de los hechos, se convence a sí mismo de que el universo está sometido a una ley general que conduce a un aumento de lo que le resulta placentero y a una disminución de lo que le es odioso. A continuación, habiendo formulado su ley de progreso, se dirige al público y dice: «Es fatal que el mundo se desarrolle como yo digo; por lo tanto, los que quieran estar en el bando triunfador y no deseen librar una guerra infructuosa contra lo inevitable, se unirán a mi partido». Los que se oponen a él son condenados como antifilosóficos, anticientíficos y pasados de moda, en tanto que los que están de acuerdo con él se sienten seguros de la vic-

toria, puesto que el universo está de parte de ellos. Al mismo tiempo, el bando triunfador, por motivos que permanecen un tanto oscuros, es presentado como el bando de la virtud.

Quien primero desarrolló por completo este punto de vista fue Hegel. La filosofía de Hegel es tan extraña que nadie habría podido esperar que lograse hacer que hombres cuerdos la aceptasen; pero lo logró. La expresó con tanta oscuridad que la gente pensó que debía de ser profunda. Puede ser fácilmente explicada con lucidez en palabras sencillas, pero en ese caso su absurdidad se torna palmaria. Lo que sigue no es una caricatura, aunque, desde luego, los hegelianos sostendrán que lo es.

La filosofía de Hegel, en esbozo, es como sigue. La realidad real carece de tiempo, como en Parménides y Platón, pero existe asimismo una realidad aparente, que consiste en el mundo cotidiano en espacio y en tiempo. El carácter de la realidad real sólo puede ser determinado por la lógica, puesto que existe una sola clase de realidad posible que no sea contradictoria en sí misma. Esto es denominado la «Idea Absoluta». De la cual da la siguiente definición: «*La Idea Absoluta.* La idea, como unidad de la Idea subjetiva y objetiva, es la noción de la Idea –una noción cuyo objeto es la Idea como

tal, y para la cual el objetivo es la Idea–, un Objeto que abarca todas las características en su unidad». Lamento tener que estropear la luminosa claridad de esta frase con un comentario, pero, en rigor, lo mismo podría ser expresado diciendo: «La Idea Absoluta es pensamiento puro pensando acerca del pensamiento puro». Hegel ha demostrado ya a su satisfacción que toda Realidad es pensamiento, de lo cual se sigue que el pensamiento no puede pensar en otra cosa que en el pensamiento, puesto que no existe otra cosa acerca de la cual pensar. Algunos podrían encontrar esto un poco aburrido; podrían decir: «A mí me gusta pensar en el Cabo de Hornos y en el Polo Sur y en el monte Everest y en la gran nebulosa de Andrómeda; me agrada meditar sobre las edades en que la tierra se enfriaba mientras el mar hervía y los volcanes surgían y desaparecían entre la noche y la mañana. Opino que su precepto de que debo llenarme la mente con las lucubraciones de profesores barajadores de palabras es intolerablemente majadero, y, de veras, si ése es el "final feliz" que me ofrecen, no veo que valiese la pena abrirme paso a través de toda la verborrea que le llevó a él».Y con tales palabras dirían adiós a la filosofía y vivirían dichosos por siempre jamás.

Pero si le damos la razón a esas gentes, estaremos haciéndole a Hegel una injusticia, Dios no lo permita. Porque Hegel haría observar que, si bien el Absoluto, como el Dios de Aristóteles, no piensa jamás sino en sí mismo porque sabe que todo lo demás es una ilusión, nosotros, que estamos obligados a vivir en el mundo de los fenómenos como esclavos del proceso temporal, viendo solamente las partes y aprehendiendo sólo vagamente el todo en momentos de discernimiento místico, nosotros, ilusorios productos de la ilusión, estamos obligados a pensar como si el Cabo de Hornos existiese por sí mismo y no meramente como una idea de la Divina Mente. Cuando pensamos que pensamos en el Cabo de Hornos, lo que en realidad sucede es que el Absoluto tiene conciencia de un pensamiento cabo-hornesco. En verdad tiene tal pensamiento, o más bien tal aspecto del único pensamiento que intemporalmente piensa y es, y ésa es la única realidad que corresponde al Cabo de Hornos. Pero como no podemos llegar a tales alturas, lo hacemos lo mejor que podemos al pensar en el Cabo en la vulgar forma geográfica.

Pero, podría preguntar alguien, ¿qué tiene que ver esto con la política? A primera vista, quizá, no mucho. Para Hegel, sin embargo, la relación resul-

ta evidente. De su metafísica se sigue que la verdadera libertad consiste en la obediencia a una autoridad arbitraria, que la libertad de palabra es un mal, que la monarquía absoluta es buena, que el estado prusiano era el mejor que existía en la época en que él escribió, que la guerra es buena y que una organización internacional para el arreglo pacífico de las disputas sería una desgracia.

Es posible que algunos de mis lectores no entiendan de inmediato cómo se siguen esas consecuencias, de modo que espero que se me perdone si digo algunas palabras en cuanto a los pasos intermedios.

Aunque el tiempo es irreal, la serie de apariciones que constituyen la historia tiene una curiosa relación con la Realidad. Hegel descubrió la naturaleza de la Realidad gracias a un proceso puramente lógico llamado «dialéctica», que consiste en descubrir contradicciones en las ideas abstractas y corregirlas haciéndolas menos abstractas. Cada una de tales ideas abstractas es concebida como una etapa en el desarrollo de la «Idea», y la última etapa es la «Idea Absoluta».

Cosa rara, por algún motivo que Hegel jamás divulgó, el proceso temporal de la historia repite el desarrollo lógico de la dialéctica. Podría pensarse,

puesto que la metafísica pretende regir para toda la Realidad, que el proceso temporal que la sigue paralelamente tiene que ser cósmico, pero no hay tal cosa: es puramente terrestre, se limita a la historia documentada, y (por increíble que ello pueda parecer) a la historia que Hegel conocía. Distintas naciones, en distintas épocas, han encarnado las etapas de la idea que la dialéctica alcanzó en tales épocas. De China, Hegel sólo sabía que *era*; por lo tanto, China ilustraba la categoría de simple Ser. De la India sólo sabía que los budistas creían en el nirvana, de modo que la India ilustraba la categoría de Nada. Los griegos y los romanos avanzaron bastante en la lista de categorías, pero todas las últimas etapas han sido dedicadas a los alemanes, quienes, desde los tiempos de la caída de Roma, han sido los únicos portaestandartes de la Idea y, ya en 1830, estaban muy cerca de comprender la Idea Absoluta.

Para cualquiera que todavía albergue la esperanza de que el hombre es un animal más o menos racional, el éxito de este fárrago de disparates debe parecer sorprendente. En la época de Hegel, su sistema era aceptado por la mayor parte de los jóvenes alemanes académicamente educados, cosa que quizá se explique por el hecho de que dicho sistema halagaba la autoestima alemana. Pero es más sor-

prendente el éxito que alcanzó fuera de Alemania. Cuando yo era joven, la mayoría de los profesores de filosofía de las universidades inglesas y norteamericanas eran hegelianos, de modo que, hasta que leí a Hegel, supuse que debía de existir alguna verdad en su sistema; pero me curé cuando descubrí que todo lo que decía acerca de la filosofía de las matemáticas era un puro desatino.

Lo más curioso de todo fue su efecto sobre Marx, quien adoptó algunos de sus dogmas más fantásticos, especialmente la creencia de que la historia se desarrolla según un plan lógico y trata, como la dialéctica puramente abstracta, de encontrar formas de evitar la contradicción interna. En una gran parte de la tierra, uno puede ser eliminado si pone en duda ese dogma, y eminentes hombres de ciencia occidentales, que simpatizan políticamente con Rusia, muestran su simpatía utilizando la palabra «contradicción» en formas que no puede aprobar ningún lógico que se respete.

Al buscar una relación entre la política y la metafísica de un hombre como Hegel, debemos contentarnos con ciertas características sumamente generales de su programa práctico. El que Hegel glorificara a Prusia fue un poco accidental; en sus años de juventud había admirado ardientemente

a Napoleón, y sólo se convirtió en un patriota alemán cuando llegó a ser un funcionario del estado prusiano. Aun en la última forma de su Filosofía de la Historia, sigue mencionando a Alejandro, César y Napoleón como hombres lo bastante grandes para tener derecho a considerarse liberados de las obligaciones de la ley moral. Lo que su filosofía le constreñía a admirar no era Alemania en contraposición con Francia, sino el orden, el sistema, la regulación y la intensidad de la fiscalización gubernamental. Su deificación del estado habría resultado igualmente escandalosa si el estado en cuestión hubiese sido el despotismo de Napoleón. Según su opinión, él sabía qué necesitaba el mundo, aunque no lo supiesen la mayoría de los hombres; un gobierno fuerte podría obligar a los hombres a actuar para bien, cosa que jamás podría lograr la democracia. Heráclito, con quien Hegel estaba profundamente en deuda, dice: «Todos los animales son arreados a golpes hacia el pastizal». Sea como fuere, no nos olvidemos de los golpes; el que lleven o no hacia el pastizal es cosa de menor importancia (excepto, claro está, para «los animales»).

Es evidente que un sistema autocrático, tal como el propugnado por Hegel o por los actuales discípulos de Marx, sólo es teóricamente justificable

sobre la base de un dogma indiscutido. Si se sabe con seguridad cuál es el propósito del universo en relación con la vida humana, qué ocurrirá y qué es bueno para la gente, aunque ésta no opine lo mismo; si se puede decir, como lo hace Hegel, que su teoría de la historia es «un resultado que *yo* conozco, porque he recorrido todo ese campo»..., entonces se sentirá que ningún grado de coerción es demasiado grande, siempre que conduzca a la meta.

La única filosofía que permite una justificación teórica de la democracia, y que concuerda con la democracia en su disposición mental, es el empirismo. Locke, que puede ser considerado, por lo que respecta al mundo moderno, como el fundador del empirismo, aclara cuán íntimamente está éste relacionado con sus opiniones sobre la libertad y la tolerancia con su oposición a la monarquía absoluta. Jamás se cansa de subrayar la incertidumbre de la mayor parte de nuestro conocimiento, no con una intención escéptica como la de Hume, sino con la de hacer que los hombres adviertan que *pueden* estar equivocados y que deberían tener en cuenta esa posibilidad en todos sus tratos con todos los hombres de opiniones distintas de las de ellos. Había visto los males causados por el «entusiasmo»

de los sectarios y por el dogma de los reyes por derecho divino; a ambos opuso una doctrina política de remiendos y trocitos, que debía ser puesta a prueba en cada punto por su éxito en la aplicación práctica.

Lo que puede llamarse, en un sentido amplio, la teoría liberal de la política es un producto constante del comercio. El primer ejemplo que se conoce de ella apareció en las ciudades jónicas del Asia Menor, que vivían comerciando con Egipto y Lidia. Cuando Atenas, en la época de Pericles, se volvió comercial, los atenienses se hicieron liberales. Después de un largo eclipse, las ideas liberales revivieron en las ciudades lombardas de la Edad Media, y predominaron en Italia hasta que fueron extinguidas por los españoles en el siglo XVI. Pero los españoles no lograron conquistar Holanda o someter a Inglaterra, y esos países fueron los adalides del liberalismo y los líderes del comercio en el siglo XVII. En nuestros días, la jefatura ha pasado a los Estados Unidos.

Los motivos para la vinculación del comercio con el liberalismo resultan evidentes. El comercio pone a los hombres en contacto con costumbres «tribales» distintas de las propias, y eso destruye el dogmatismo de los que han viajado poco. La relación

entre el comprador y el vendedor es de negociación entre dos partes, ambas libres; es más provechoso que el comprador o el vendedor estén en condiciones de entender el punto de vista de la otra parte. Naturalmente, existe el comercio imperialista, en el que los hombres son obligados a comprar a punta de espada; pero ese tipo de comercio no es el que engendra las filosofías liberales, que han florecido mejor en ciudades comerciales que poseen riqueza sin mucho poderío militar. En la actualidad, la analogía más aproximada con las ciudades comerciales de la Antigüedad y la Edad Media se encuentra en los países pequeños tales como Suiza, Holanda y Escandinavia.

El credo liberal, en la práctica, es un credo de vivir y dejar vivir, de tolerancia y libertad hasta donde lo permite el orden público, de moderación y ausencia de fanatismo en los programas políticos. Hasta la democracia, cuando se hace fanática, como ocurrió entre los discípulos de Rousseau en la Revolución Francesa, deja de ser liberal; por cierto que una fe fanática en la democracia hace imposibles las instituciones democráticas, como se vio en Inglaterra bajo Cromwell y en Francia bajo Robespierre. El verdadero liberal no dice: «Esto es cierto»; dice: «Me siento inclinado a pensar que, en

las condiciones actuales, esta opinión es probablemente la mejor». Y sólo en ese sentido limitado y poco dogmático defenderá la democracia.

¿Qué dice la filosofía teórica en cuanto a la validez o la invalidez de la perspectiva liberal?

La esencia de la perspectiva liberal reside, no en *qué* opiniones se sostienen, sino en *cómo* se las sostiene: en lugar de ser afirmadas dogmáticamente, son sostenidas tentativamente y con conciencia de que nuevas evidencias pueden en cualquier momento obligar a abandonarlas. Ésa es la forma en que se sostienen opiniones en la ciencia, en contraposición con la forma en que son sostenidas en la teología. Las decisiones del Concilio de Nicea siguen siendo autorizadas, pero en la ciencia las opiniones del siglo XIV no tienen ya peso alguno. En la URSS, las afirmaciones de Marx sobre materialismo dialéctico son aceptadas tan sin discusión que ayudan a decidir los puntos de vista de los genetistas en lo referente a la manera de obtener la mejor clase de trigo,[3] aunque en el resto del mundo se piense que los experimentos constituyen la forma correcta de estudiar tales problemas. La ciencia es

3. Véase *The New Genetics in the Soviet Union*, por Hudson y Richens. Escuela de Agricultura, Cambridge, 1946.

empírica, tentativa y antidogmática; todo dogma inmutable es anticientífico. La visión científica, entonces, es la contraparte intelectual de lo que, en la esfera práctica, es la perspectiva del liberalismo.

Locke, que fue el primero en desarrollar en detalle la teoría empirista del conocimiento, predicó también la tolerancia religiosa, las instituciones representativas y la limitación del poder gubernamental por medio de un sistema de controles y equilibrios. Pocas de sus doctrinas eran nuevas, pero las desarrolló de forma seria, precisamente en el momento en que el gobierno inglés estaba preparado para aceptarlas. Como los otros hombres de 1688, era un rebelde sólo a desgana, y le desagradaba la anarquía tanto como le disgustaba el despotismo. En cuestiones intelectuales y prácticas, estaba de parte del orden sin autoridad; y esto podría ser tomado como el lema de la ciencia y del liberalismo. Depende, está claro, del consentimiento o el asentimiento alcanzados. En el mundo intelectual implica normas de evidencia que, después de una adecuada discusión, llevarán a cierto grado de acuerdo entre expertos. En el mundo práctico significa sumisión a la mayoría después de que todas las partes hayan tenido una oportunidad para presentar su opinión.

En ambos sentidos, su momento fue afortunado. La gran controversia entre los sistemas tolomeico y copernicano había quedado resuelta, y las dudas científicas no podían ser ya solucionadas recurriendo a Aristóteles. Los triunfos de Newton parecían justificar un ilimitado optimismo científico.

En el mundo práctico, un siglo y medio de guerras de religión apenas habían producido cambio alguno en el equilibrio del poder existente entre los protestantes y los católicos. Hombres ilustrados habían comenzado a considerar las controversias teológicas como un absurdo, caricaturizado por Swift en su gran guerra entre los anchoextremistas y los angostoextremistas. Las sectas protestantes extremistas, confiando en la luz interior, habían convertido lo que pretendía ser la Revelación en una fuerza anárquica. Deliciosas empresas, científicas y comerciales, invitaban a los hombres enérgicos a apartarse de las disputas estériles. Afortunadamente, aceptaron la invitación, de lo que surgieron dos siglos de progreso sin precedentes.

Nos encontramos ahora nuevamente en una época de guerras de religión, pero una religión se llama ahora «ideología». En este momento, hay muchos que sienten que la filosofía liberal es demasiado mansa y provecta: la juventud idealista busca

algo con más garra, algo que ofrezca una respuesta definida a todas las preguntas, que exija actividad misionera y dé esperanzas de un milenio alcanzado por medio de la conquista. En pocas palabras, hemos estado zambulléndonos en una renovada era de fe. Por desdicha, la bomba atómica es un exterminador más veloz que la hoguera y no sería conveniente concederle tan gran ventaja. Es preciso esperar que se pueda hacer prevalecer una forma de pensar más racional, porque sólo a través de una resurrección de los tanteos y la tolerancia liberales podrá sobrevivir nuestro mundo.

La teoría empírica del conocimiento –a la cual, con algunas reservas, me adhiero– se encuentra a mitad de camino entre el dogma y el escepticismo. Casi todo el conocimiento, sostiene, es en cierto grado dudoso, aunque la duda, cuando existe, es menospreciable en relación con las matemáticas puras y los hechos de la actual percepción de los sentidos. Lo dudoso de lo que pasa por conocimiento es una cuestión de grado; habiendo leído recientemente un libro sobre la invasión anglosajona de Gran Bretaña, me siento ahora convencido de la existencia de Hengist, pero abrigo muchas dudas en cuanto a Horsa. La teoría general de Einstein sobre la relatividad es probablemente cierta,

hablando en términos generales, pero cuando se trata de calcular la circunferencia del universo, se nos perdonará que esperemos que investigaciones posteriores den un resultado un tanto distinto. La teoría moderna del átomo posee veracidad pragmática, puesto que nos permite construir bombas atómicas: sus consecuencias son lo que los instrumentalistas llaman jocosamente «satisfactorias». Pero no es improbable que pueda encontrarse con el tiempo alguna teoría completamente diferente para dar una mejor explicación de los hechos observados. Las teorías científicas son aceptadas como hipótesis útiles para sugerir nuevas investigaciones, y como poseedoras de algún elemento de verdad, en virtud del cual pueden reunir las observaciones existentes; pero ninguna persona sensata las considera inmutablemente perfectas.

En la esfera de la política práctica, esta actitud intelectual tiene importantes consecuencias. En primer lugar, no vale la pena hacer un daño actual relativamente cierto con vistas a un bien futuro relativamente dudoso. Si la teología de épocas anteriores era completamente correcta, valía la pena quemar a cierta cantidad de gente en la hoguera a fin de que los supervivientes pudiesen ir al cielo, pero si resultaba dudoso que los herejes fuesen al infierno,

el argumento que respaldaba la persecución no era entonces válido. Si la escatología de Marx es cierta y en cuanto el capitalismo privado haya sido abolido seremos felices por siempre jamás, entonces está bien perseguir ese fin por medio de dictaduras, campos de concentración y guerras mundiales; pero si el fin es dudoso o no es seguro que se alcance con esos medios, entonces la desdicha actual se convierte en un irresistible argumento contra tan drásticos métodos. Si tuviésemos la seguridad de que sin los judíos el mundo sería un paraíso, no podría presentarse una objeción válida contra Auschwitz; pero si es mucho más probable que el mundo que surgiese de tales métodos fuese un infierno, entonces podemos dar vía libre a nuestra natural repugnancia humanitaria contra la crueldad.

Puesto que, en términos generales, las consecuencias distantes de las acciones son más inciertas que las consecuencias inmediatas, pocas veces resulta justificable embarcarse en política alguna con el pretexto de que, aunque perjudicial en el momento, resultará beneficiosa a la larga. Este principio, como todos los otros sostenidos por los empíricos, no debe ser sostenido absolutamente; hay casos en que las consecuencias futuras de una política son

bastantes ciertas y sumamente desagradables, en tanto que las consecuencias actuales de otra, aunque no agradables, son fácilmente soportables. Esto rige, por ejemplo, en lo referente a ahorrar alimentos para el invierno, invertir capital en maquinaria y así sucesivamente. Pero aun en tales casos no se debería perder de vista la incertidumbre. Durante un período de auge se producen grandes inversiones que luego resultan haber sido improductivas, y los economistas modernos reconocen que el hábito de invertir en lugar de consumir puede ser llevado demasiado lejos.

Se argumenta corrientemente que, en una guerra entre liberales y fanáticos, es seguro que ganarán los fanáticos debido a su fe más inconmovible en la justicia de su causa. Esta creencia no se resigna a perecer, aunque toda la historia, incluso la de los últimos años, se opone a ella. Los fanáticos han fracasado, una y otra vez, porque han intentado lo imposible, o porque, aun cuando lo que querían hacer resultase posible, fueron demasiado poco científicos para adoptar los métodos correctos; fracasaron, también, porque provocaron la hostilidad de aquellos a quienes querían dominar. En todas las guerras importantes desde el siglo XVI, el vencedor ha sido el bando más democrático. Esto se debe en

parte a que la democracia y el empirismo (que están íntimamente interrelacionados) no exigen una distorsión de los hechos en interés de la teoría. Rusia y Canadá, que poseen condiciones climáticas más o menos similares, están interesadas en obtener mejores tipos de trigo; en Canadá tal objetivo es buscado experimentalmente, y en Rusia a través de la interpretación de las Escrituras marxistas.

Los sistemas de dogma sin cimientos empíricos, como los de la teología escolástica, del marxismo y del fascismo, tienen la ventaja de producir un alto grado de coherencia social entre sus discípulos. Pero tienen la desventaja de implicar la persecución de valiosos sectores de la población. España quedó arruinada por la expulsión de los judíos y los musulmanes; Francia sufrió por la emigración de los hugonotes después de la revocación del Edicto de Nantes; Alemania habría sido probablemente la primera en obtener la bomba atómica, si no hubiese sido por el odio de Hitler hacia los judíos. Y, para repetir, los sistemas dogmáticos tienen otras dos desventajas: la de implicar falsas creencias en cuestiones de hecho prácticamente importantes, y la de despertar una violenta hostilidad en los que no comparten el fanatismo de marras. Por todos estos motivos, no debe esperarse que, a la larga, las nacio-

nes adictas a una filosofía dogmática logren aventajar a las de un temperamento más empírico. Tampoco es cierto que el dogma resulte necesario para la coherencia social, cuando ésta se hace imprescindible; ninguna nación podría haberla mostrado en mayor proporción que los ingleses en 1940.

El empirismo, finalmente, debe ser encomiado, no sólo sobre la base de su mayor veracidad, sino también por motivos éticos. El dogma exige autoridad, antes que pensamiento inteligente, como fuente de opinión; requiere la persecución de los heréticos y la hostilidad hacia los infieles; pide a sus discípulos que inhiban la bondad natural en favor del odio sistemático. Puesto que la discusión no es reconocida como medio de llegar a la verdad, los adherentes a dogmas rivales no tienen a su disposición otro método de llegar a una decisión que la guerra. Y la guerra, en nuestra era científica, significará, más tarde o más temprano, la muerte universal.

Saco en conclusión que, en nuestro tiempo, como en el de Locke, el liberalismo empirista (que no es incompatible con el socialismo *democrático*) es la única filosofía que puede ser adoptada por un hombre que, por un lado, exige ciertas pruebas científicas para sus creencias, y por el otro, desea la feli-

cidad humana más que el predominio de tal o cual partido o credo. Nuestro confuso y difícil mundo necesita varias cosas, si quiere escapar al desastre; y, entre ellas, una de las más necesarias es que, en las naciones que todavía defienden las creencias liberales, tales creencias sean sinceras y profundas, que no se disculpen tímidamente ante los dogmatismos de derecha e izquierda, sino que se sientan hondamente persuadidas del valor de la libertad, de la independencia científica y la tolerancia mutua. Porque, sin estas convicciones, la vida en nuestro planeta políticamente dividido pero técnicamente unificado, difícilmente seguirá siendo posible.

Filosofía para legos

La humanidad, desde que existen comunidades civilizadas, se ha visto enfrentada a problemas de dos clases distintas. Por un lado, el problema de dominar las fuerzas naturales, de adquirir los conocimientos y la habilidad necesarios para fabricar herramientas y armas, y de alentar a la naturaleza en la producción de animales y plantas útiles. De este problema, en el mundo moderno, se ocupan la ciencia y la técnica científica, y la experiencia ha demostrado que a fin de tratarlo adecuadamente es necesario adiestrar a una gran cantidad de personas muy especializadas.

Pero existe un segundo problema, menos preciso, y por algunos erróneamente considerado poco importante: me refiero al problema de cómo utilizar mejor nuestro dominio sobre las fuerzas de la naturaleza. Esto incluye cuestiones tan candentes como la democracia contra la dictadura, el capi-

talismo contra el socialismo, el gobierno internacional contra el dogma autoritario. En tales cuestiones, el laboratorio no puede proporcionar una orientación decisiva. El tipo de conocimiento que da más ayuda para solucionar tales problemas es una amplia investigación de la vida humana, en el pasado como en el presente, y una apreciación de las fuentes de desdicha o satisfacción tal como aparecen en la historia. Se descubrirá que el aumento de habilidad no ha asegurado, por sí mismo, un aumento de la dicha o el bienestar humanos. Cuando los hombres aprendieron a cultivar la tierra, utilizaron sus conocimientos para establecer un cruel culto de sacrificios humanos. Los hombres que domesticaron los primeros al caballo lo emplearon para saquear y esclavizar a poblaciones pacíficas. Cuando, en la infancia de la revolución industrial, los hombres descubrieron cómo fabricar telas de algodón a máquina, los resultados fueron horribles: el movimiento de Jefferson por la emancipación de los esclavos en Norteamérica, que había estado a punto de triunfar, fue aplastado; el empleo de mano de obra infantil en Inglaterra se desarrolló hasta un punto de crueldad espantosa; y en África fue estimulado un implacable imperialismo, en la esperanza de inducir a los negros a vestirse con telas de

algodón. En nuestros días, una combinación de genio científico y habilidad técnica ha producido la bomba atómica, pero, habiéndola producido, estamos todos aterrorizados y no sabemos qué hacer con ella. Estos ejemplos, de períodos muy distintos de la historia, demuestran que es necesario algo más que habilidad, algo que quizá pueda ser llamado «sabiduría». Es algo que debe ser aprendido –si se puede aprender– por medio de otros estudios que los requeridos por la técnica científica. Y es algo que se necesita ahora más que nunca anteriormente, porque el rápido crecimiento de la técnica ha hecho que los antiguos hábitos de pensamiento y de acción resulten más inadecuados que en ninguna otra época pretérita.

«Filosofía» significa «amor a la sabiduría», y filosofía en ese sentido es lo que los hombres deben adquirir si se quiere que los nuevos poderes inventados por los técnicos, y entregados por ellos a los hombres y mujeres corrientes para que los manejen, no precipiten a la humanidad a un espantoso cataclismo. Pero la filosofía que debería formar parte de la educación general no es lo mismo que la filosofía de los especialistas. No sólo en la filosofía, sino también en todas las ramas de los estudios académicos, existe una distinción entre lo que tiene

valor cultural y lo que sólo es de interés profesional. Los historiadores pueden discutir acerca de lo que ocurrió a la infructuosa expedición de Senaquerib en 698 a. C., pero los que no son historiadores no tienen por qué conocer la diferencia entre ésa y su triunfante expedición de tres años antes. Los helenistas profesionales podrán discutir útilmente una interpretación dudosa de una obra de Esquilo, pero tales temas no son para el hombre que desea, a despecho de una vida atareada, adquirir algún conocimiento acerca de lo que lograron los griegos. Análogamente, los hombres que dedican su vida a la filosofía deben considerar cuestiones que el público educado general hace bien en ignorar, tales como las diferencias entre la teoría de los universales en Aquino y en Duns Escoto, o las características que un idioma debe tener si quiere estar en condiciones de decir cosas sobre sí mismo sin caer en el disparate. Tales temas pertenecen a los aspectos técnicos de la filosofía, y su discusión no puede formar parte de su contribución a la cultura general.

La educación académica debería tender a proporcionar, en estudios tales como la historia, la literatura y la filosofía, como correctivo de la especialización que el aumento de los conocimientos ha

hecho inevitable y en tanta cantidad como el tiempo lo permita, todo lo que tiene valor cultural. Debería facilitársele, a un joven desconocedor del griego, el adquirir por medio de traducciones algún conocimiento, por inadecuado que sea, de lo que los griegos lograron. En lugar del estudio reiterado en la escuela de los reyes anglosajones, habría que hacer algún intento de proporcionar un sumario de la historia universal, relacionando los problemas de nuestros días con los de los sacerdotes egipcios, los reyes babilonios y los reformistas atenienses, así como todas las esperanzas y desesperanzas de los siglos intermedios. Pero es sólo de la filosofía, tratada desde un punto de vista similar, que quiero escribir.

La filosofía, desde sus primeros tiempos, ha tenido dos objetivos distintos, que se creían estrechamente interrelacionados. Por una parte, aspiraba a alcanzar una comprensión teórica de la estructura del mundo; por la otra, trataba de descubrir e inculcar la mejor forma posible de vida. Desde Heráclito hasta Hegel, y aun hasta Marx, tuvo en cuenta coherentemente ambas metas; no era puramente teórica ni puramente práctica, sino que buscaba una teoría del universo sobre la cual basar una ética práctica.

De tal modo, la filosofía ha estado estrechamente unida a la ciencia por un lado y a la religión por el otro. Consideremos primeramente su relación con la ciencia. Hasta el siglo XVIII, la ciencia estaba incluida en lo que comúnmente se llamaba «filosofía», pero desde entonces la palabra «filosofía» ha quedado limitada, en su aspecto teórico, a lo que es más especulativo y general en los temas que trata la ciencia. Se dice a menudo que la filosofía no es progresista, pero ésta es mayormente una cuestión verbal: en cuanto se encuentra un camino para llegar a un conocimiento definido de algún tema antiguo, el nuevo conocimiento es considerado perteneciente a la «ciencia» y la «filosofía» resulta despojada del mérito. En los tiempos griegos, y hasta la época de Newton, la teoría planetaria pertenecía a la «filosofía», porque era incierta y especulativa, pero Newton sacó el problema del reino del libre juego de las hipótesis y lo convirtió en uno que exigía un tratamiento distinto del que había requerido cuando todavía estaba abierta a dudas fundamentales. Anaximandro, en el siglo VI a. C., tenía una teoría de la evolución, y sostenía que los hombres descienden de los peces. Eso era filosofía, porque se trataba de una especulación no respaldada por evidencia detallada, pero la teoría de la

evolución de Darwin era ciencia, porque se basaba en la sucesión de las formas de vida, tal como se la encontraba en los fósiles, y en la distribución de los animales y las plantas en muchas partes del mundo. Uno podría decir, con suficiente veracidad como para justificar un chiste: «Ciencia es lo que conocemos, y filosofía es lo que no conocemos». Pero habría que añadir que la especulación filosófica en cuanto a lo que todavía no conocemos ha demostrado ser un valioso preliminar del exacto conocimiento científico. Las suposiciones de los pitagóricos en materia de astronomía, de Anaximandro y Empédocles en evolución biológica y de Demócrito en cuanto a la constitución atómica de la materia proporcionaron a los hombres de ciencia de épocas posteriores hipótesis que, a no ser por los filósofos, quizá no les hubiesen pasado jamás por la cabeza. Podemos decir que, en su aspecto teórico, la filosofía consiste, por lo menos en parte, en la composición de grandes hipótesis generales que la ciencia no está aún en condiciones de probar; pero que, cuando se hace posible poner a prueba las hipótesis, éstas, si son verificadas, se convierten en parte de la ciencia y dejan de ser «filosofía».

La utilidad de la filosofía, en su aspecto teórico, no se limita a especulaciones que podemos espe-

rar ver confirmadas o refutadas por la ciencia dentro de un lapso medible. Algunos hombres se sienten tan impresionados por lo que la ciencia sabe, que se olvidan de lo que no sabe; otros se muestran tanto más interesados en lo que se ignora que en lo que se conoce, que menosprecian sus logros. Los que piensan que la ciencia lo es todo, se vuelven complacientes y seguros de sí, y desprecian todo interés en problemas que no tengan la precisión circunscrita que es necesaria para el tratamiento científico. En asuntos prácticos, tienden a pensar que la habilidad puede ocupar el lugar de la sabiduría, y que matarse unos a otros por medio de la última técnica es más «progresista», y por lo tanto mejor, que mantenerse vivos los unos a los otros con métodos anticuados. Por otra parte, los que se burlan de la ciencia retroceden, por lo general, hacia alguna antigua y perniciosa superstición, y se niegan a admitir el inmenso aumento de la felicidad humana que haría posible la técnica científica, si se empleara ampliamente. Ambas actitudes deben ser deploradas, y es la filosofía la que enseña la correcta, al poner de manifiesto al mismo tiempo el alcance y las limitaciones del conocimiento científico.

Dejando de lado, por el momento, todas las cuestiones que tienen que ver con la ética o con los valo-

res, existe una serie de dudas puramente teóricas, de interés apasionante y perenne, que la ciencia es incapaz de solucionar, al menos por el momento. ¿Sobrevivimos a la muerte en algún sentido, y, en caso afirmativo, sobrevivimos por un tiempo o para siempre? ¿Puede la mente dominar la materia, o es la materia la que domina completamente la mente, o cada una de las dos tiene, quizá, cierta limitada independencia? ¿Tiene el universo un propósito? ¿O es empujado por la ciega necesidad? ¿O es un simple caos y revoltillo, en el cual las leyes naturales que creemos encontrar no son más que una fantasía engendrada por nuestro amor al orden? Si existe un plan cósmico, ¿tiene la vida en él más importancia de lo que la astronomía nos llevaría a suponer, o es el énfasis que nosotros ponemos en la vida mero localismo y sentido de la propia importancia? No conozco la respuesta a estas preguntas, y no me parece que ningún otro la conozca, pero creo que la vida humana quedaría empobrecida si se la olvidara, o si se aceptaran respuestas definidas sin evidencias adecuadas. Mantener vivo el interés en tales interrogantes, y analizar las soluciones sugeridas, es una de las funciones de la filosofía.

Los que tienen pasión por los rápidos beneficios y por un equilibrado balance de esfuerzos y

recompensas, pueden sentirse impacientes con un estudio que no logra, en el estado actual de nuestro conocimiento, llegar a certidumbres y que alienta lo que podría ser considerado como ocupación malgastadora de tiempo de la meditación inconcluyente sobre problemas insolubles. No puedo suscribir en modo alguno este punto de vista. Algún tipo de filosofía es necesario para todos, salvo para los más irreflexivos, y, en ausencia de conocimientos, con seguridad que se tratará de una filosofía tonta. El resultado de ello es que la especie humana se divide en grupos rivales de fanáticos, cada grupo firmemente persuadido de que las tonterías de su cuño son verdad sagrada, en tanto que las del otro bando son herejía condenable. Arrianos y católicos, cruzados y musulmanes, protestantes y papistas, comunistas y fascistas han llenado gran parte de los últimos mil seiscientos años de lucha inútil, cuando un poco de filosofía habría demostrado a ambos bandos de todas esas disputas que ninguno tenía buenos motivos para creerse en lo cierto. El dogmatismo es un enemigo de la paz y una barrera insuperable para la democracia. En la época actual, por lo menos tanto como en eras anteriores, es el mayor obstáculo para la dicha humana.

La exigencia de certidumbre es natural en el hombre, pero, no obstante, es un vicio intelectual. Si usted lleva a sus hijitos a una merienda campestre, en un día de tiempo inestable, ellos exigirán una respuesta dogmática en cuanto a si hará buen tiempo o si lloverá, y se sentirán desilusionados con usted cuando no les pueda proporcionar seguridad alguna. La misma clase de seguridad es exigida más tarde, en la vida, a los que emprenden la tarea de conducir poblaciones a la Tierra Prometida. «Liquidemos a los capitalistas, y los supervivientes gozarán de felicidad eterna.» «Exterminemos a los judíos, y todos serán virtuosos.» «Matemos a los croatas, y que reinen los serbios.» «Matemos a los serbios, y que reinen los croatas.» Éstos son ejemplos de los lemas que han conquistado amplia aceptación en nuestro tiempo. Incluso sólo una pizca de filosofía haría imposible la aceptación de tan sangrientas bobadas. Pero mientras los hombres no sean adiestrados para reservarse el juicio en ausencia de conocimiento, serán descarriados por profetas seguros de sí, y lo más probable es que sus dirigentes sean ignorantes fanáticos o charlatanes deshonestos. Es difícil soportar la incertidumbre, pero lo mismo ocurre con la mayor parte de nuestras demás virtudes. Para el aprendizaje de cada virtud existe

una disciplina apropiada, y para el aprendizaje del aplazamiento del juicio la mejor disciplina es la filosofía.

Pero si la filosofía quiere servir para un fin positivo, no debe enseñar simplemente escepticismo, porque, en tanto que el dogmático es dañino, el escéptico es inútil. El dogmatismo y el escepticismo son, en un sentido, filosofías absolutas; el uno está seguro de saber, el otro de no saber. La filosofía debe disipar la *certidumbre*, ya sea de conocimiento o de ignorancia. El conocimiento no es un concepto tan preciso como comúnmente se piensa. En lugar de decir: «Yo sé esto», deberíamos decir: «Sé aproximadamente algo más o menos como esto». Es cierto que esta estipulación es apenas necesaria en lo referente a la tabla de multiplicar, pero el conocimiento en los asuntos prácticos no tiene la seguridad o la precisión de la aritmética. Supóngase que digo: «La democracia es una cosa buena»; debo admitir, primero, que estoy menos seguro de ello que de que dos y dos son cuatro, y, segundo, que «democracia» es un término en cierto modo vago que no puedo definir con exactitud. Por lo tanto, tendríamos que decir: «Me siento bastante seguro de que es bueno que un gobierno participe de algunas de las características comunes a las

constituciones británica y norteamericana», o algo por el estilo. Y una de las metas de la educación tendría que ser la de hacer que una afirmación semejante fuese más efectiva como programa político que el tipo corriente de eslóganes.

Porque no es suficiente reconocer que todo nuestro conocimiento es, en mayor o menor grado, incierto y vago; es necesario, al mismo tiempo, aprender a actuar en función de las mejores hipótesis sin creer dogmáticamente en ellas. Volviendo a la merienda campestre: aun cuando uno admita que lloverá, estará en el buen camino si piensa que el buen tiempo es probable, pero tiene en cuenta la posibilidad opuesta y lleva impermeable. Si uno fuese un dogmático, dejaría el impermeable en casa. Los mismos principios rigen para problemas más importantes. Se puede decir, en términos generales: todo lo que pasa por conocimiento puede ser dispuesto en una jerarquía de grados de certidumbre, con la aritmética y los hechos de la percepción en la cima. Que dos y dos son cuatro, y que yo estoy sentado en mi cuarto, escribiendo, son afirmaciones respecto a las cuales cualquier duda seria por mi parte resultaría patológica. Y estoy casi seguro de que ayer fue un hermoso día, pero no del todo, porque la memoria a veces nos juega bromas pesa-

das. Los recuerdos más distantes son más dudosos, especialmente si existe alguna fuerte razón emocional para recordar falsamente, como, por ejemplo, la que hizo que Jorge IV recordase haber estado en la batalla de Waterloo. Las leyes científicas pueden ser casi ciertas, o apenas levemente probables, según el estado de las evidencias.

Cuando se actúa según una hipótesis que se sabe incierta, la acción debería ser tal que no tuviese resultados *demasiado* perniciosos si la hipótesis fuese falsa. En el caso de la merienda, se puede correr el riesgo de una mojadura si todos los que participan en el paseo son robustos, pero no si uno de ellos es tan delicado como para correr el riesgo de coger una pulmonía. O suponga que encuentra usted a un *muggletoniano*;[1] estaría justificado que discutiera con él, porque ello no produciría mucho daño si el señor Muggleton resultase haber sido en realidad tan gran hombre como sus discípulos suponen, pero no se justificará que lo queme usted en la hoguera, porque el daño de ser quemado vivo es más cierto que cualquier proposición de la teología. Naturalmente, si los muggletonianos fuesen tan

1. Miembro de una secta, casi desaparecida, fundada por Lodowicke Muggleton (1609-1698), sastre inglés que afirmó estar inspirado. *(N. del T.)*

numerosos y tan fanáticos que usted o ellos debiesen ser aniquilados, la cuestión resultaría más difícil, pero sigue en pie el principio general de que una hipótesis incierta no puede justificar un mal cierto, a menos que un mal igual sea igualmente cierto en la hipótesis contraria.

La filosofía, hemos dicho, tiene una meta teórica y una práctica. Es ya hora de considerar esta última.

Para la mayoría de los filósofos de la Antigüedad existía una íntima conexión entre una visión del universo y una doctrina sobre la mejor forma de vida. Algunos de ellos fundaron fraternidades que tenían cierto parecido con las órdenes monásticas de tiempos posteriores. Sócrates y Platón se sintieron escandalizados por los sofistas porque éstos no tenían objetivos religiosos. Si la filosofía quiere desempeñar un papel serio en la vida de los hombres que no son especialistas, no debe dejar de defender alguna forma de vida. Al hacer tal cosa, estará tratando de hacer algo de lo que ha hecho la religión, pero con ciertas diferencias. La mayor diferencia reside en que no se recurre a la autoridad, ya sea la de la tradición o la de un libro sagrado. La segunda diferencia importante es la de que un filósofo no debe intentar fundar una iglesia; Augusto

Comte trató de hacerlo, pero fracasó, como merecía que le sucediera. La tercera es que debería insistirse más en las virtudes intelectuales de lo que se ha acostumbrado a hacer desde la decadencia de la civilización helénica.

Existe una importante diferencia entre las enseñanzas éticas de los antiguos filósofos y aquellas enseñanzas adecuadas a nuestra propia época. Los filósofos antiguos atraían a los caballeros ociosos, que podían vivir como mejor les pareciese, y hasta, si les daba la gana, fundar una ciudad independiente con leyes que encarnasen las doctrinas del maestro. La inmensa mayoría de los hombres educados modernos no poseen tal libertad; tienen que ganarse la vida dentro de los marcos existentes de la sociedad, y no pueden introducir importantes cambios en su propia forma de vida, a menos que logren imponer previamente importantes cambios en la organización política y social. La consecuencia es que las convicciones éticas de un hombre tienen que ser expresadas más en forma de defensa de una cierta política, y menos en el comportamiento privado, como sucedía en la antigüedad. Y la concepción de una buena forma de vida tiene que ser una concepción social antes que individual. Aun entre los antiguos, la concibió Platón de esta mane-

ra en la *República*, pero muchos de aquéllos tenían una concepción más individualista de los fines de la vida.

Sentada esta premisa, veamos qué nos puede decir la filosofía sobre el tema de la ética.

Para comenzar con las virtudes intelectuales: la búsqueda de la filosofía se funda en la creencia de que el conocimiento es bueno, aun cuando lo que se conozca sea doloroso. Un hombre imbuido del espíritu filosófico, sea o no un filósofo profesional, querrá que sus creencias sean tan ciertas como él puede hacerlas, y querrá, en igual medida, saber, y odiará estar en error. Este principio tiene un alcance mayor de lo que podría creerse a primera vista. Nuestras creencias surgen de una gran variedad de causas: de lo que se nos dijo en la juventud por nuestros padres y maestros, de lo que potentes organizaciones nos dicen a fin de llevarnos a actuar como ellas desean, de lo que exterioriza o apacigua nuestros temores, de lo que fomenta nuestra estima de nosotros mismos, y así sucesivamente. Cualesquiera de éstas puede llevarnos por casualidad a verdaderas creencias, pero lo más probable es que nos lleve en dirección opuesta. Por lo tanto, la sobriedad intelectual nos obligará a escudriñar nuestras convicciones detenidamente, con vis-

tas a descubrir a cuál de ellas hay motivos para considerar cierta. Si somos prudentes, aplicaremos la crítica solvente especialmente a las creencias de las que nos resulta más doloroso dudar, y a las que más probablemente nos compliquen en violentos conflictos con hombres que sostienen creencias opuestas, pero igualmente carentes de fundamento. Si esta actitud pudiera hacerse común, resultaría incalculable el beneficio que se obtendría al disminuir la acritud de las disputas.

Existe otra virtud intelectual, que es la de la generalidad o imparcialidad. Recomiendo el siguiente ejercicio: cuando, en una frase que expresa una opinión política, hay palabras que despiertan potentes pero distintas emociones en distintos lectores, trátese de reemplazarlas por símbolos, A, B, C, etc., y de olvidar el significado particular de cada símbolo. Supóngase que A es Inglaterra, B es Alemania y C es Rusia. Mientras se recuerde lo que representan las letras, la mayor parte de las cosas que crea dependerá de que usted sea inglés, alemán o ruso, cosa que, lógicamente, es ajena a la cuestión. Cuando, en álgebra elemental, se resuelven problemas en los que A, B y C suben a una montaña, no se siente ningún interés emocional en los caballeros de marras, y se hace todo lo posible

para llegar a la solución con corrección impersonal. Pero si se piensa que A es uno mismo, B su odiado rival y C el maestro que propuso el problema, los cálculos se torcerán y usted descubrirá, con seguridad, que A llegó el primero y C el último. Es inevitable que este tipo de prejuicio emocional se presente al pensar en problemas políticos, y sólo el cuidado y la práctica pueden habilitar a uno para pensar tan objetivamente como lo hace en el problema algebraico.

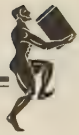
Pensar en términos abstractos no es, por supuesto, la única forma de alcanzar la generalidad ética; también se puede lograr, y quizá mejor, si se sienten emociones generalizadas. Pero para la mayoría de la gente esto es difícil. Si se siente hambre, se harán grandes esfuerzos, en caso necesario, para conseguir alimentos; si los que tienen hambre son los hijos de uno, puede que se sienta una urgencia aun mayor. Si un amigo está muriéndose de hambre, probablemente se esforzará uno para aliviarle en su desgracia. Pero si se entera uno de que algunos millones de hindúes o chinos se encuentran en peligro de muerte por desnutrición, el problema es tan vasto y tan distante que, a menos que se tenga alguna responsabilidad oficial, probablemente se olvidará muy pronto del problema. Sin

embargo, si se posee la capacidad emocional para seguir agudamente los males distantes, se podrá llegar a la generalización ética a través del sentimiento. Si no se tiene ese raro don, el hábito de considerar en forma abstracta a la vez que concreta los problemas prácticos es el mejor sustitutivo disponible.

La interrelación de la generalización lógica y la emocional en la ética es un tema interesante. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», inculca la generalización emocional; «Las afirmaciones éticas no deben contener nombres propios», inculca la generalización lógica. Los dos preceptos *suenan* distintos, pero, cuando se los examina, se descubre que son apenas distinguibles en cuanto a su importancia práctica. Los hombres benévolos preferirán la forma tradicional; los lógicos escogerán quizá la otra. Apenas sé qué clase de hombres es la mejor. Cualquiera de las dos formas de afirmación, si es aceptada por los estadistas y tolerada por las poblaciones a las que aquéllos representan, conduciría rápidamente al milenarismo. Los judíos y los árabes se unirían y dirían: «Veamos cómo podemos hacer para conseguir la mayor cantidad de bien para todos, sin averiguar demasiado minuciosamente cómo se distribuye entre nosotros». Evidentemente, cada uno de los grupos recibiría mucho más de

lo que conduce a la felicidad que lo que puede recibir en la actualidad. Lo mismo regiría para los hindúes y los mahometanos, para los comunistas chinos y los partidarios de Chiang Kai-Shek, para los italianos y yugoslavos, para los rusos y los demócratas occidentales. Pero, ¡ay!, no debe esperarse lógica ni benevolencia de ninguno de los bandos de cualquiera de esas disputas.

No debe suponerse que los jóvenes y los muchachos que están atareados adquiriendo valiosos conocimientos especializados puedan dedicar mucho tiempo al estudio de la filosofía, pero, incluso en el tiempo fácilmente escatimable sin perjuicio para el aprendizaje de habilidades técnicas, la filosofía puede proporcionar ciertas cosas que acrecentarán grandemente el valor del estudiante como ser humano y como ciudadano. Puede proporcionar un hábito de pensamiento exacto y cuidadoso, no sólo en matemáticas y ciencia, sino también en asuntos de gran importancia práctica. Puede conceder amplitud y alcance impersonales a la concepción de los fines de la vida. Puede dar al individuo una medida justa de sí mismo en relación con la sociedad, del hombre del presente con el hombre del pasado y del futuro, y de toda la historia del hombre en relación con el cosmos astronómico.



Agrandando los objetivos de sus pensamientos, proporciona un antídoto contra las ansiedades y angustias de la hora presente y hace que se pueda acercar a la serenidad, tanto como le es posible a una mente sensible en nuestro mundo torturado e incierto.

El futuro de la humanidad

Antes de que termine el actual siglo, a menos que ocurra algo completamente imprevisible, se habrá realizado una de las tres siguientes posibilidades:

I. El fin de la vida humana, quizá de toda la vida en nuestro planeta.
II. Una vuelta a la barbarie después de una catastrófica disminución de la población del globo.
III. Una unificación del mundo, bajo un solo gobierno que posea el monopolio de las principales armas para la guerra.

No pretendo saber cuál de ellas se dará, ni siquiera cuál es la más probable. Lo que afirmo, sin vacilación alguna, es que el tipo de sistema al que hemos estado acostumbrados no puede continuar.

La primera posibilidad, la extinción de la especie humana, no es de esperar para la próxima guerra mundial, a menos que esta guerra sea postergada por más tiempo del que ahora parece probable. Pero si la próxima guerra mundial no es decisiva, o si los vencedores son imprudentes, y si los estados organizados sobreviven a ella, puede esperarse que siga a su conclusión un período de febril desarrollo técnico. Con medios sumamente más potentes de utilización de la energía atómica que los que ahora se poseen, muchos hombres de ciencia sensatos creen posible que las nubes radiactivas, flotando sin rumbo por el mundo, desintegren los tejidos vivos por doquier. Aunque el último superviviente pueda proclamarse emperador universal, su reinado será breve y sus súbditos cadáveres. Con su muerte terminará el incómodo episodio de la vida, y las apacibles rocas continuarán girando inmutables hasta que el sol estalle.

Quizás un espectador desinteresado considere que ésta es la consumación más deseable, en vista de la larga historia de locuras y crueldades del hombre. Pero nosotros, que somos actores en el drama, que estamos atrapados en la red de afectos personales y esperanzas públicas, no podemos adoptar esa actitud con sinceridad. Es verdad que he oído a

hombres decir que preferirían el fin del mundo a su sometimiento al gobierno soviético, e indudablemente habrá en Rusia quienes dirán lo mismo respecto al sometimiento al capitalismo occidental. Pero esto es retórica con un falso aire de heroísmo. Aunque se lo debe considerar como una patraña carente de imaginación, es peligroso, porque resta energía a los hombres en su búsqueda de medios de evitar la catástrofe que pretenden no temer.

La segunda posibilidad, la de una reversión a la barbarie, daría lugar probablemente a un retorno gradual a la civilización, como sucedió después de la caída de Roma. La transición repentina, si ocurriera, resultaría infinitamente dolorosa para aquellos que la experimentasen, y por algunos siglos la vida sería difícil y triste. Pero, por lo menos, habría un futuro para la humanidad y la posibilidad de una perspectiva racional.

Creo que tal resultado de una guerra verdaderamente científica no es en modo alguno improbable. Imagínese a cada uno de los bandos en situación de destruir las principales ciudades y centros industriales del enemigo; imagínese un arrasamiento casi completo de laboratorios y bibliotecas, acompañado de grandes bajas entre los hombres de cien-

cia; imagínese el hambre debida a la lluvia radiactiva, y las epidemias provocadas por la guerra bacteriológica: ¿sobreviviría la cohesión social a tales tensiones? ¿No dirían acaso los profetas a las poblaciones enloquecidas que sus males se debían totalmente a la ciencia, y que el exterminio de todos los hombres educados produciría el milenario? Las esperanzas extremas nacen de las extremas desdichas, y en semejante mundo las esperanzas no pueden ser sino irracionales. Creo que los grandes estados a los cuales estamos acostumbrados se derrumbarían, y los pocos supervivientes retrocederían hasta llegar a una primitiva economía de aldea.

La tercera posibilidad, la del establecimiento de un solo gobierno para todo el mundo, podría ser realizada de varios modos: por la victoria de Estados Unidos en la próxima guerra, o por la victoria de la URSS, o, teóricamente, por acuerdo. O bien –y creo que ésta es la más esperanzadora de las soluciones en cierto grado probables– por medio de una alianza de las naciones que deseen un gobierno internacional, alianza que, a la postre, se tornase tan fuerte que Rusia no se atreviese ya a alzarse contra ella. Esto, concebiblemente, podría lograse sin otra guerra mundial, pero exigiría una política valiente y llena de imaginación en muchos países.

Se utilizan varios argumentos contra el proyecto de un solo gobierno para todo el mundo. El más corriente es el de que el proyecto es utópico e imposible. Los que emplean este argumento, como la mayoría de los que abogan por un gobierno mundial, piensan en un gobierno mundial logrado por acuerdo. Pienso que está claro que las sospechas mutuas entre Rusia y Occidente hacen inútil esperar, en un futuro cercano, cualquier acuerdo verdadero. Cualquier supuesta autoridad universal que ambas partes puedan convenir, tal como están las cosas, será inevitablemente una farsa, como la ONU. Considérense las dificultades con que se ha tropezado en el proyecto mucho más modesto de una fiscalización internacional de la energía atómica, a la cual Rusia sólo consiente si la inspección es sometida al veto y termina siendo, en consecuencia, una farsa. Creo que debemos admitir que un gobierno mundial tendrá que ser impuesto por la fuerza.

Pero (dirá mucha gente), ¿a qué viene toda esta charla sobre un gobierno mundial? Las guerras se han producido desde que los hombres se organizaron en unidades mayores que la familia, pero la especie humana ha sobrevivido. ¿Por qué no habría de continuar sobreviviendo, aun cuando sigan esta-

llando guerras de tanto en tanto? Más aún, a la gente le gusta la guerra, y se siente frustrada sin ella. Y sin la guerra no existirían adecuadas oportunidades para el heroísmo o la abnegación.

Este punto de vista (que es el de innumerables ancianos caballeros, incluso los gobernantes de la Rusia soviética) no tiene en cuenta las posibilidades técnicas modernas. Creo que la civilización podría sobrevivir a una sola guerra mundial más, siempre que ocurra bastante pronto y no dure mucho tiempo. Pero si no aminora la velocidad de los descubrimientos e inventos, y si continúan estallando grandes guerras, la esperable destrucción, aunque no extermine a la humanidad, producirá con seguridad la reversión al sistema social primitivo de que hablé hace un instante. Y esto significará tan enorme disminución de la población, no sólo por la guerra, sino también por el hambre y las enfermedades subsiguientes, que los supervivientes deberán ser feroces y, por lo menos durante un tiempo considerable, carecerán de las cualidades requeridas para la reconstrucción de la civilización.

Tampoco es razonable esperar que, si no se hace nada drástico, no surjan las guerras. Siempre han estallado de tanto en tanto, y, evidentemente, esta-

llarán otra vez, más tarde o más temprano, a menos que la humanidad adopte algún sistema que las haga imposibles. Pero el único sistema semejante consiste en un solo gobierno con monopolio de la fuerza armada.

Si se permite que las cosas sigan su curso, es indudable que la querella entre Rusia y las democracias occidentales proseguirá hasta que Rusia posea un considerable acopio de bombas atómicas y que, cuando llegue el momento, habrá una guerra nuclear. En tal guerra, aunque se logre evitar las peores consecuencias, Europa Occidental, incluida Inglaterra, quedará virtualmente exterminada. Si Estados Unidos y la URSS sobreviven como estados organizados, muy pronto volverán a luchar. Si un bando resulta victorioso, gobernará el mundo, y habrá nacido un gobierno unitario de la humanidad; de lo contrario, perecerá la humanidad, o al menos la civilización. Esto es lo que ocurrirá forzosamente si las naciones y sus gobernantes carecen de una visión constructiva.

Cuando hablo de «visión constructiva» no me refiero simplemente a la convicción teórica de que un gobierno mundial es deseable. Más de la mitad de la población estadounidense, según la encuesta Gallup, sostiene tal opinión. Pero la mayor parte de

sus defensores piensan en dicho gobierno como en algo que será establecido por negociaciones amistosas, y rechazan cualquier sugerencia sobre el uso de la fuerza. Creo que en esto se equivocan. Estoy seguro de que la fuerza, o la amenaza de la fuerza, será necesaria. Espero que la amenaza del empleo de la fuerza sea suficiente; pero, de lo contrario, será preciso emplear realmente la fuerza.

Suponiendo que se establezca un monopolio de la fuerza armada tras la victoria de uno de los bandos en una guerra entre Estados Unidos y la URSS, ¿qué clase de mundo surgirá de él?

En cualquiera de los dos casos, será un mundo en que resultará imposible una rebelión triunfante. Aunque, naturalmente, seguirían ocurriendo asesinatos esporádicos, la concentración de todas las armas importantes en manos de los vencedores haría que éstos fuesen irresistibles, y, por lo tanto, la paz estaría asegurada. Aun cuando la nación dominante carezca por completo de altruismo, por lo menos sus principales habitantes alcanzarán un altísimo nivel de comodidad material y quedarán libres de la tiranía del temor. En consecuencia, es probable que gradualmente se hagan más afables y muestren menos tendencia a perseguir. Como los romanos, con el transcurso del tiempo concederán la ciuda-

dañía a los vencidos. Y entonces habrá un verdadero estado mundial, y será posible olvidar que debió su nacimiento a la conquista. ¿Quién de nosotros, en la época de Lloyd George, se sintió humillado por el contraste con los días de Eduardo I?

Un imperio mundial, ya sea de Estados Unidos o de la URSS, es, entonces, preferible a los resultados de la continuación de la actual anarquía internacional.

Aun así, existen importantes motivos para preferir la victoria de Estados Unidos. No afirmo que el capitalismo sea mejor que el comunismo; pienso que no es imposible que, si Estados Unidos fuese comunista y Rusia capitalista, yo siguiese estando de parte del primero. Mi motivo para ponerme al lado de éstos es que en ese país hay más respeto que en Rusia por las cosas que yo aprecio en una forma civilizada de vida. Las cosas a que me refiero son: libertad de pensamiento, libertad de investigación, libertad de discusión y sentimientos humanos. Es fácil ver en Polonia lo que representaría una victoria de Rusia. Había en Polonia florecientes universidades, que tenían hombres de gran eminencia intelectual. Algunos de esos hombres, afortunadamente, escaparon; los demás desaparecieron. La educación está ahora reducida al

aprendizaje de las fórmulas de la ortodoxia estalinista; sólo está abierta (más allá de la etapa elemental) para los jóvenes cuyos padres son políticamente irreprochables, y no tiende a producir ninguna facultad mental que no sea la verbosa repetición de las consignas apropiadas y la rápida aquilatación del bando que está conquistando el favor oficial. Nada con algún valor intelectual puede resultar de tal sistema educativo.

Entretanto, la clase media era aniquilada por deportaciones en masa, primeramente en 1940, y luego, otra vez, después de la expulsión de los alemanes. Los políticos de los partidos mayoritarios fueron liquidados, encarcelados u obligados a huir. La traición a los amigos ante la policía y el perjurio cuando son llevados a juicio constituyen a menudo los únicos medios de supervivencia para los que han despertado las sospechas del gobierno.

No dudo que, si este régimen continúa durante una generación, habrá logrado sus objetivos. Se extinguirá la hostilidad polaca hacia Rusia, y la ortodoxia comunista la reemplazará. La ciencia y la filosofía, el arte y la literatura se tornarán apéndices serviles del gobierno, hueros, estrechos y estúpidos. Ningún individuo pensará, o aun sentirá, por sí mismo, sino que cada uno se conformará con ser una

simple unidad en la masa. Con el tiempo, una victoria de Rusia haría que tal mentalidad fuese mundial. Es indudable que la complacencia engendrada por el triunfo llevaría a la larga al relajamiento de la fiscalización, pero el proceso sería lento, y dudosa la resurrección del respeto por el individuo. Por tales motivos, considero como un espantoso desastre una victoria de Rusia.

Una victoria de Estados Unidos tendría consecuencias mucho menos drásticas. En primer lugar, no sería una victoria de Estados Unidos aisladamente, sino de una alianza en que los demás miembros podrían insistir en retener una gran parte de su tradicional independencia. Difícilmente se imagina uno al ejército norteamericano apresando a los profesores de Oxford y Cambridge y enviándolos a hacer trabajos forzados en Alaska. Tampoco pienso que acusasen a míster Attlee de conspirar y le obligasen a huir a Moscú. Y, sin embargo, son cosas estrictamente análogas a las que los rusos hicieron en Polonia. Después de una victoria de una alianza encabezada por Estados Unidos, todavía habría cultura británica, cultura francesa, cultura italiana y (así lo espero) cultura alemana; no existiría, por lo tanto, la misma muerta uniformidad que resultaría de la dominación soviética.

Hay otra importante diferencia, que es la de que la ortodoxia de Moscú lo penetra todo en mayor grado que la de Washington. En Estados Unidos, si uno es genetista, puede sostener acerca del mendelismo cualquier opinión que las evidencias le lleven a considerar como más probable; en Rusia, si uno es un genetista que está en desacuerdo con Lysenko, es casi seguro que desaparecerá misteriosamente. En Estados Unidos puede usted escribir libros atacando a Lincoln, si se le ocurre; en Rusia, si escribe un libro atacando a Lenin, no se lo publicarán y usted será liquidado. Si es usted un economista norteamericano, puede afirmar o no que Estados Unidos se dirige a una crisis; en Rusia, ningún economista se atrevería a poner en duda que es inminente una crisis norteamericana. En Estados Unidos, si usted es profesor de filosofía, puede ser un idealista, un materialista, un pragmatista, un positivista lógico, o cualquier otra cosa que le atraiga; en los congresos podrá discutir con hombres cuyas opiniones difieren de la de usted, y los oyentes podrán formarse un juicio en cuanto a quién lleva razón. En Rusia tiene usted que ser un materialista dialéctico, pero en un momento dado el componente materialista vence al componente dialéctico, y en otros ocurre a la inversa. Si no logra seguir las evoluciones de la

metafísica oficial con agilidad, tanto peor para usted. En todo momento Stalin sabe la verdad sobre la metafísica, pero no suponga usted que la verdad de este año es la misma que la del año pasado.

En semejante mundo, el intelecto debe estancarse, e incluso el proceso tecnológico tendrá que detenerse muy pronto.

La libertad, de la clase que los comunistas desprecian, es importante, no sólo para los intelectuales o los sectores más afortunados de la sociedad. Gracias a su ausencia en Rusia, el gobierno soviético ha podido establecer un mayor grado de desigualdad económica del que existe en Gran Bretaña o incluso en Estados Unidos. Una oligarquía que domina todos los medios de publicidad puede perpetrar injusticias y crueldades que difícilmente serían posibles si se las conociese ampliamente. Sólo la democracia y la libre publicidad pueden impedir que los detentadores del poder establezcan un estado servil, con lujo para los pocos y pobreza y exceso de trabajo para los muchos. Esto es lo que está haciendo el gobierno soviético dondequiera que consigue un control absoluto. Naturalmente, existen desigualdades económicas en todas partes, pero en un régimen democrático tienden a disminuir, en tanto que, bajo una oligarquía, tienden

a aumentar. Y siempre que una oligarquía posee el poder, las desigualdades económicas amenazan con hacerse permanentes debido a la imposibilidad moderna de una rebelión coronada por el éxito.

Y ahora llego a la cuestión: ¿cuál debería ser nuestra política, en vista de los varios peligros a que está expuesta la humanidad? Para resumir los argumentos ya citados: Tenemos que prevenirnos contra tres peligros: *1)* la extinción de la especie humana; *2)* una vuelta a la barbarie; *3)* el establecimiento de un estado esclavista universal, que significaría desdicha para la gran mayoría, y la desaparición de todo progreso en conocimientos y pensamientos. Tanto el primero como el segundo de estos desastres son casi seguros, a menos que pueda ponerse fin muy pronto a las grandes guerras. Las grandes guerras sólo pueden resolverse mediante la concentración de la fuerza armada bajo una sola autoridad. Tal concentración no puede lograrse por acuerdo, debido a la oposición de la Rusia soviética, pero es preciso conseguirla de algún modo.

El primer paso –y ahora no es muy difícil darlo– es convencer a Estados Unidos y a la comunidad de naciones británicas de la absoluta necesidad de una unificación militar del mundo. Los gobiernos de las naciones de habla inglesa tendrían

entonces que ofrecer a las demás naciones la opción de entrar en una firme alianza, que implicaría la reunión de todos los recursos militares y la defensa mutua contra la agresión. En el caso de naciones vacilantes, como Italia, por ejemplo, deberían ofrecerse grandes alicientes, económicos y militares, para conseguir su cooperación.

En cierta etapa, cuando la alianza hubiese adquirido suficiente fuerza, cualquier gran potencia que todavía se negase a unirse debería ser amenazada con la proscripción, y, si se mostrase recalcitrante, tendría que ser considerada como enemiga pública. La guerra resultante, si ocurriera bastante pronto, dejaría probablemente intacta la estructura económica y política de Estados Unidos, y permitiría a la alianza victoriosa establecer un monopolio de fuerzas armadas y, por lo tanto, asegurar la paz. Pero, quizá, si la alianza fuese lo bastante potente, la guerra no sería necesaria y las potencias renuentes preferirían entrar en ella como iguales en lugar de sometérsele como enemigos vencidos, después de una terrible guerra. Si esto ocurriese, el mundo podría surgir de sus actuales peligros sin otra gran guerra. No veo ninguna esperanza para tan feliz solución por ningún otro método. Pero el que Rusia cediera cuando se viese amenazada con la guerra,

es una cuestión acerca de la cual no aventuro una opinión.

He estado analizando principalmente los aspectos lúgubres de la presente situación de la humanidad. Es necesario hacerlo, a fin de persuadir al mundo de que adopte medidas que se opongan a los tradicionales hábitos de pensamiento y a los prejuicios arraigados. Pero más allá de las dificultades y de las probables tragedias del futuro próximo, existe la posibilidad de un inmensurable bien, y de mayor bienestar del que hasta ahora ha podido gozar el hombre. Esto no es simplemente una posibilidad, sino (si las democracias occidentales se muestran firmes y rápidas) una probabilidad. Desde la caída del Imperio Romano hasta la actualidad, los estados han crecido casi continuamente en tamaño. Ahora existen sólo dos estados completamente independientes: Norteamérica y Rusia. El paso siguiente en este largo proceso histórico reduciría los dos a uno, y así terminaría con el período de guerras organizadas, que comenzó en Egipto hace unos seis mil años. Si la guerra puede ser impedida sin el establecimiento de una aplastante tiranía, se sacará un peso del espíritu humano, hondos temores colectivos desaparecerán, y, a medida que disminuyan los temores, podremos también esperar que la crueldad se haga menor.

Los usos que los hombres han dado a su cada vez mayor dominio sobre las fuerzas naturales son curiosos. En el siglo XIX se dedicaron principalmente a aumentar el número de *homo sapiens*, especialmente de la variedad blanca. En el siglo XX, hasta la fecha, han perseguido la meta exactamente opuesta. Debido a una creciente productividad de la mano de obra, se ha hecho posible dedicar a la guerra a un mayor porcentaje de la población. Si la energía atómica facilitara la producción, el único efecto, tal como están las cosas, sería empeorar las guerras, puesto que se necesitaría menos gente para producir artículos imprescindibles. A menos que podamos solucionar el problema de abolir la guerra, no existe motivo alguno para regocijarse con la técnica ahorradora de trabajo, sino muy al contrario. Por otra parte, si se eliminara el peligro de la guerra, la técnica científica podría por fin ser empleada para promover la felicidad humana. Ya no hay motivos técnicos para la persistencia de la pobreza, ni siquiera en países tan densamente poblados como la India y China. Si la guerra no ocupase ya los pensamientos y energías de los hombres, podríamos, en el término de una generación, poner fin a todas las pobrezas graves en todo el mundo.

He hablado de la libertad como un bien, pero no es un bien absoluto. Todos reconocemos la necesidad de contener a los asesinos, y más importante aún es la de contener a los estados asesinos. La libertad debe ser limitada por ley, y sus formas más valiosas sólo pueden existir dentro de un marco de leyes. Lo que más necesita el mundo son leyes eficaces para fiscalizar las relaciones internacionales. El primero y más difícil paso en la creación de tales leyes es el establecimiento de sanciones adecuadas, y ello sólo es posible mediante la creación de una sola fuerza armada que domine a todo el mundo. Pero semejante fuerza armada, como una fuerza policial municipal, no es un fin en sí; es un medio para el crecimiento de un sistema social gobernado por ley, donde la fuerza no sea una prerrogativa de individuos o naciones, sino que la ejerza solamente una autoridad neutral, de acuerdo con reglamentos establecidos de antemano. Hay esperanzas de que la Ley, antes que la fuerza privada, pueda llegar a gobernar las relaciones de las naciones dentro del siglo actual. Si esta esperanza no se convierte en realidad, nos encontraremos ante el desastre; si se realiza, el mundo estará mucho mejor que en cualquier período anterior de su historia.

Los motivos últimos de la filosofía

I

La metafísica, según F. H. Bradley, «es la búsqueda de falsas explicaciones para lo que creemos por instinto». Es curioso encontrar esta mordaz afirmación al comienzo de un largo libro obstinada y hasta fervientemente metafísico, que, a través de mucha y ardua argumentación, llega a la conclusión final: «Fuera del espíritu no existe, y no puede existir, realidad alguna, y en la medida en que algo es espiritual, en esa medida es verdaderamente real». Un raro momento de autoconocimiento debió de haber inspirado el aforismo inicial, que resultó tolerable a su autor por su forma semihumorística; pero durante el resto de sus fatigas se dejó arrastrar por «el instinto para encontrar

falsas explicaciones». Cuando se mostraba serio, era sofístico y típicamente filosófico; cuando bromeaba, tenía discernimiento y expresaba una verdad no filosófica.

La filosofía ha sido definida como «un intento extraordinariamente obstinado de pensar con claridad»; yo, más bien, la definiría como «un intento extraordinariamente ingenioso de pensar con falacia». El temperamento filosófico es raro, porque tiene que combinar dos características un tanto antagónicas: por un lado, un fuerte deseo de creer en alguna proposición general acerca del universo o la vida humana; por el otro, la incapacidad para hacerlo tranquilamente, como no sea por lo que parecen ser motivos intelectuales. Cuanto más profundo es el filósofo, tanto más intrincadas y sutiles tienen que ser sus falacias para producir en él el deseado estado de aquiescencia intelectual. Por eso es tan oscura la filosofía.

Para el no intelectual, las doctrinas generales carecen de importancia; para el hombre de ciencia, son hipótesis que deben comprobarse mediante experimentos; en tanto que para el filósofo son hábitos mentales que es preciso justificar de algún modo, si quiere hacerse la vida soportable. El filósofo típico halla que ciertas creencias son emo-

cionalmente indispensables pero intelectualmente difíciles; entonces, recorre largas cadenas de razonamientos, en el transcurso de los cuales, tarde o temprano, una momentánea falta de vigilancia permite que una falacia se introduzca sin ser advertida. Tras ese único paso en falso, su agilidad mental le interna profundamente en el atolladero de las falsedades.

Descartes, el padre de la filosofía moderna, ilustra a la perfección esta peculiar disposición mental. Jamás habría llegado a construir su filosofía –así nos lo asegura– si hubiese tenido un solo maestro, porque entonces habría creído en lo que se le decía; pero, al descubrir que sus profesores no estaban de acuerdo los unos con los otros, se vio obligado a sacar en conclusión que ninguna de las doctrinas existentes era cierta. Como tenía un apasionado deseo de certidumbre, se puso a trabajar a fin de descubrir un nuevo método para alcanzarla. Como primer paso, decidió rechazar todo aquello de lo cual podía llegar a dudar. Los objetos cotidianos (sus relaciones, las calles, el sol y la luna, y así sucesivamente) podían ser ilusiones, porque veía cosas similares en sus sueños y no podía estar seguro de no estar siempre soñando. Las demostraciones matemáticas podían ser erróneas, pues-

to que los matemáticos algunas veces cometían errores. Pero no podía dudar de su propia existencia, puesto que si no existía no podía dudar. Por fin, pues, tenía ahí una premisa indudable para la reconstrucción de los edificios intelectuales que su anterior escepticismo había derribado.

Hasta ese momento, todo iba bien. Pero desde ese instante su obra pierde toda su perspicacia crítica, y acepta un sinfín de máximas escolásticas en favor de las cuales no se puede alegar más que la tradición de las escuelas. Cree que existe, dice, porque eso lo ve muy clara y muy distintamente; saca en conclusión, pues, «que puedo tomar por regla general que las cosas que concebimos con suma claridad y muy distintamente son todas ciertas». Comienza entonces a concebir toda clase de cosas «con suma claridad y muy distintamente», tales como que un efecto no puede tener mayor perfección que su causa. Puesto que puede formarse una idea de Dios (es decir, de un ser más perfecto que él), esta idea debe de haber tenido otra causa más perfecta que él, causa que sólo puede ser Dios; por lo tanto, Dios existe. Puesto que Dios es bueno, Él no engañaría perpetuamente a Descartes; entonces, los objetos que Descartes ve cuando está despierto deben de existir realmen-

te. Y así sucesivamente. Toda la cautela intelectual es arrojada por los aires, y podría parecer que el escepticismo inicial fue meramente retórico, aunque no creo que eso sea psicológicamente cierto. La duda inicial de Descartes fue, creo, tan legítima como la del hombre que ha perdido el rumbo, pero tenía igualmente la intención de ser reemplazada por la certidumbre tan pronto como fuese posible.

En un hombre cuyos poderes de razonamiento son buenos, los argumentos falaces son prueba de inclinación tendenciosa. Cuando Descartes se muestra escéptico, todo lo que dice es agudo y convincente, y hasta su primer paso constructivo, la prueba de su propia existencia, tiene mucho en su favor. Pero todo lo que sigue es flojo, descuidado y apresurado, revelando de este modo la deformante influencia del deseo. Una parte puede atribuirse a la necesidad de parecer ortodoxo a fin de escapar a la persecución, pero también debe de haber existido una causa más íntima. No creo que le interesase apasionadamente la realidad de los objetos sensibles, ni siquiera la de Dios, pero le importaba la verdad de las matemáticas. Y ésta, en su sistema, sólo podía ser establecida demostrando primeramente la existencia y atributos de la Dei-

dad. Su sistema, psicológicamente, era como sigue: No hay Dios, no hay geometría; pero la geometría es deliciosa; por lo tanto, Dios existe.

Leibniz, que inventó la frase «éste es el mejor de los mundos posibles», era un hombre sumamente distinto de Descartes. Era tranquilo, desapasionado; un profesional, no un aficionado. Se ganaba la vida escribiendo los anales de la Casa de Hannover, y conquistó su reputación gracias a una mala filosofía. También escribió buena filosofía, pero tuvo buen cuidado de no publicarla, ya que ello le habría costado las pensiones que recibía de varios príncipes. Una de sus obras populares más importantes, la *Teodicea*, fue escrita para la reina Sofía Carlota de Prusia, hija de la electora Sofía, como antídoto contra el escepticismo del *Diccionario* de Bayle. En esa obra explica, en el auténtico estilo del doctor Pangloss de Voltaire, los motivos para el optimismo. Sostiene que existen muchos mundos lógicamente posibles, cualquiera de los cuales podría haber sido creado por Dios; que algunos de ellos no contienen pecados ni dolores; y que en este mundo real el número de los condenados es incomparablemente mayor que el de los salvados. Pero piensa que los mundos sin mal contienen mucho menos bien que este mundo que Dios ha preferi-

do crear, que poseen menor exceso de bien con respecto al mal. Leibniz y la reina Sofía Carlota, que no se consideraban con posibilidad de encontrarse entre los condenados, aparentemente hallaban satisfactorio este tipo de optimismo.

Por debajo de tales superficialidades existe un problema más hondo, con el cual Leibniz luchó toda su vida. Deseaba escapar de la rígida necesidad que caracterizaba el mundo determinista, sin disminuir el imperio de la lógica. El mundo real, pensaba, contiene el libre albedrío; más aún: Dios lo escogió libremente, con preferencia a cualquier otro mundo posible. Pero, puesto que éstos son menos buenos que el mundo real, la elección de uno de ellos habría sido incompatible con la bondad de Dios. Y entonces, ¿debemos concluir que Dios no es *necesariamente* bueno? Difícilmente podría Leibniz decir tal cosa, porque, como otros filósofos, cree posible descubrir cosas importantes, tales como la naturaleza de Dios, por el solo hecho de permanecer sentado, inmóvil, pensando; rechaza, sin embargo, el determinismo que este punto de vista implica. Por lo tanto, se refugia en la oscuridad y la ambigüedad. Mediante una gran destreza, evita una aguda contradicción, pero a costa del difuso embrollo que impregna todo su sistema.

II

Un nuevo método de apologética fue inventado por el afable obispo Berkeley, quien atacó el materialismo de su época con los argumentos que, en nuestros tiempos, han sido avivados por sir James Jeans. Su propósito era doble: primero, demostrar que la materia no puede existir; segundo, deducir de esta proposición negativa la necesaria existencia de Dios. En el primer punto, sus afirmaciones no han sido refutadas jamás; pero dudo que las hubiese hecho si no hubiera creído que proporcionaban respaldo a su ortodoxia teológica.

Cuando uno piensa que ve un árbol, Berkeley hace observar que lo que realmente conoce no es un objeto externo, sino una modificación de sí mismo, una sensación, o, como él la llama, «una idea». Esto, que es todo lo que uno puede conocer, cesa en cuanto se cierran los ojos. Cualquier cosa que uno pueda percibir se encuentra en la propia mente, y no es objeto material externo. La materia, entonces, es una hipótesis innecesaria. Lo que el árbol tiene de real son las percepciones de los que supuestamente lo «ven»; el resto es metafísica innecesaria.

Hasta este punto, la argumentación de Berkeley es correcta y ampliamente válida. Pero de pron-

to cambia de tono, y, después de presentar una audaz paradoja, cae en los prejuicios de los no filósofos como base de su tesis siguiente. Le parece ridículo suponer que árboles y casas, montañas y ríos, el sol y la luna y las estrellas sólo existen cuando los miramos, que es lo que sugiere su primera afirmación.

Piensa que debe de existir alguna permanencia en los objetos físicos, y alguna independencia con respecto a los seres humanos. Esto lo demuestra suponiendo que el árbol es realmente una idea que existe en la mente de Dios, y que, por lo tanto, continúa existiendo cuando ningún ser humano lo mira. Las consecuencias de su propia paradoja, si las hubiera aceptado francamente, le habrían parecido espantosas; pero por medio de un repentino giro rescata la ortodoxia y algunos trazos de sentido común.

La misma timidez en cuanto a la aceptación de las consecuencias escépticas de su argumento han demostrado todos sus discípulos, salvo Hume; en este sentido, sus discípulos más modernos no han avanzado nada con respecto a él. Ninguno puede tolerar la admisión de que *si* sólo conozco «ideas», son sólo ideas *mías* las que conozco, y que por lo tanto no tengo motivo alguno para creer en nada que no sean mis propios estados mentales. Los que

han admitido la validez de este sencillísimo argumento no fueron discípulos de Berkeley, ya que éstos encontraron intolerable tal conclusión, por lo que argumentaron que no son sólo «ideas» lo que conocemos.[1]

Hume, *l'enfant terrible* de la filosofía, se distinguía por no tener ningún motivo metafísico ulterior. Era historiador y ensayista así como filósofo, tenía un temperamento apacible, y quizás encontraba tanto placer en importunar a los perpetradores de falacias como el que podría haber encontrado inventándolas él mismo. Aun así, el principal resultado de sus actividades fue estimular dos nue-

1. Los dos aspectos de la filosofía de Berkeley quedan ilustrados con las dos coplillas siguientes:

Hubo una vez un hombre que dijo: «A Dios
le debe parecer muy extraño
si resulta que este árbol
continúa existiendo
cuando no hay nadie en el patio».
RONALD KNOX

Estimado señor:
Su asombro es extraño;
Yo estoy siempre en el patio.
Y es por eso que el árbol
continuará existiendo
ya que es observado por
su seguro servidor,
DIOS.

vas series de falacias, una en Inglaterra y otra en Alemania. La serie alemana es mucho más interesante.

El primer alemán en prestar atención a Hume fue Immanuel Kant, quien se había conformado, hasta la edad de cuarenta y cinco años, aproximadamente, con la tradición dogmática derivada de Leibniz. Luego, como dice él mismo, Hume «le despertó de su amodorramiento dogmático». Después de meditar durante doce años, produjo su gran obra, la *Crítica de la Razón Pura*; siete años más tarde, a la edad de sesenta y cuatro, produjo la *Crítica de la Razón Práctica*, en la que resumió sus amodorramientos dogmáticos al cabo de casi veinte años de incómoda vigilia. Sus deseos fundamentales eran dos: quería estar seguro de una rutina invariable y quería creer en las máximas morales que había aprendido en su infancia. Hume resultaba inquietante en ambos sentidos, porque afirmaba que podemos confiar en la ley de causalidad, y ponía en duda la vida futura, de modo que el bueno no podía estar seguro de su recompensa en el cielo. Los primeros doce años de las meditaciones de Kant sobre Hume fueron dedicados a la ley de causalidad, y al cabo encontró una notable solución. Es cierto –dijo–, no podemos saber que existen causas en

el mundo real, pero, por otra parte, no podemos saber nada acerca del mundo real. El mundo de las apariencias, que es el único que podemos conocer, posee toda clase de propiedades que le hemos concedido nosotros, así como un hombre que tiene un par de gafas verdes que no puede quitarse está seguro de ver verdes las cosas. Los fenómenos que experimentamos tienen causas, que son otros fenómenos; no necesitamos preocuparnos acerca de si existe causación en la realidad que hay detrás de los fenómenos, puesto que no podemos experimentarla. Kant salía a dar un paseo todos los días, exactamente a la misma hora, y su criado le seguía llevando un paraguas. Los doce años empleados en producir la *Crítica de la Razón Pura* persuadieron al anciano de que, si llegaba a llover, el paraguas impediría que se *sintiera* mojado, sin importar lo que Hume pudiese decir en cuanto a las gotas de lluvia *reales.*

Eso era consolador, pero el consuelo había sido comprado a un precio muy alto. El espacio y el tiempo, en que ocurren los fenómenos, son irreales; los fabricaba el mecanismo psíquico de Kant. No sabía mucho acerca del espacio, ya que jamás había ido a más de quince kilómetros de Königsberg; quizá, si hubiese viajado, habría dudado de que su inventiva fuese capaz de inventar la geografía

de todo lo que veía. Sin embargo, resultaba agradable estar seguro de la verdad de la geometría, porque, habiendo fabricado el espacio él mismo, estaba completamente seguro de haberlo hecho euclidiano, y estaba seguro de ello sin necesidad de mirar fuera de sí. De tal modo, las matemáticas eran puestas a salvo debajo del paraguas.

Pero aunque las matemáticas estaban a salvo, la moralidad corría aún peligro. En la *Crítica de la Razón Pura*, Kant afirmó que la razón *pura* no puede demostrar la vida futura ni la existencia de Dios; por lo tanto, no puede asegurarnos que exista justicia en el mundo. Más aún, había cierta dificultad en cuanto al libre albedrío. Mis acciones, hasta el punto en que puedo observarlas, son fenómenos y, en consecuencia, tienen causas. La razón pura no puede decirme nada en cuanto a qué son en sí mis acciones, de modo que no sé si son libres o no. Sin embargo, la razón «pura» no es la única clase que existe; existe otra, no «impura», como podría haberse supuesto, sino «práctica». Esto parte de la premisa de que todas las reglas morales que le enseñaron a Kant en su niñez son ciertas. (Semejante premisa, claro, necesita un disfraz; es introducida en la sociedad filosófica bajo el nombre de «imperativo categórico».) Se sigue de ello que la voluntad

es libre, porque sería absurdo decir «*deberías* hacer tal y tal cosa» si no se *puede* hacer. Se sigue también que hay una vida futura, puesto que de otro modo los buenos no podrían ser adecuadamente recompensados ni los malos adecuadamente castigados. Se sigue además que es preciso que haya un Dios que disponga todas estas cosas. Hume puede haber derrotado a la razón «pura», pero la ley moral, al final, ha devuelto la victoria a los metafísicos. Y así Kant murió dichoso, y ha sido honrado desde entonces. Su doctrina llegó incluso a ser proclamada filosofía oficial del estado nazi.

III

Los filósofos, en su mayor parte, son tímidos por naturaleza y odian lo inesperado. Pocos de ellos serían genuinamente felices como piratas o ladrones. En consecuencia, inventan sistemas que hacen calculable el futuro, por lo menos en sus líneas principales. El supremo practicante de este arte fue Hegel. Para él, el curso de la lógica y el curso de la historia eran, en líneas generales, idénticos. La lógica, para él, consistía en una serie de intentos de describir el mundo que se corregían a sí mismos. Si su

primer intento es demasiado simple, como es casi seguro que lo será, descubrirá usted que dicho intento se contradice a sí mismo; probará usted suerte entonces con el opuesto, o la «antítesis», pero ésta también se contradirá a sí misma. Esto le conducirá a usted a una «síntesis», que contiene algo de la idea original y algo de su opuesta, pero que es más compleja y menos autocontradictoria que cualquiera de estas dos. Sin embargo, esta nueva idea también resultará inadecuada y usted se verá obligado, a través de su opuesta, a una nueva síntesis. Este proceso continúa hasta que se llega a la «Idea Absoluta», en la que no hay contradicción y que, por lo tanto, describe el mundo real.

Pero el mundo real, en Hegel, como en Kant, no es el mundo aparente. El mundo aparente pasa por desarrollos iguales a aquellos por los que pasa el lógico cuando parte del Ser Puro y viaja hacia la Idea Absoluta. El Ser Puro es ejemplificado por la antigua China, de la cual Hegel sólo sabía que existía; la idea Absoluta es ejemplificada por el estado prusiano, que había dado a Hegel una cátedra de profesor en Berlín. No está claro por qué el mundo tiene que pasar por esa evolución lógica; se siente la tentación de suponer que la Idea Absoluta no se entendió a sí misma, al comienzo, del

todo, y cometió errores cuando trató de corporizarse en acontecimientos. Pero esto, naturalmente, no es lo que habría dicho Hegel.

El sistema de Hegel satisfizo los instintos de los filósofos más completamente que el de ninguno de sus predecesores. Era tan oscuro que ningún aficionado podía tener la esperanza de entenderlo. Era optimista, puesto que la historia es un progreso en el desarrollo de la Idea Absoluta. Demostraba que el filósofo sentado en su estudio, considerando ideas abstractas, puede saber más del mundo real que el estadista o el historiador o el hombre de ciencia. En relación con esto, hay que admitirlo, hubo un desdichado incidente. Hegel publicó su demostración de que debía haber exactamente siete planetas apenas una semana antes del descubrimiento del octavo. La cuestión fue silenciada y se preparó apresuradamente una nueva edición revisada; no obstante, hubo quienes se burlaron. Pero, a despecho de este *contretemps*, el sistema de Hegel se mantuvo durante un tiempo triunfante en Alemania. Cuando ya casi había sido olvidado en su país natal, comenzó a dominar las universidades de Gran Bretaña y Estados Unidos. Ahora, sin embargo, sus adherentes componen un grupo pequeño y rápidamente decre-

ciente. Ningún nuevo gran sistema ha ocupado su lugar en la mente académica, y pocos se atreven ahora a decir que el filósofo, por medio del simple pensamiento sin observación, puede descubrir los errores del hombre de ciencia.

Sin embargo, fuera de las universidades ha surgido de las cenizas de Hegel un último gran sistema, y ha mantenido viva en amplios círculos la dichosa fe en el poder del pensamiento, que nuestros profesores han perdido. Este último superviviente de una especie casi extinta es la doctrina de Karl Marx. Marx tomó de Hegel la creencia en la dialéctica, es decir, en el desarrollo lógico por tesis, antítesis y síntesis demostrado en el curso de la historia humana y no sólo en el pensamiento abstracto. Para Hegel, que se encontraba a la cabeza de su profesión y era reverenciado por sus compatriotas, resultaba posible considerar el estado prusiano como la meta hacia la cual habían tendido todos los esfuerzos anteriores; pero para Marx, pobre, enfermo, en el exilio, era evidente que el mundo no es todavía perfecto. Otro giro más de la rueda dialéctica –es decir, una revolución más– sería necesario para alcanzar el milenario. No puede caber duda alguna de que esa revolución ocurrirá, porque Marx, como Hegel, considera la historia como un pro-

ceso lógico, de modo que sus etapas son tan indudables como la aritmética. Así, la fe y la esperanza encuentran su lugar en la doctrina marxista.

La mayor parte de la teoría de Marx es independiente de Hegel, pero el elemento hegeliano es importante, puesto que aporta la certidumbre de la victoria y el sentimiento de encontrarse de parte de irresistibles fuerzas cósmicas. Emocionalmente, la creencia en la dialéctica hegeliana, cuando existe en aquellos cuya situación actual es desdichada, es análoga a la creencia cristiana en el Segundo Advenimiento; pero su supuesta base lógica le proporciona un asidero sobre la cabeza así como sobre el corazón. Su asidero sobre la cabeza es puesto en peligro, no tanto por el prejuicio burgués como por el talante científico empírico, que se niega a suponer que podemos saber del universo tanto como los metafísicos suponían. Quizá la sobriedad empírica es tan difícil que los hombres jamás podrán conservarla, salvo cuando sean dichosos. En ese caso, las distintas creencias irracionales de nuestra época son un resultado natural de nuestras desdichas autoimpuestas, y una nueva era de metafísica podría ser inspirada por nuevos desastres.

IV

La filosofía es un estadio del desarrollo intelectual, y no es compatible con la madurez mental. A fin de que pueda florecer, debe seguirse creyendo en las doctrinas tradicionales, pero no tan incuestionablemente que no se busquen argumentos en apoyo de ellas; también tiene que existir la creencia de que las verdades importantes pueden ser descubiertas por el simple pensamiento, sin la ayuda de la observación. Esta creencia es verdadera en el campo de las matemáticas puras, que ha inspirado a muchos de los grandes filósofos. Es cierta en las matemáticas porque ese estudio es esencialmente verbal; no es cierta en ningún otro campo, porque el pensamiento, por sí solo, no puede establecer ningún hecho no verbal. Los salvajes y los bárbaros creen en la existencia de una conexión mágica entre sus personas y sus nombres, cosa que hace que resulte peligroso permitir que un enemigo sepa cómo se llaman. La distinción entre las palabras y lo que ellas designan es difícil de recordar siempre; los metafísicos, como los salvajes, tienen tendencia a imaginar una relación mágica entre las palabras y las cosas, o por lo menos entre la sintaxis y la estructura del mundo. Las frases tienen sujeto y predi-

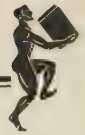
cado; por lo tanto, el mundo consiste en sustancias con atributos. Hasta muy recientemente, este argumento era aceptado como válido por casi todos los filósofos; o, más bien, dominaba sus opiniones casi sin que ellos lo supieran.

Además de la confusión existente entre el lenguaje y lo que éste representa, hay otra razón para la creencia de que el filósofo puede descubrir hechos sólo con el pensamiento: se trata de la convicción de que el mundo debe ser éticamente satisfactorio. El doctor Pangloss, en su despacho, puede asegurar qué clase de universo, para su modo de pensar, sería el mejor posible; también puede convencerse a sí mismo, mientras permanezca en su estudio, de que el universo tiene la intención de satisfacer sus exigencias éticas. Bernard Bosanquet, que fue hasta su muerte uno de los maestros reconocidos de la filosofía británica, sostenía en su *Lógica*, ostensiblemente sobre bases lógicas, que «sería difícil creer, por ejemplo, en la posibilidad de una catástrofe que llegase a abrumar a una civilización progresista como la de Europa y sus colonias». La capacidad para creer que las «leyes del pensamiento» tienen consoladoras consecuencias políticas es un signo de prejuicio filosófico. La filosofía, en tanto que opuesta a la ciencia, nace de una especie de

afirmación de sí: una creencia de que nuestros propósitos tienen una importante relación con los propósitos del universo y que, a la larga, el curso de los acontecimientos está obligado a ser, en conjunto, tal como nosotros desearíamos que fuese. La ciencia abandonó esta clase de optimismo, pero está siendo conducida hacia otro: el de que nosotros, con nuestra inteligencia, podemos hacer que el mundo satisfaga una gran parte de nuestros deseos. Éste es un optimismo práctico, en oposición al metafísico. Espero que no les parezca a las generaciones futuras tan tonto como el del doctor Pangloss.

La superior virtud de los oprimidos

Una de las persistentes ilusiones de la humanidad es la de que ciertos sectores de la especie humana son moralmente mejores o peores que otros. Esta creencia tiene distintas formas, ninguna de las cuales cuenta con base racional alguna. Es natural tener buena opinión de nosotros mismos, y a partir de ahí, si nuestros procesos mentales son simples, de nuestro sexo, nuestra clase, nuestra nación y nuestra época. Pero entre los escritores, especialmente los moralistas, es corriente una expresión menos directa de autoestima. Tienden a pensar mal de sus vecinos y conocidos, y, por lo tanto, a pensar bien del sector de la humanidad al que ellos mismos no pertenecen. Laotsé admiraba a los «puros hombres de la antigüedad» que vivieron antes del advenimiento de la sofisticación confuciana. Tácito y Madame de Staël admiraron a los alemanes porque no tenían emperador. Locke tenía buena



opinión del «inteligente norteamericano» porque no estaba descarriado por las sofisterías cartesianas.

Una forma más bien curiosa de esta admiración hacia grupos a los cuales no pertenece el admirador es la creencia en la superior virtud de los oprimidos: las naciones sometidas, los pobres, las mujeres y los niños. El siglo XVIII, mientras arrebataba América a los indios, reducía al campesinado a la condición de trabajadores pauperizados e introducía las crueldades del industrialismo primitivo, gustaba de arranques sentimentales acerca del «noble salvaje» y de los «sencillos anales de los pobres». La virtud, se afirmaba, no se encontraba en las cortes; pero las damas de las cortes podían lograrla *casi* si se disfrazaban de pastoras. Y en lo referente al sexo masculino:

> Feliz el hombre cuyos deseos y cuidados
> unas cuantas hectáreas paternas ciñen.

No obstante, para sí, Pope prefería Londres y su casa de campo de Twickenham.

En la Revolución Francesa, la superior virtud de los pobres se convirtió en una cuestión de partido, y ha seguido siéndolo desde entonces. Para los reaccionarios, los pobres fueron «la plebe» o «la

chusma». Los ricos descubrieron, con sorpresa, que algunas personas eran tan pobres que no poseían siquiera «unas cuantas hectáreas paternas». Sin embargo, los liberales continuaban idealizando a los pobres rurales, en tanto que los intelectuales, socialistas y comunistas hacían lo propio con el proletariado urbano, costumbre a la que volveré luego, puesto que sólo se hizo importante en el siglo XX.

El nacionalismo introdujo, en el siglo XIX, un sustituto del noble salvaje: el patriota de una nación oprimida. Los griegos hasta que consiguieron liberarse de los turcos, los húngaros hasta el *Ausgleich* de 1867, los italianos hasta 1870 y los polacos hasta después de la guerra de 1914-1918 eran considerados románticamente como talentosas razas poéticas, demasiado idealistas para triunfar en este mundo perverso. Los irlandeses eran considerados por los ingleses como poseedores de un encanto especial y un discernimiento místico, y eso hasta 1921, en que se descubrió que los gastos que exigiría el continuar oprimiéndolos serían prohibitivos. Una a una, todas estas naciones consiguieron la independencia, y se descubrió entonces que eran como todas las demás; pero la experiencia de los ya liberados no destruía la ilusión con respecto a los que todavía continuaban luchando. Las ancianas

inglesas siguen hablando con sentimiento de la «sabiduría de Oriente» y los intelectuales norteamericanos acerca de «la conciencia de la tierra» de los negros.

Las mujeres, como son objeto de las más fuertes emociones, han sido vistas más irracionalmente aún que los pobres o las naciones sometidas. No pienso en lo que dicen los poetas, sino en las sobrias opiniones de los hombres que se consideran racionales. La Iglesia tenía dos actitudes opuestas: por un lado, la mujer era la Tentadora, que conducía a monjes y otras personas al pecado. Por otra parte, era capaz de santidad en un grado casi mayor que el hombre. Teológicamente, los dos tipos estuvieron representados por Eva y la Virgen. En el siglo XIX la tentadora pasó a segunda fila; había, claro está, mujeres «malas», pero los victorianos meritorios, a diferencia de san Agustín y sus sucesores, no admitieron que tales pecadoras pudieran tentarles, y no les agradaba reconocer su existencia. Se creó una especie de combinación de *madonna* y dama de la caballería, como ideal de la mujer casada corriente. Era delicada y refinada, tenía una frescura que sería borrada por el contacto con el rudo mundo, poseía ideales que podían ser mancillados por el contacto con la maldad; como los celtas y los esla-

vos y el noble salvaje, pero en grado aún mayor, gozaba de una naturaleza espiritual que la tornaba superior al hombre pero la hacía inadecuada para los negocios, la política o el manejo de su propia fortuna. Este punto de vista no se ha extinguido aún. No hace mucho, en respuesta a una disertación que hice en favor de un igual salario por un trabajo igual, un maestro inglés me envió un folleto publicado por una asociación de maestros, en el que se establecía la posición opuesta, que respaldaba con curiosos argumentos. Dice de la mujer: «Gustosamente la ponemos en primer lugar como fuerza espiritual; la reconocemos y reverenciamos como la "parte angélica de la humanidad"; le concedemos superioridad en todas las gracias y refinamientos de que somos capaces como seres humanos; queremos que conserve todas sus simpáticas costumbres femeninas». «Esta petición», la de que las mujeres se conformen con salarios inferiores, «la hacemos», tal se nos asegura, «sin ningún espíritu de egoísmo, sino, al contrario, por respeto y devoción a nuestras madres, esposas, hermanas e hijas. Nuestro propósito es sagrado, una verdadera cruzada espiritual».

Hace cincuenta o sesenta años semejante lenguaje no habría despertado comentario alguno, a

no ser por parte de un puñado de feministas; ahora, desde que las mujeres han conquistado el voto, ha llegado a parecer un anacronismo. La creencia en su superioridad «espiritual» formaba parte de la decisión de mantenerlas en una categoría inferior, económica y políticamente. Cuando los hombres fueron derrotados en esa batalla, se vieron obligados a respetar a las mujeres, y, por lo tanto, dejaron de ofrecerles «reverencia» como consuelo a su inferioridad.

Un proceso relativamente similar se ha llevado a cabo en el punto de vista de los adultos con respecto a los niños. Los niños, como las mujeres, eran teológicamente malvados, en especial para los evangelistas. Eran miembros de Satán, eran impíos. Como tan admirablemente dijo el doctor Watts:

> Un golpe de Su todopoderosa vara
> puede enviar rápidamente al Infierno
> a los jóvenes pecadores.

Era necesario que se les «salvase». En la escuela de Wesley «se efectuó en una oportunidad una conversión general... Sólo se exceptuó a un pobre niño, que desdichadamente se resistió a la influencia del Espíritu Santo, por lo cual fue severamen-

te azotado...». Pero durante el siglo XIX, cuando la autoridad paterna, como la de los reyes y los sacerdotes y los esposos, se sentía amenazada, entraron en boga métodos más sutiles de aplastar la insubordinación. Los niños eran «inocentes»; como las buenas mujeres, tenían una «frescura», debían ser protegidos del conocimiento del mal, no fuese que perdiesen la frescura. Más aún: poseían un tipo especial de sabiduría. Wordsworth popularizó este punto de vista entre la gente de habla inglesa. Primeramente puso de moda reconocer en los niños:

> Altos instintos ante los que nuestra mortal
> naturaleza
> se estremeció como una cosa culpable
> sorprendida.

Nadie, en el siglo XVIII, podría haber dicho a su hijita, a menos que estuviese muerta:

> Yaces en el seno de Abraham durante
> todo el año
> y rindes culto en el altar interior del templo.

Pero en el siglo XIX este punto de vista se hizo sumamente común; y los miembros respetables de

la Iglesia Episcopal –o incluso de la Iglesia Católica– ignoraron desvergonzadamente el Pecado Original para regodearse con la herejía de moda, de que

> ... arrastrando nubes de gloria venimos
> de Dios, que es nuestro hogar:
> el Cielo nos rodea en nuestra infancia.

Esto llevó al resultado habitual. Comenzó a parecer poco correcto zurrar a una criatura que yacía en el seno de Abraham, o usar la vara antes que «los altos instintos» para hacerla «temblar como una cosa culpable sorprendida».Y así los padres y los maestros descubrieron que los placeres que habían encontrado aplicando castigos eran disminuidos y que surgía una teoría de la educación que hacía necesario considerar el bienestar del niño, y no sólo la conveniencia y el sentido de poder del adulto.

El único consuelo que los adultos podían permitirse era la invención de una nueva psicología infantil. Los niños, después de ser agentes de Satán en la teología tradicional y ángeles místicamente iluminados en las mentes de los reformadores de la pedagogía, han llegado a ser pequeños demonios: no demonios teológicos inspirados por el Malig-

no, sino abominaciones científicas freudianas inspiradas por el Inconsciente. Son, es preciso decirlo, mucho más malvados de lo que eran en las diatribas de los monjes; exhiben, en los manuales modernos, un ingenio y una persistencia para discurrir pecados que en el pasado no tuvieron parangón, salvo en san Antonio. ¿Es todo esto, por fin, la verdad objetiva? ¿O es simplemente una compensación imaginativa adulta por el hecho de que no les está ya permitido vapulear a las pequeñas plagas? Que respondan los freudianos, cada uno por los demás.

Como se hace patente en los distintos ejemplos que hemos considerado, la etapa en que la superior virtud es atribuida a los oprimidos es transitoria e inestable. Comienza sólo cuando los opresores llegan a tener remordimientos de conciencia, y ello ocurre únicamente cuando su poder ya no es seguro. La idealización de la víctima resulta útil durante cierto tiempo: si la virtud es la mayor de las bondades, y si el sometimiento hace virtuosas a las gentes, es bondadoso negarles el poder, ya que éste les destruiría la virtud. Si a un hombre rico le es difícil entrar en el reino de los cielos, es un acto de nobleza por su parte el conservar sus riquezas y así arriesgar su bienaventuranza eterna en beneficio

de sus hermanos más pobres. El aliviar a las mujeres del trabajo sucio de la política era un magnífico acto de abnegación por parte de los hombres. Y así sucesivamente. Pero más tarde o más temprano la clase oprimida argumentará que su superior virtud es un motivo favorable para que disfrute del poder, y los opresores se encontrarán con que sus propias armas se han vuelto contra ellos. Cuando por fin el poder se ha igualado, se descubre que toda la palabrería acerca de la superior virtud era una bobada, absolutamente innecesaria como base para la exigencia de igualdad.

En lo que respecta a los italianos, los húngaros, las mujeres y los niños, hemos recorrido todo el ciclo. Pero todavía nos encontramos en mitad de él en el caso que tiene la mayor importancia en la época actual: a saber, el del proletariado. La admiración por el proletariado es sumamente moderna. El siglo XVIII, cuando alababa a «los pobres», pensaba siempre en los pobres rurales. La democracia de Jefferson se detuvo antes de llegar a la plebe urbana; él deseaba que Norteamérica siguiese siendo un país de agricultores. La admiración por el proletariado, como la que se muestra hacia las represas, las centrales eléctricas y los aviones, forma parte de la ideología de la era mecánica. Con-

siderada en términos humanos, tiene tan poco en su favor como la creencia en la magia céltica, el alma eslava, la intuición femenina y la inocencia infantil. Si fuese en verdad cierto que la mala alimentación, la falta de aire y sol, los alojamientos insalubres y el exceso de trabajo producen mejores personas que las producidas por la buena alimentación, el aire sano, una educación y una vivienda adecuadas y una razonable proporción de descanso, entonces se derrumbaría toda la argumentación en favor de la reconstrucción económica y podríamos regocijarnos de que tan gran porcentaje de la población goce de las condiciones que producen virtud. Pero, a pesar de lo evidente de tal argumento, muchos de los intelectuales comunistas y socialistas consideran de *rigueur* pretender que encuentran a los proletarios más afables que a otras personas, en tanto que profesan un deseo de abolir las condiciones que, según ellos, son las únicas que producen buenos seres humanos. Los niños fueron idealizados por Wordsworth y desidealizados por Freud. Marx fue el Wordsworth del proletariado; su Freud todavía está por llegar.

Sobre la mentalidad moderna

Nuestra época es la más provinciana que se ha conocido desde Homero. No hablo de ninguna provincia geográfica: los habitantes de Mudcombe-in-the-Meer tienen más conciencia que en ningún otro tiempo anterior sobre lo que se hace y se piensa en Praga, Gorki o Peiping. Somos provincianos en el sentido cronológico: así como los nuevos nombres ocultan a las históricas ciudades de Praga, Nijni-Novgorod y Pekín, así los nuevos estribillos nos ocultan los pensamientos y sentimientos de nuestros antepasados, aun cuando difiriesen muy poco de los nuestros. Nos imaginamos en la cúspide de nuestra inteligencia, y no podemos creer que las extrañas vestimentas e incómodas frases de otras épocas puedan haber investido a personas y pensamientos que todavía son dignos de nuestra atención. Si se quiere que *Hamlet* resulte interesante para un lector realmente moderno,

es preciso traducirlo primeramente al idioma de Marx o de Freud, o, mejor aún, a una jerga incoherente compuesta de ambos. Hace unos años leí una desdeñosa crítica de un libro de Santayana, que mencionaba un ensayo sobre *Hamlet* «fechado, en todo sentido, en 1908», como si lo que se ha descubierto desde entonces hiciese que cualquier apreciación anterior sobre Shakespeare resultase desatinada y relativamente superficial. No se le ocurrió al crítico que su crítica estaba «fechada, en todo sentido, en 1936». O quizá se le ocurrió dicho pensamiento, y le llenó de satisfacción. Estaba escribiendo para el momento, no para siempre; al año siguiente habría adoptado la nueva moda de opiniones, cualquiera que fuese, y sin duda tenía la esperanza de mantenerse al día mientras continuase escribiendo. Cualquier otro ideal para un escritor parecería absurdo y anticuado para el hombre moderno.

El deseo de ser contemporáneo es, naturalmente, nuevo sólo en el grado; hasta cierto punto ha existido en todos los períodos anteriores que se creyeron progresistas. El Renacimiento sentía desprecio hacia los siglos góticos que lo precedieron; los siglos XVII y XVIII cubrieron de cal mosaicos inapreciables; el movimiento romántico desdeñó a la era de

la copla heroica. Hace ochenta años Lecky reprochó a mi madre el oponerse a la caza del zorro, llevada por la moda intelectual:

> Estoy seguro –escribió él– de que no es usted en modo alguno sentimental en lo relativo a los zorros ni se siente en absoluto escandalizada ante la más hermosa de todas las afirmaciones de derechos femeninos, la de andar a caballo a campo traviesa. Pero siempre considera la política y el intelecto como una feroz carrera, y entonces tiene un espantoso miedo de no ser lo suficientemente avanzada o intelectual.

Pero en ninguno de esos tiempos pasados fue el desprecio hacia épocas pasadas tan completo como ahora. Desde el Renacimiento hasta el fin del siglo XVIII, los hombres admiraron la antigüedad romana; el movimiento romántico revivió la Edad Media; mi madre, a pesar de toda su creencia en el progreso del siglo XIX, leía constantemente a Shakespeare y Milton. Sólo desde la guerra de 1914-1918 se ha puesto de moda hacer caso omiso del pasado *en bloc.*

La convicción de que la moda por sí sola debe dominar la opinión posee grandes ventajas. Hace

innecesario el pensamiento y pone la más alta inteligencia al alcance de cualquiera. No es difícil aprender el empleo correcto de palabras tales como «complejo», «sadismo», «Edipo», «burgués», «desviación», «izquierda»; y nada más se necesita para hacer a un brillante escritor u orador. Algunas por lo menos de tales palabras exigieron mucha meditación a sus inventores; como el papel moneda, originariamente eran convertibles en oro. Pero para la mayoría de las personas se han tornado inconvertibles, y al depreciarse han aumentado la riqueza nominal de ideas. Y así estamos ahora en condiciones de despreciar las ínfimas fortunas intelectuales de tiempos anteriores.

El hombre de mentalidad moderna, aunque cree profundamente en la sabiduría de su época, debe ser considerado sumamente modesto en cuanto a sus poderes personales. Su más alta esperanza es la de pensar el primero lo que está a punto de ser pensado, decir lo que está por decirse y sentir lo que está por ser sentido; no tiene ningún deseo de pensar mejores pensamientos que sus prójimos, de decir cosas que demuestren más penetración o de tener emociones que no sean las de algún grupo de moda, sino que sólo quiere estar un poco por delante de los demás en lo referente al tiempo. Con bastante

deliberación suprime en sí lo que tiene de individual, en pro de su admiración por el rebaño. Una vida mentalmente solitaria, como la de Copérnico, o Spinoza, o Milton después de la Restauración, parece carente de sentido de acuerdo con las normas modernas. Copérnico tendría que haber demorado su defensa del sistema copernicano hasta que se pudiese poner de moda; Spinoza tendría que haber sido un buen judío o un buen cristiano; Milton tendría que haber avanzado con los tiempos, como la viuda de Cromwell, que pidió a Carlos II una pensión basándose en que no estaba de acuerdo con la política de su esposo. ¿Por qué un individuo habría de erigirse en juez independiente? ¿No está claro que la sabiduría reside en la sangre de la raza nórdica, o, alternativamente, en el proletariado? Y, de todos modos, ¿de qué sirve una opinión excéntrica, que no tiene la menor esperanza de conquistar a las grandes agencias de publicidad?

Las recompensas en dinero y la difundida aunque efímera fama que tales agencias han hecho posible ponen en el camino de los hombres capaces tentaciones que son difíciles de resistir. Ser señalado, admirado, mencionado constantemente en la prensa, que se le ofrezcan a uno formas sencillas de ganar mucho dinero es sumamente agradable; y

cuando todo esto está abierto para un hombre, le resulta a éste difícil continuar haciendo el trabajo que él considera el mejor, y se siente inclinado a subordinar su juicio a la opinión general.

Otros varios factores contribuyen a este resultado. Uno de ellos es la rapidez del progreso, que ha hecho difícil realizar trabajos que no queden rápidamente superados. Newton duró hasta Einstein; Einstein ya es considerado por muchos como anticuado. Muy pocos hombres de ciencia, en la actualidad, se sientan a escribir una gran obra, porque saben que, mientras la estén escribiendo, otros descubrirán nuevas cosas que la invalidarán antes de que aparezca. El tono emocional del mundo cambia con igual rapidez, a medida que las guerras, depresiones y revoluciones se suceden las unas a las otras en el escenario.Y los acontecimientos públicos influyen sobre las vidas privadas con mayor energía que en épocas pasadas. Spinoza, a despecho de sus opiniones heréticas, podía continuar vendiendo gafas y meditando, aun cuando su país fuese invadido por enemigos extranjeros; si viviese ahora, es muy probable que fuese incorporado al ejército o encarcelado. Por estos motivos, para que un hombre se enfrente a la corriente de su tiempo es necesaria mayor fuerza de convicción personal

que en cualquier otro período previo, desde el Renacimiento.

Sin embargo, el cambio tiene una causa más honda. En días anteriores, los hombres deseaban servir a Dios. Cuando Milton quiso ejercer «ese talento que es fatal ocultar», sintió que su alma «se inclinaba a servir con él a mi Hacedor». Todos los artistas de tendencias religiosas estaban convencidos de que los juicios estéticos de Dios coincidían con los propios; por lo tanto, tenían un motivo, independientemente del aplauso popular, para hacer aquello que consideraban lo mejor, aun cuando su estilo no estuviese de moda. El hombre de ciencia, al buscar la verdad, incluso cuando entraba en conflicto con las supersticiones en boga, exponía las maravillas de la Creación y ponía en mayor armonía con el perfecto conocimiento de Dios las imperfectas creencias de los hombres. Todos los trabajadores serios, ya fuesen artistas, filósofos o astrónomos, creían que, al seguir sus propias convicciones, servían a los fines de Dios. Cuando, con el progreso de la ilustración, esta creencia comenzó a hacerse vaga, todavía quedaban la Verdad, lo Bueno y lo Bello. Las normas no humanas seguían siendo establecidas en el cielo, aun cuando el cielo no tuviese existencia topográfica.

Durante todo el siglo XIX, la Verdad, lo Bueno y lo Bello conservaron su precaria existencia en la mente de los ateos sinceros. Pero su misma sinceridad fue su perdición, ya que les imposibilitaba para detenerse a mitad del camino. Los pragmatistas explicaron que la Verdad es lo que resulta práctico creer. Los historiadores de la moral redujeron lo Bueno a una cuestión de costumbre tribal. La Belleza fue abolida por los artistas, en una revolución contra las melosas insipideces de una época filistea y en un arranque de furia en que la satisfacción tiene que ser obtenida únicamente de lo que hace daño. Y así el mundo quedó barrido, no sólo de Dios como persona, sino de la esencia de Dios como ideal al cual el hombre debía una fidelidad ideal, en tanto que el individuo, como resultado de una tosca y nada crítica interpretación de sólidas doctrinas, quedaba sin ninguna defensa interior contra la presión social.

Todos los movimientos van demasiado lejos, y esto rige también, ciertamente, en el movimiento hacia la subjetividad, que comenzó con Lutero y Descartes como una afirmación del individuo y ha culminado, por una lógica inherente, en su completa sumisión. La subjetividad de la verdad es una doctrina apresurada, no deducible válidamente

de las premisas que se ha creído que la implicaban; y las costumbres de los siglos han hecho que muchas cosas pareciesen dependientes de la creencia teológica, cuando en verdad no lo son. Los hombres vivían con una sola clase de ilusión, y cuando la perdían caían en otra. Pero el nuevo error no puede ser combatido con los errores antiguos. El desapego y la objetividad, tanto en el pensamiento como en el sentimiento, han estado histórica, pero no lógicamente, relacionados con ciertas creencias tradicionales; mantenerlos sin tales creencias es posible e importante. Cierto grado de aislamiento, en el espacio y en el tiempo, es esencial para generar la independencia que la obra más importante necesita; tiene que existir algo que parezca más importante que la admiración de la muchedumbre contemporánea. Estamos sufriendo, no la decadencia de las creencias teológicas, sino la pérdida de la soledad.

Esbozo del disparate intelectual

El hombre es un animal racional o, por lo menos, así se me ha dicho. En el transcurso de una larga vida he buscado diligentemente pruebas en favor de esta afirmación, pero hasta ahora no he tenido la suerte de toparme con ellas, aunque las busqué en muchos países esparcidos en tres continentes. Por el contrario, he visto al mundo hundirse cada vez más en la locura. He visto a grandes naciones, antiguamente líderes de la civilización, descarriadas por predicadores de ampulosas tonterías. He visto la crueldad, la persecución y la superstición aumentando a saltos y brincos, y hemos llegado ya a un punto en que la loa a la racionalidad se considera como señal de que un hombre es un viejo oscurantista, lamentable superviviente de una era pasada. Todo ello resulta deprimente, pero la melancolía es una emoción inútil. A fin de escapar a ella, me he visto obligado a estudiar el pasado con mayor

atención de la que anteriormente le dediqué, y he descubierto, como lo descubrió Erasmo, que la locura es eterna y que, sin embargo, la especie humana ha sobrevivido. Las locuras de nuestra época resultan más fáciles de soportar cuando se las contempla contra el fondo de las locuras pasadas. En lo que sigue mezclaré las tonterías de nuestros días con las de siglos anteriores. Quizás el resultado pueda ayudar a ver nuestro tiempo en perspectiva, y a no considerarlo peor que otras edades por las que pasaron nuestros antepasados sin llegar al desastre final.

Aristóteles, por lo que sé, fue el primer hombre en proclamar explícitamente que el hombre es un animal racional. El motivo que tenía para esta opinión no parece ahora demasiado impresionante; era que algunas personas saben sumar. Pensaba que hay tres clases de almas; el alma vegetal, que poseen todas las cosas vivientes, tanto plantas como animales, y que se preocupa sólo de la alimentación y el crecimiento; el alma animal, dedicada a la locomoción, y compartida por el hombre con los animales inferiores; y, finalmente, el alma racional, o intelecto, que es la mente divina, pero en la que los hombres participan en mayor o menor grado, en proporción a su sabiduría. En virtud del intelecto, el hombre es un animal racional. El intelecto se demuestra de

varios modos, pero más enfáticamente por medio del dominio de la aritmética. El sistema de numeración griego era malísimo, de modo que la tabla de multiplicar resultaba sumamente difícil, y los cálculos complicados sólo podían ser efectuados por personas muy inteligentes. Pero, en la actualidad, las máquinas de calcular hacen sumas mejor que las personas más inteligentes, y sin embargo nadie afirma que esos útiles instrumentos sean inmortales o que trabajen por inspiración divina. A medida que la aritmética se ha hecho más fácil, se ha vuelto menos respetada. La consecuencia es que, aunque muchos filósofos continúan diciéndonos qué magníficos individuos somos, no nos alaban ya por nuestra habilidad aritmética.

Puesto que la moda de la época no nos permite ya señalar a los muchachos calculistas como prueba de que el hombre es racional y el alma, al menos en parte, inmortal, busquemos en otra parte. ¿Adónde nos dirigiremos en primer lugar? ¿Buscaremos entre los estadistas eminentes, que tan triunfalmente han conducido al mundo a su situación actual? ¿O elegiremos entre los hombres de letras? ¿O entre los filósofos? Todos ellos tienen sus pretensiones, pero creo que deberíamos comenzar con todos aquellos a los que la gente de rectos pensamien-

tos reconoce como los hombres más sabios y los mejores, a saber, los sacerdotes. Si *ellos* no resultan racionales, ¿qué esperanza nos queda a nosotros, mortales menores? Y, ¡ay! –aunque lo digo con todo el debido respeto–, ha habido tiempos en que su sabiduría no fue muy evidente, y, cosa extraña, fueron precisamente los tiempos en que el poder del clero era mayor.

Las Épocas de Fe, que son alabadas por nuestros neoescolásticos, fueron los tiempos en que el clero pudo disponer las cosas a su manera. La vida cotidiana estaba llena de milagros hechos por santos y de hechicerías perpetradas por demonios y nigromantes. Muchos miles de brujas fueron quemadas en la hoguera. Los pecados de los hombres eran castigados por las plagas y el hambre, por terremotos, incendios e inundaciones. Y, no obstante, aunque parezca extraño, los hombres eran mucho más pecadores que ahora. Muy poco se conocía, científicamente, acerca del mundo. Unos cuantos hombres ilustrados recordaban las demostraciones griegas de que la tierra es redonda, pero la mayoría de las gentes se burlaban de la idea de que existiesen las antípodas. Suponer que en ellas hubiera seres humanos era herético. Se sostenía, en general (aunque los católicos modernos adopten un pun-

to de vista más moderado), que la inmensa mayoría de la humanidad estaba condenada. Se afirmaba que los peligros acechaban a cada paso. Los demonios se posaban en los alimentos que los monjes estaban a punto de ingerir, y se apoderaban del cuerpo de los incautos que se olvidaban de persignarse antes de tomar cada bocado. La gente chapada a la antigua todavía dice: «Dios te bendiga» cuando uno estornuda, pero se han olvidado del motivo de la costumbre. Que era el de que se creía que, al estornudar, la gente expelía el alma, y antes de que ésta pudiese volver, era posible que los demonios al acecho entrasen en el cuerpo carente de ella; pero si uno decía: «Dios te bendiga», los demonios eran ahuyentados.

Durante los últimos cuatrocientos años, en los cuales el desarrollo de la ciencia ha demostrado a los hombres el modo de adquirir conocimiento respecto a las costumbres de la naturaleza y dominio sobre las fuerzas naturales, el clero ha librado una batalla perdida contra la ciencia, en astronomía y geología, en anatomía y fisiología, en biología y psicología y sociología. Expulsados de una posición, ocuparon otra. Después de ser derrotados en astronomía, hicieron lo posible para impedir al ascenso de la geología; lucharon contra Darwin en biolo-

gía, y en la actualidad están luchando contra las teorías científicas de la psicología y la educación. En cada etapa, tratan de hacer que el público olvide su anterior oscurantismo, a fin de que su oscurantismo actual no sea reconocido como tal. Subrayemos algunos ejemplos de irracionalidad en el clero desde el ascenso de la ciencia, y averigüemos luego si el resto de la humanidad es mejor.

Cuando Benjamin Franklin inventó el pararrayos, el clero, tanto en Inglaterra como en Norteamérica, con el entusiasta respaldo de Jorge III, lo condenó como un impío intento de derrotar la voluntad de Dios. Porque, como podía comprender toda la gente bien pensante, el rayo es enviado por Dios para castigar la irreligiosidad o cualquier otro pecado grave: los virtuosos jamás son heridos por el rayo. Por lo tanto, si Dios quiere golpear a alguien, Benjamin Franklin no tendría que oponerse a Sus designios; en verdad, hacer tal cosa es ayudar a los criminales a escapar. Pero Dios se puso a la altura de la situación, si tenemos que creer al eminente doctor Price, uno de los principales teólogos de Boston. Como el rayo se había vuelto ineficaz por las «puntas de hierro inventadas por el sagaz doctor Franklin», Massachusetts fue sacudido por temblores de tierra, que el doctor Price

supuso debidos a la ira de Dios contra las «puntas de hierro». En un sermón sobre el tema dijo: «En Boston se erigen en más cantidad que en cualquier otra parte de Nueva Inglaterra, y Boston parece ser la más espantosamente sacudida. ¡Oh!, es imposible escapar a la potente mano de Dios». Aparentemente, sin embargo, la Providencia abandonó toda esperanza de curar a Boston de su perversidad, porque, aunque los pararrayos se hicieron cada vez más comunes, los terremotos en Massachusetts han seguido siendo raros. No obstante, el punto de vista del doctor Price, o algo sumamente parecido, aún era sostenido por uno de los hombres más influyentes de tiempos recientes. Cuando, en una ocasión, hubo varios terremotos graves en la India, el Mahatma Gandhi advirtió solemnemente a sus compatriotas que esos desastres habían sido enviados en castigo por sus pecados.

Este punto de vista existe incluso en mi propia isla natal. Durante la guerra de 1914-1918 el gobierno británico hizo mucho para estimular la producción de alimentos en la metrópoli. En 1916, cuando las cosas no iban bien, un sacerdote escocés escribió a los periódicos para decir que el fracaso militar se debía al hecho de que, con la sanción del gobierno, se habían plantado patatas en

domingo. Sin embargo, se evitó el desastre gracias a que los alemanes desobedecieron *todos* los Diez Mandamientos, y no sólo uno de ellos.

A veces, si hay que creer a los hombres piadosos, el favor divino es curiosamente selectivo. Toplady, el autor de *Rock of Ages*, se mudaba de una vicaría a otra; una semana después de la mudanza, la vicaría que había ocupado antes se incendiaba, con grandes pérdidas para el nuevo vicario. Y entonces Toplady daba gracias a Dios; pero no se sabe qué hacía el nuevo vicario. Borrow, en *La Biblia en España*, narra cómo cruzó, sin percances, un paso de montaña infestado de bandidos. Pero el grupo que cruzó después de él fue asaltado, robado, y algunos de sus integrantes asesinados; cuando Borrow se enteró de ello, como Toplady, dio gracias a Dios.

Aunque en nuestros manuales se nos enseña la astronomía copernicana, ésta no ha penetrado aún en nuestra religión o en nuestra moral, y ni siquiera ha conseguido destruir la creencia en la astrología. La gente sigue creyendo que el Divino Plan tiene una especial relación con los seres humanos, y que una Providencia especial no sólo cuida a los buenos sino que además castiga a los malvados. A veces me escandalizan las blasfemias de los que se creen piadosos: por ejemplo, las de las mon-

jas que jamás toman un baño sin vestir una camisa de baño. Cuando se les pregunta por qué lo hacen, puesto que ningún hombre puede verlas, responden: «Ah, pero olvida usted al buen Dios». Aparentemente, conciben a la Deidad como un mirón cuya omnipotencia le permite ver a través de las paredes de los cuartos de baño, pero que es frustrado por las camisas de baño. Este punto de vista me resulta curioso.

Toda la concepción del «pecado» me resulta desconcertante, sin duda debido a mi naturaleza pecadora. Si el «pecado» consistiese en causar sufrimientos innecesarios, yo podría entenderlo; pero, por el contrario, el pecado consiste a menudo en evitar sufrimientos inútiles. Hace unos años, se presentó en la Cámara de los Lores un proyecto de ley para legalizar la eutanasia en los casos de enfermedad dolorosa e incurable. Sería necesario el consentimiento del paciente, así como varios certificados médicos. A mí, en mi simplicidad, me pareció que sería natural pedir el consentimiento del paciente, pero el extinto arzobispo de Canterbury, el experto funcionario inglés en materia de Pecado, explicó lo erróneo de tal punto de vista. El consentimiento del paciente convierte la eutanasia en suicidio, y el suicidio es pecado. Sus señorías escu-

charon la voz de la autoridad y rechazaron el proyecto de ley. En consecuencia, para complacer al arzobispo –y a su Dios, si nos ha informado correctamente–, las víctimas del cáncer tienen que seguir soportando meses de tormentos absolutamente inútiles, a menos que sus médicos o enfermeras sean lo bastante humanos para arriesgarse a una acusación de asesinato. Me resulta difícil concebir a un Dios que se complace en contemplar tales torturas; y si hubiese un Dios capaz de tan injustificable crueldad, por cierto que no le consideraría digno de adoración. Pero esto sólo prueba cuán hundido estoy en la depravación moral.

Me dejan igualmente perplejo las cosas que son pecado y las que no lo son. Cuando la Society for the Prevention of Cruelty to Animals pidió al Papa su apoyo, le fue negado, debido a que los seres humanos no tienen deber alguno hacia los animales inferiores, y a que maltratar a los animales no es pecado. Esto es así porque los animales no tienen alma. Por otra parte, es perverso casarse con la hermana de la esposa fallecida (por lo menos, así lo enseña la Iglesia), por mucho que usted y ella deseen casarse. Y esto no se debe a ninguna desdicha que pueda derivarse de ello, sino a ciertos textos de la Biblia.

La resurrección del cuerpo, que es un artículo de fe del Credo, es un dogma que tiene varias y curiosas consecuencias. Hubo un autor, no hace muchos años, que tenía un ingenioso método de calcular la fecha del fin del mundo. Argumentaba que ha de haber bastante de los ingredientes necesarios a un cuerpo humano para proveer a todos de los indispensables en el Último Día. Calculando cuidadosamente la materia prima disponible, decidió que habría sido utilizada toda para cierta fecha. Cuando tal fecha llegue, el mundo debe terminar, puesto que de otro modo la resurrección del cuerpo se tornaría imposible. Desdichadamente, he olvidado cuál era esa fecha, pero creo que no está muy distante.

Santo Tomás de Aquino, el filósofo oficial de la Iglesia católica, analizó larga y seriamente un gravísimo problema, que, mucho me temo, los teólogos modernos descuidan indebidamente. Se imagina a un caníbal que nunca ha comido otra cosa que carne humana, y cuyos padres, antes que él, tuvieron igual propensión. Cada una de las partículas de su cuerpo pertenecen por derecho a otra persona. No podemos suponer que los que han sido comidos por caníbales quedarán excluidos para toda la eternidad. Pero, si no es así, ¿qué le queda al caní-

bal? ¿Cómo se le asará convenientemente en el infierno, si todo su cuerpo es devuelto a los primitivos dueños? Ésta es una cuestión intrigante, como bien advierte el santo.

En este sentido, los ortodoxos tienen una curiosa objeción contra la incineración, que parece demostrar una insuficiente confianza en la omnipotencia de Dios. Se cree que un cuerpo que ha sido incinerado le ofrecerá a Él mayores dificultades, cuando quiera reunirlo, que otro que ha sido puesto bajo tierra y transformado en gusanos. Sin duda, coleccionar las partículas del aire y deshacer el trabajo químico de la combustión sería un tanto laborioso, pero es verdaderamente blasfemo suponer que tal trabajo es imposible para la Deidad. Saco en conclusión que la objeción a la incineración implica una grave herejía. Pero dudo que tal opinión tenga mucho peso para los ortodoxos.

La Iglesia aprobó con suma lentitud y a desgana la disección de cadáveres en relación con el estudio de la medicina. El precursor de la disección fue Vesalio, médico de la corte del emperador Carlos V. Su habilidad médica hizo que el emperador le protegiera, pero se vio en dificultades cuando el emperador murió. Se dijo que un cadáver que estaba

disecando había dado señales de vida bajo el bisturí, y fue acusado de asesinato. La Inquisición fue inducida por Felipe II a adoptar una actitud indulgente, y sólo lo condenó a un peregrinaje a Tierra Santa. En el viaje de regreso, su barco naufragó y él murió de agotamiento. Durante muchos siglos, después de su época, los estudiantes de la Universidad Papal de Roma sólo tenían permiso para operar sobre figuras de arcilla, que carecían de los órganos sexuales.

La santidad de los cadáveres es una creencia difundida. Fue llevada a sus extremos entre los egipcios, a quienes condujo a la práctica de la momificación. Todavía existe en su plenitud en China. Un cirujano francés que fue empleado por los chinos para enseñar medicina occidental, relata que su petición de cadáveres para disecar fue recibida con horror, pero se le aseguró que, en cambio, tendría una ilimitada provisión de criminales vivos. Su objeción a esta alternativa resultó totalmente incomprensible para sus empleadores chinos.

Aunque hay muchas clases de pecados, siete de los cuales son capitales, el campo más fructífero para las añagazas de Satán es el sexo. La doctrina católica ortodoxa a ese respecto se encuentra en san Pablo, san Agustín y santo Tomás de Aquino. Es

mejor ser célibe, pero los que no tienen el don de la continencia pueden casarse. Las relaciones sexuales en el matrimonio no constituyen pecado, siempre que estén motivadas por el deseo de tener descendencia. Todo trato carnal fuera del matrimonio es pecado, lo mismo que el acto sexual dentro del matrimonio cuando se toma alguna medida para evitar la concepción. La interrupción del embarazo es pecado, aun cuando, en opinión médica, sea la única forma de salvar la vida de la madre; porque la opinión médica es falible, y Dios puede salvar una vida por milagro, si Él lo cree conveniente. (Este punto de vista está incorporado a la ley de Connecticut.) Las enfermedades venéreas son el castigo de Dios por el pecado. Es cierto que, por intermedio de un esposo culpable, este castigo puede caer sobre una esposa inocente y sus hijos, pero se trata de una misteriosa distribución de la Providencia, que sería impío poner en duda. Tampoco debemos preguntar por qué las enfermedades venéreas no fueron divinamente instituidas hasta la época de Colón. Puesto que se trata de la penalidad prescrita para el pecado, todas las medidas para evitarlas son también pecado, salvo, por supuesto, una vida virtuosa. El matrimonio es nominalmente indisoluble, pero muchas personas que creen estar casa-

das no lo están. En el caso de los católicos influyentes, a menudo puede encontrarse algún motivo de anulación, pero para los pobres no existe tal solución, salvo, quizás, en casos de impotencia. Las personas que se divorcian y vuelven a casarse son culpables de adulterio a los ojos de Dios.

La frase «a los ojos de Dios» me intriga. Uno creería que Dios lo ve todo, pero aparentemente ello es un error. No ve la ciudad de Reno, porque si no uno no se podría divorciar ante la mirada de Dios. Las oficinas del registro civil constituyen un punto dudoso. He advertido que gentes respetables, que no visitarían a nadie que viviese en franco pecado, están completamente dispuestas a visitar a personas que sólo han celebrado un matrimonio civil; de modo que, aparentemente, Dios no ve las oficinas del registro civil.

Algunos hombres eminentes piensan incluso que la doctrina de la Iglesia Católica es deplorablemente laxa en lo que respecta al sexo. Tolstoi y el Mahatma Gandhi, en su vejez, afirmaron que *toda* relación sexual es malvada, incluso en el matrimonio y con vistas a la descendencia. Los maniqueos pensaban lo mismo, confiando en la pecaminosidad innata de los hombres para proporcionarles continuamente nuevas tandas de discípulos. Sin

embargo, esta doctrina es herética, aunque es igualmente herético sostener que el matrimonio es tan digno de encomio como el celibato. Tolstoi piensa que el tabaco es casi tan malo como el sexo; en una de sus novelas, un hombre que tiene intenciones de asesinar fuma previamente un cigarrillo a fin de provocarse la necesaria furia homicida. No obstante, el tabaco no está prohibido en las Escrituras, aunque, como señala Samuel Butler, san Pablo, indudablemente, lo habría denunciado si lo hubiese conocido.

Es extraño que ni la Iglesia ni la opinión pública moderna condenen las caricias, siempre que no pasen de cierto límite. Los casuistas difieren en cuanto al punto en que comienza el pecado. Un eminente teólogo católico ortodoxo estableció que un confesor puede acariciar los pechos de una monja, siempre que lo haga sin mala intención. Pero dudo que las autoridades modernas convengan con él en ese sentido.

La moral moderna es una mezcla de dos elementos: por un lado, preceptos racionales en cuanto a cómo vivir pacíficamente en una sociedad; y, por el otro, tabúes tradicionales derivados originariamente de alguna antigua superstición, pero más tarde de libros sagrados cristianos, mahometanos,

hindúes o budistas. Hasta cierto punto, los dos concuerdan; la prohibición de asesinato y robo, por ejemplo, es respaldada tanto por la razón humana como por el mandamiento divino. Pero la prohibición de comer carne de cerdo o de vaca no tiene más que la autoridad de las Escrituras, y eso sólo en ciertas religiones. Es raro que los hombres modernos, que tienen conciencia de lo que la ciencia ha hecho para aportar nuevos conocimientos y alterar las condiciones de la vida social, estén todavía dispuestos a aceptar la autoridad de textos que expresan la opinión de tribus pastoras o agrícolas sumamente ignorantes. Resulta desalentador que muchos de los preceptos cuyo carácter sagrado es tan poco críticamente reconocido sean de tal clase que inflijan al hombre muchos sufrimientos totalmente innecesarios. Si los impulsos bondadosos del hombre fuesen más fuertes, ya encontraría él la forma de explicar que dichos preceptos no tienen por qué ser tomados literalmente, como no debe serlo el mandamiento de «vender todo lo que tienes y darlo al pobre».

Existen dificultades lógicas en la noción de pecado. Se nos dice que el pecado consiste en la desobediencia a los mandamientos de Dios, pero también se nos dice que Dios es omnipotente. Si lo

es, nada contrario a Su voluntad puede ocurrir; por lo tanto, cuando el pecador desobedece Su voluntad, él debe de haber querido que tal cosa sucediera. San Agustín acepta audazmente este punto de vista, y afirma que los hombres son conducidos al pecado por una ceguera de que Dios les hace objeto. Pero la mayoría de los teólogos, en los tiempos modernos, han reconocido que, si Dios obliga a los hombres a pecar, no es justo enviarles al infierno por lo que no pueden evitar. Se nos dice que el pecado consiste en obrar contrariamente a la voluntad de Dios. Sin embargo esto no elimina la dificultad. Los que, como Spinoza, toman en serio la omnipotencia de Dios, deducen que no puede existir el pecado. Esto trajo espantosos resultados. «¿Cómo? –dijeron los contemporáneos de Spinoza–, ¿no había sido una maldad por parte de Nerón el haber asesinado a su madre? ¿No fue una maldad que Adán se comiese la manzana? ¿Una acción es tan buena como la otra?» Spinoza se escapa del apuro, pero no encuentra ninguna respuesta satisfactoria. *Si* todo ocurre de acuerdo con la voluntad de Dios, Dios tiene que haber querido que Nerón asesinase a su madre; por lo tanto, puesto que Dios es bueno, el asesinato debe haber sido una cosa buena. Resulta imposible escapar a este argumento.

Por otra parte, los que piensan sinceramente que el pecado es desobediencia a Dios, se ven obligados a decir que Dios no es omnipotente. Esto salva todos los quebraderos de cabeza lógicos, y es el punto de vista adoptado por cierta escuela de teólogos liberales. Sin embargo, tiene sus propias dificultades. ¿Cómo podemos saber, en realidad, cuál es la voluntad de Dios? Si las fuerzas del mal tienen cierto grado de poder, pueden engañarnos y llevarnos a aceptar como cosa de la Escritura lo que verdaderamente es cosa de ellos. Ésta era la opinión de los gnósticos, que pensaban que el Antiguo Testamento era obra de un espíritu maligno.

En cuanto abandonamos nuestra propia razón y nos contentamos con confiar en la autoridad, nuestras dificultades no tienen fin. ¿La autoridad de quién? ¿La del Antiguo Testamento? ¿La del Nuevo Testamento? ¿La del Corán? En la práctica, la gente elige el libro considerado sagrado por la comunidad en el seno de la cual nacieron, y de ese libro escoge las partes que le agradan, haciendo caso omiso de las demás. Hubo una época en que el texto más influyente de la Biblia era: «No permitirás que una bruja viva». Ahora, la gente pasa por alto ese texto, si es posible, en silencio; si no, con una disculpa. Y así, aunque tengamos un libro sagrado,

todavía seguimos eligiendo como verdadero lo que se acomoda a nuestros prejuicios. Ningún católico, por ejemplo, toma en serio el texto que dice que un obispo debe ser el marido de una esposa.

Las creencias de las personas tienen varias causas. Una es la de que existen ciertas pruebas que respaldan la creencia en cuestión. Esto lo aplicamos a cuestiones de hecho, tales como «¿Cuál es el número de teléfono de Fulano de Tal?», o «¿Quién ganó el Campeonato del Mundo?». Pero en cuanto se trata de algo más discutible, las causas de la creencia se tornan menos defendibles. Creemos, ante todo, en aquello que nos hace sentir que somos magníficos sujetos. El señor Homo, si tiene una buena digestión y sólidos ingresos, piensa para sí cuánto más sensato es que su vecino Fulano de Tal, que se casó con una esposa inconstante y que siempre está perdiendo dinero. Piensa cuán superior es su ciudad a la que está a ochenta kilómetros de distancia: tiene una Cámara de Comercio más grande y un Club Rotario más emprendedor, y su alcalde nunca ha estado en la cárcel. Piensa en qué enorme medida sobrepasa su país a todos los demás. Si es un inglés, piensa en Shakespeare y Milton, o en Newton y Darwin, o en Nelson y Wellington, según su temperamento. Si francés, se felicita de

que durante siglos Francia haya encabezado al mundo en materia de cultura, modas y cocina. Si ruso, piensa que pertenece a la única nación que es verdaderamente internacional. Si yugoslavo, se enorgullece de los cerdos de su patria; si nativo del principado de Mónaco, se jacta de estar a la cabeza del mundo en materia de juego.

Pero éstas no son las únicas cuestiones por las que tiene que felicitarse. Porque, ¿no es acaso un individuo de la especie *homo sapiens?* Sólo él, entre todos los animales, tiene un alma inmortal y es racional; conoce la diferencia entre el bien y el mal, y ha aprendido la tabla de multiplicar. ¿No le hizo Dios a Su imagen?, ¿y no fue todo creado para conveniencia del hombre? El sol fue hecho para iluminar el día, y la luna para iluminar la noche, aunque la luna, por algún descuido, sólo brille durante la mitad de las horas nocturnas. Las materias primas de la tierra fueron creadas para el sostén humano. Hasta las colas blancas de los conejos, según ciertos teólogos, tienen un propósito, a saber: el de facilitar a los cazadores la tarea de matarlos. Existen, es cierto, algunos inconvenientes: los leones y tigres son demasiado feroces, el verano es demasiado caluroso y el invierno demasiado frío. Pero estas cosas sólo comenzaron después de que Adán

se comiera la manzana; antes de eso, todos los animales eran vegetarianos, y siempre era primavera. Si Adán se hubiese conformado con melocotones y nectarinas, uvas y peras y piñas, esas bendiciones todavía nos pertenecerían.

La propia importancia, individual o genética, es la fuente de la mayoría de nuestras creencias religiosas. Incluso el pecado es un concepto derivado de la propia importancia. Borrow relata cómo se encontró con un predicador galés que estaba siempre melancólico. Gracias a un cordial interrogatorio, le llevó a confesar la causa de su pena: que a la edad de siete años había cometido pecado contra el Espíritu Santo. «Mi querido amigo –replicó Borrow–, no permita que eso le preocupe. Conozco a docenas de personas que se encuentran en igual caso. No se imagine por eso separado del resto de la humanidad; si se informa, descubrirá que hay multitudes que sufren de lo mismo.» Desde ese momento, el hombre quedó curado. Había gozado sintiéndose singular, pero no existía placer alguno en ser miembro de un rebaño de pecadores. La mayoría de los pecadores son un poco menos egoístas; pero, indudablemente, los teólogos se complacen con la sensación de que el hombre es el objeto especial de la ira de Dios, así como

de Su amor. Después de la Caída, como nos asegura Milton,

> El Sol
> tuvo primero por precepto de tal modo
> moverse, de tal modo brillar,
> que pudiese afectar a la Tierra con calor y frío
> apenas tolerables, y del Norte llamar
> al decrépito Invierno, y del Sur traer
> el solsticial calor del Verano.

Por desagradables que puedan haber sido los resultados, Adán no podía dejar de sentirse halagado de que tan vastos fenómenos astronómicos se produjesen para enseñarle a *él* una lección. El conjunto de la teología, en relación con el infierno no menos que con el cielo, da por sentado que el Hombre es el más importante, en el Universo, de los seres creados. Puesto que todos los teólogos son hombres, este postulado ha encontrado poca oposición.

Desde que la evolución se puso de moda, la glorificación del hombre ha adquirido una nueva forma. Se nos dice que la evolución fue guiada por un gran Propósito: a través de los millones de años en que sólo había lodo o trilobites, durante las eras de los dinosaurios y los helechos gigantes, de las abe-

jas y las flores silvestres, Dios preparaba el gran Clímax. Al fin, con la sazón de los tiempos, Él creó al hombre, incluyendo ejemplares tales como Nerón y Calígula, Hitler y Mussolini, cuya gloria trascendente justificaba el largo y penoso proceso. Por mi parte, encuentro incluso que la condenación eterna es menos increíble, y ciertamente menos ridícula, que esta coja e importante conclusión que se nos pide que admiremos como el supremo esfuerzo de la Omnipotencia. Y si Dios es verdaderamente omnipotente, ¿por qué no pudo Él producir el glorioso resultado sin tan extenso y tedioso prólogo?

Aparte de la cuestión de si el Hombre es realmente tan glorioso como los teólogos de la evolución dicen que es, está la dificultad de que la vida en este planeta es casi con seguridad temporal. La Tierra se enfriará, o la atmósfera desaparecerá gradualmente, o habrá insuficiencia de agua, o, como genialmente profetizara sir James Jeans, el sol estallará y los planetas se convertirán en gas. Nadie sabe cuál de estas cosas ocurrirá la primera; pero, de cualquier modo, a la postre la raza humana perecerá. Por supuesto, tal acontecimiento es de poca importancia desde el punto de vista de la teología ortodoxa, puesto que los hombres son inmortales y continuarán existiendo en el cielo y en el infierno

cuando ya no quede ninguno en la Tierra. Pero, en ese caso, ¿a qué molestarse por las evoluciones terrestres? Los que ponen el acento en el progreso gradual, desde el limo primitivo hasta el Hombre, asignan a esta esfera mundana una importancia que debería hacerles rehuir la conclusión de que toda la vida en la Tierra no es más que un breve interludio entre la nebulosa y los hielos eternos, o quizás entre una nebulosa y otra. La importancia del Hombre, la cual constituye el único dogma indispensable para los teólogos, no recibe respaldo alguno de una visión científica del futuro del sistema solar.

Existen muchas otras fuentes de falsas creencias, aparte de la vanidad. Una de ellas es el amor hacia lo maravilloso. En una ocasión conocí a un mago con mentalidad científica, que solía llevar a cabo sus trucos ante un pequeño público y luego hacía que cada uno de sus espectadores, por separado, escribiese lo que había visto. Casi siempre escribían algo mucho más sorprendente que la realidad, y por lo general algo que ningún mago podría haber logrado; pero todos creían estar informando verazmente acerca de lo que habían visto con sus propios ojos. Esta clase de falsificación es aún más cierta en lo referente a los rumores. A le

dice a B que la noche anterior vio al señor..., el eminente abstemio, un tanto achispado; B le dice a C que A vio al buen hombre tambaleándose de borracho; C le cuenta a D que lo recogieron, inconsciente, de la cuneta; D le asegura a E que se sabe de sobra que pasa fuera de su casa todas las noches. Ahí, es cierto, interviene otro motivo: la malicia. Nos agrada pensar mal de nuestros prójimos, y estamos dispuestos a creer lo peor con las más insignificantes pruebas. Pero cuando no existen tales motivos, lo maravilloso es fácilmente creído, a menos que vaya contra algún fuerte prejuicio. Toda la historia, hasta el siglo XVIII, está llena de prodigios y maravillas que los historiadores modernos pasan por alto, no porque estén menos documentados que los hechos que los historiadores aceptan, sino porque el gusto moderno de los ilustrados prefiere lo que la ciencia considera probable. Shakespeare relata cómo, la víspera de que César fuese asesinado,

> Un siervo ordinario –a quien conocéis
> de vista–
> levantó la mano izquierda, que llameó y ardió
> como veinte antorchas juntas; pero su mano,
> insensible al fuego, no se chamuscó siquiera.

Además –desde entonces no he envainado
la espada–
frente al Capitolio encontré un león,
que me miró con ojos ardientes
y se alejó encolerizado,
sin hacerme daño; y apiñadas,
cien lívidas mujeres,
transformadas por el terror, que juraron
haber visto
a hombres envueltos en llamas paseándose
por las calles.

Shakespeare no inventó estas maravillas; las encontró en reputados historiadores, que se cuentan entre aquellos en quienes podemos confiar para nuestro conocimiento acerca de Julio César. Estas cosas siempre solían ocurrir a la muerte de un gran hombre o al comienzo de una guerra importante. Incluso recientemente, en 1914, los «ángeles de Mons» alentaron a las tropas británicas. Las pruebas de tales acontecimientos son muy pocas veces de primera mano, y los historiadores modernos se niegan a aceptarlas, salvo, claro está, cuando el acontecimiento tiene importancia religiosa.

Todas las emociones poderosas tienen su propia tendencia mitogenética. Cuando la emoción es

peculiar de un individuo, a éste se le considera más o menos demente si da crédito a los mitos que ha inventado. Pero cuando la emoción es colectiva, como en la guerra, no hay nadie que corrija los mitos que naturalmente surgen. En consecuencia, en todos los tiempos de gran excitación colectiva los rumores infundados obtienen amplio crédito. En septiembre de 1914 casi todos en Inglaterra creyeron que tropas rusas habían pasado por Inglaterra rumbo al frente occidental. Todos conocían a alguien que las había visto, aunque nadie las había visto con sus propios ojos.

Esta facultad mitogénica está a menudo aliada a la crueldad. Desde la Edad Media los judíos han sido acusados de practicar el asesinato ritual. No existe ni rastro de prueba para esta acusación, y ninguna persona sensata que la haya investigado la cree. Aun así, persiste. He conocido a rusos blancos que estaban convencidos de su veracidad, y entre muchos nazis era aceptada sin discusión. Tales mitos proporcionan una excusa para la imposición de torturas, y la infundada creencia en ellos es prueba del deseo inconsciente de encontrar alguna víctima que perseguir.

Hubo, hasta fines del siglo XVIII, una teoría que afirmaba que la locura se debía a la posesión por demonios. Se infería que cualquier dolor sufrido

por el paciente era también sufrido por los demonios, de modo que la mejor curación era hacer que el paciente sufriera tanto que los demonios decidieran abandonarle. Este tratamiento fue probado con el rey Jorge III, cuando éste estaba loco, pero sin éxito. Es un hecho curioso y lamentable el que casi todos los tratamientos completamente inútiles en los que se ha creído durante la larga historia de la locura hayan sido tales que causaran agudos sufrimientos al paciente. Cuando se descubrieron los anestésicos, la gente piadosa los consideró un intento de esquivar la voluntad de Dios. Se señalaba, no obstante, que cuando Dios extrajo la costilla de Adán, Él lo durmió profundamente. Esto demostraba que los anestésicos están perfectamente bien para los *hombres*; pero las mujeres tienen que sufrir, debido a la maldición de Eva. En Occidente los votos concedidos a las mujeres demostraron que esa doctrina estaba equivocada, pero en Japón, hasta la fecha, a las mujeres que dan a luz no se les permite ningún alivio por medio de anestésicos. Como los japoneses no creen en el Génesis, este sadismo debe de tener otra justificación.

Las falacias sobre «raza» y «sangre», que siempre han sido populares y que los nazis incorporaron a su credo oficial, no tienen ninguna justifi-

cación objetiva; se cree en ellas únicamente porque contribuyen a la autoestima y a los impulsos hacia la crueldad. En una forma u otra, estas creencias son tan antiguas como la civilización; sus formas cambian, pero su esencia se conserva. Herodoto nos relata cómo Ciro fue educado por campesinos, en completa ignorancia de su sangre real; a la edad de doce años, su regio comportamiento hacia otros chiquillos campesinos reveló la verdad. Ésta es una variante de una antigua historia que se encuentra en todos los países indoeuropeos. Hasta la gente bastante moderna dice que «la sangre habla». Es inútil que los fisiólogos científicos aseguren al mundo que no existe diferencia alguna entre la sangre de un negro y la sangre de un hombre blanco. La Cruz Roja norteamericana, obedeciendo al prejuicio popular, al principio, cuando Norteamérica se vio envuelta en la última guerra, decretó que en ningún caso se usara sangre de negros para transfusiones. De resultas de una agitación, se concedió que se podía usar sangre de negros, pero sólo para pacientes negros. Análogamente, en Alemania los soldados arios que necesitaban transfusiones de sangre eran cuidadosamente protegidos de la contaminación con sangre judía.

En la cuestión de la raza, existen distintas creencias en diferentes sociedades. Donde la monarquía está firmemente establecida, los reyes son de una raza superior a la de sus súbditos. Hasta muy recientemente, se creía universalmente que los hombres son por nacimiento más inteligentes que las mujeres; incluso un hombre tan lúcido como Spinoza se declaró contra el voto para las mujeres basándose en esa afirmación. Entre los hombres blancos se sostiene que los blancos son por naturaleza superiores a los hombres de otros colores, y especialmente a los negros; en Japón, por el contrario, se cree que el amarillo es el mejor color. En Haití, cuando hacen estatuas de Cristo y Satán, hacen a Cristo negro y a Satán blanco. Aristóteles y Platón consideraban a los griegos tan innatamente superiores a los bárbaros, que la esclavitud quedaba justificada siempre que el amo fuese un griego y el esclavo un bárbaro. Los legisladores estadounidenses que redactaron las leyes de inmigración consideran a los nórdicos superiores a los eslavos o latinos o cualesquiera otros hombres blancos. Pero los nazis, bajo la presión de la guerra, acabaron llegando a la conclusión de que difícilmente existen verdaderos nórdicos fuera de Alemania; los noruegos, salvo Quisling y sus pocos seguidores, habían

sido corrompidos por la mezcla con finlandeses y lapones y otros semejantes. De tal modo, la política es una clave para la descendencia. Los nórdicos biológicamente puros aman a Hitler, y si uno no ama a Hitler, eso es prueba de que su sangre es impura.

Todo esto, naturalmente, es pura tontería, y todos los que hayan estudiado el tema saben que lo es. En las escuelas de Estados Unidos los niños de los más diversos orígenes son sometidos al mismo sistema pedagógico, y aquellos que se ocupan de medir los cocientes de inteligencia o calcular de alguna manera la habilidad innata de los estudiantes no logran establecer ninguna distinción racial como las postuladas por los teóricos de la raza. En todo grupo nacional o racial existen niños inteligentes y niños tontos. No es probable que, en Estados Unidos, los niños de color se desarrollen tan satisfactoriamente como los niños blancos; pero hasta donde la habilidad congénita puede ser separada de la influencia del ambiente, no existe ninguna distinción clara entre grupos distintos. Toda la concepción de razas superiores es simplemente un mito engendrado por la arrogante autoestima de los detentadores del poder. Es posible que, algún día, se descubran mejores pruebas; quizá, con el

tiempo, los educadores puedan demostrar –digamos– que los judíos son, por término medio, más inteligentes que los gentiles. Pero por el momento no existen tales evidencias, y todo lo que se diga sobre razas superiores debe ser desechado como una bobada.

Hay un particular absurdo en la aplicación de teorías raciales a las distintas poblaciones de Europa. En Europa no existe nada que se parezca a una raza pura. Los rusos tienen una mezcla de sangre tártara, los germanos son mayoritariamente eslavos. Francia es una mezcla de celtas, alemanes y gente de la raza mediterránea; Italia, lo mismo, con la adición de descendientes de esclavos importados por los romanos. Los ingleses son quizá los más mezclados de todos. No existe prueba alguna de que haya ninguna ventaja en pertenecer a una raza pura. Las razas más puras que ahora existen son los pigmeos, los hotentotes y los aborígenes australianos; los tasmanios, que probablemente eran más puros aún, se han extinguido. No eran portadores de una brillante cultura. Los antiguos griegos, por otra parte, surgieron de una amalgama de bárbaros septentrionales con la población indígena; los atenienses y los jonios, que eran los más civilizados, eran también los más mezclados. Los

supuestos méritos de la pureza racial son, parecería, totalmente imaginarios.

Las supersticiones en cuanto a la sangre tienen muchas formas sin relación alguna con la raza. La objeción al homicidio parece haberse basado, originariamente, en la polución ritual causada por la sangre de la víctima. Dios dijo a Caín: «La voz de la sangre de tu hermano clamó hacia mí desde el suelo». Según algunos antropólogos, la marca de Caín fue un disfraz para impedir que la sangre de Abel le encontrara; ésta parece ser también la razón original para llevar luto. En muchas comunidades antiguas no se hacía diferencia alguna entre el asesinato y el homicidio accidental; en ambos casos era igualmente necesaria la ablución ritual. El sentimiento de que la sangre mancha perdura aún, por ejemplo, en el «bautismo de las mujeres» y en los tabúes relacionados con la menstruación. La idea de que un niño es de la «sangre» de su padre tiene el mismo origen supersticioso. Por lo que respecta a la sangre verdadera, en el niño entra la de la madre, pero no la del padre. Si la sangre fuese tan importante como se supone, el matriarcado sería la única forma correcta de determinar la descendencia.

En Rusia, donde, bajo la influencia de Karl Marx, desde la Revolución la gente ha sido clasi-

ficada según su origen económico, han surgido dificultades no distintas de las de los teóricos racistas alemanes con respecto a los nórdicos escandinavos. Había dos teorías que tenían que ser conciliadas: por un lado, los proletarios eran buenos y la otra gente era mala; por otro lado, los comunistas eran buenos y la otra gente mala. La única forma de lograr una conciliación era alterar el sentido de las palabras. «Proletario» llegó a significar el que respaldaba al gobierno; Lenin, aunque había nacido noble, fue considerado un miembro del proletariado. Por otra parte, la palabra «kulak», que se suponía significativa de un campesino rico, llegó a designar a cualquier campesino que se opusiese a la colectivización. Esta clase de absurdo surge siempre que un grupo de seres humanos es considerado intrínsecamente mejor que otro. En Estados Unidos, el mejor elogio que se puede hacer a un eminente hombre de color después de que esté convenientemente muerto, es decir: «Era un hombre *blanco*». A una mujer valiente se la llama «masculina»; Macbeth, alabando la valentía de su esposa, dice:

> pare solamente hijos,
> porque tu intrépido brío no debe forjar
> sino machos.

Todas estas formas de hablar provienen de la hostilidad por abandonar tontas generalizaciones.

En el ámbito económico existen muchas supersticiones difundidas.

¿Por qué la gente valora el oro y las piedras preciosas? No simplemente por su rareza; hay una gran cantidad de elementos llamados «tierras raras» que son mucho más raros que el oro, pero nadie da un centavo por ellos, salvo unos pocos hombres de ciencia. Existe la teoría, que tiene mucho en su favor, de que el oro y las gemas eran valorados originariamente debido a sus supuestas virtudes mágicas. Los errores de los gobiernos en los tiempos modernos parecen demostrar que dicha creencia existe aún entre la clase de hombres considerados «prácticos». A fines de la guerra de 1914-1918 se convino que Alemania debía pagar grandes sumas a Inglaterra y Francia, y estos últimos países pagarían a su vez grandes sumas a Estados Unidos. Todos querían que se les pagara en moneda, no en especies; los hombres «prácticos» no advirtieron que no existe en el mundo tal cantidad de dinero. Tampoco se dieron cuenta de que el dinero es inútil a menos que sea empleado para comprar mercancías. Como no querían usarlo de ese modo, no servía de nada a nadie. Se suponía que había alguna

virtud mística en el oro que hacía que valiese la pena excavarlo en el Transvaal y volver a ponerlo bajo tierra en las cajas fuertes de los bancos, en Estados Unidos. A la postre, claro, los países deudores se quedaron sin dinero, y como no se les permitía pagar en mercancías, quebraron. La gran depresión fue el resultado directo de la persistente creencia en las propiedades mágicas del oro. Esta superstición parece ahora muerta, pero sin duda será reemplazada por otras.

La política está gobernada mayormente por perogrulladas sentenciosas exentas de verdad.

Una de las máximas populares más difundidas es la de que «la naturaleza humana no puede cambiarse». Nadie puede decir si esto es cierto o no sin definir previamente la «naturaleza humana». Pero tal como se usan estos términos, desde luego que es falso. Cuando el señor A pronuncia la máxima, con un aire de portentosa y concluyente sabiduría, lo que quiere decir es que todos los hombres, en todas partes, continuarán comportándose como lo hacen en su propio pueblo natal. Un poco de antropología desvanecería esa creencia. Entre los tibetanos, una esposa tiene muchos maridos, porque los hombres son demasiado pobres para mantener solos a una esposa; y sin embargo la vida familiar, según

los viajeros, no es más desdichada que en cualquier otra parte. La práctica de prestar la propia esposa a los huéspedes es muy corriente entre las tribus incivilizadas. Los aborígenes australianos, en la pubertad, sufren una dolorosísima operación que durante el resto de sus vidas les disminuye grandemente la potencia sexual. El infanticidio, que podría parecer contrario a la naturaleza humana, era casi universal antes del surgimiento del cristianismo, y es recomendado por Platón para impedir la superpoblación. La propiedad privada no es reconocida entre algunas tribus salvajes. Incluso entre personas altamente civilizadas, las consideraciones económicas vencen a lo que se llama «naturaleza humana». En Moscú, donde hay una aguda escasez de viviendas, cuando una mujer soltera está embarazada ocurre a menudo que varios hombres se disputan el derecho legal a ser considerados padres de la futura criatura, porque quienquiera que sea tenido por el padre adquiere el derecho a compartir la habitación de la mujer, y media habitación es mejor que ningún techo.

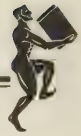
En rigor, la «naturaleza humana» adulta es altamente variable, según las circunstancias de la educación. La alimentación y el sexo son necesidades bastante generales, pero los ermitaños de la Tebai-

da eliminaron el sexo por completo y redujeron la alimentación al mínimo que permitiera la supervivencia. Por medio de dietas y adiestramiento, a la gente se la puede hacer feroz o mansa, dominadora o esclava, como le plazca al educador. No hay tontería tan absoluta que no pueda ser convertida en el credo de la vasta mayoría gracias a una adecuada acción gubernamental. Platón quería que su República se fundara en un mito que, según admitió, era absurdo; pero, correctamente, tenía confianza en que el populacho podría ser inducido a creer en él. Hobbes, que juzgaba importante que el pueblo reverenciara al gobierno, por indigno que éste pudiese ser, refuta el argumento de que podría resultar difícil obtener el asentimiento general para una cosa tan irracional, señalando que la gente ha sido llevada a creer en la religión cristiana y, en particular, en el dogma de la transustanciación. Si hubiese vivido en 1940, habría encontrado amplia confirmación de su convencimiento en la devoción de la juventud germana hacia los nazis.

El poder de los gobiernos sobre las creencias de los hombres ha sido sumamente grande desde el surgimiento de los grandes estados. La gran mayoría de los romanos se hicieron cristianos después que los emperadores romanos se convirtieron. En las

partes del Imperio Romano que fueron conquistadas por los árabes, muchas personas abandonaron el cristianismo por el islamismo. La división de la Europa occidental en regiones católicas y protestantes fue determinada por la actitud de los gobiernos del siglo XVI. Pero el poder de los gobiernos de la actualidad sobre las creencias es mucho mayor que en cualquier otra época anterior. Una creencia, por falsa que sea, es importante cuando domina las acciones de grandes masas de hombres. En este sentido, las creencias inculcadas antes de la última guerra por los gobiernos japonés, ruso y alemán fueron importantes. Puesto que eran completamente divergentes, no pueden ser todas ciertas, aunque muy bien podrían ser todas falsas. Desdichadamente, tenían tales características que inspiraban a los hombres un ardiente deseo de matarse mutuamente, hasta el punto, incluso, de inhibir casi por completo el instinto de autoconservación. Nadie puede negar, ante la evidencia, que es fácil, dado un poder militar, producir una población de dementes fanáticos. Sería igualmente sencillo producir una población de gente cuerda y razonable, pero muchos gobiernos no quieren hacerlo, puesto que esa gente dejaría de admirar a los políticos que se encuentran a la cabeza de tales gobiernos.

Existe una aplicación particularmente perniciosa de la doctrina de que la naturaleza humana no puede cambiarse. Se trata de la afirmación dogmática de que siempre habrá guerra, porque estamos constituidos de tal modo que sentimos la necesidad de ella. Lo que es cierto es que un hombre que ha tenido la clase de dieta y de educación que tienen la mayoría de los hombres, querrá luchar cuando se le provoque. Pero no luchará a menos que tenga una probabilidad de vencer. Es sumamente fastidioso ser detenido por un policía, pero no luchamos con él porque sabemos que tiene a su espalda la abrumadora fuerza del estado. Los pueblos que no tienen motivos para la guerra no dan la impresión de estar psicológicamente deformados. Suecia no ha tenido una guerra desde 1814, pero los suecos constituyen una de las naciones más dichosas y más satisfechas del mundo. La única nube sobre su felicidad nacional es su temor a verse envueltos en la próxima guerra. Si la organización política hiciese económicamente improductiva la guerra, no habría nada en la naturaleza humana que obligase a ella o que hiciera que la gente corriente se sintiese desdichada porque no estallara. Exactamente los mismos argumentos que se emplean ahora en relación con la imposibilidad



de impedir la guerra, se utilizaron antes en defensa de los duelos, y sin embargo muy pocos de nosotros nos sentimos frustrados porque no se nos permite librar duelos.

Estoy convencido de que no existe absolutamente ningún límite para las absurdidades que, mediante la acción del gobierno, pueden llegar a ser creídas en general. Déseme un ejército adecuado, con poder para proporcionarle mejores alimentos y paga que los que recibe el hombre corriente, y me comprometo, en el término de treinta años, a hacer que la mayoría de la población crea que dos y dos son tres, que el agua se hiela cuando se la calienta y hierve cuando se la enfría, o cualquier otra bobada que pudiese parecer servir a los intereses del estado. Por supuesto, aun cuando se hubiesen implantado estas creencias, la gente no pondría la olla en el refrigerador cuando quisiese hacer hervir el agua. Que el frío hace hervir el agua sería una verdad para los domingos, sagrada y mística, para ser profesada en tonos de terror, pero no para actuar conforme a ella en la vida cotidiana. Sucedería que cualquier negación verbal de la doctrina mística sería declarada ilegal, y los herejes obstinados serían «congelados» en la hoguera. Ninguna persona que no aceptase entusiásticamente la doctrina ofi-

cial podría enseñar u ocupar un puesto de poder. Sólo los más altos funcionarios, cuando estuviesen un poco bebidos, murmurarían entre sí qué tontería era todo eso; y luego reirían y volverían a beber. Esto es apenas una caricatura de lo que sucede bajo ciertos gobiernos modernos.

El descubrimiento de que el hombre puede ser científicamente manipulado, y de que los gobiernos pueden empujar a grandes masas hacia aquí o hacia allí, según les plazca, es una de las causas de nuestras desdichas. Existe tanta diferencia entre un grupo de ciudadanos mentalmente libres y una comunidad moldeada por los modernos medios de propaganda como la que hay entre un montón de materias primas y un acorazado. Se ha visto que la educación, que al principio se universalizó para que todos pudiesen leer y escribir, es capaz de servir para otros propósitos completamente distintos. Inculcando tonterías, unifica las poblaciones y engendra el entusiasmo colectivo. Si todos los gobiernos enseñasen la misma sandez, el daño no sería tan grande. Infortunadamente, cada uno tiene su propia clase de bobada, y la diversidad sirve para producir hostilidad entre los adictos a los distintos credos. Si se quiere que alguna vez haya paz en el mundo, los gobiernos tendrán que conve-

nir, o bien en no inculcar dogmas, o bien en inculcar todos los mismos dogmas. Lo primero, me temo, es un ideal utópico, pero quizá podrían convenir en enseñar colectivamente que todos los hombres públicos, en todas partes, son completamente virtuosos y perfectamente sabios. Quizá, después de la próxima guerra, los políticos supervivientes descubran que es prudente ponerse de acuerdo para realizar tal programa.

Pero si la conformidad tiene sus peligros, también los tiene la disconformidad.

Algunos «pensadores avanzados» sostienen que cualquiera que difiera de las opiniones convencionales tiene que estar en lo cierto. Eso es una ilusión; si no lo fuese, la verdad sería más fácil de alcanzar de lo que es. Existen infinitas posibilidades de error, y los excéntricos aceptan con más frecuencia los errores pasados de moda que las verdades pasadas de moda. En una ocasión conocí a un ingeniero electrotécnico cuyas primeras palabras para mí fueron: «¿Cómo le va? Hay dos métodos de curación por la fe, el practicado por Cristo y el practicado por la mayoría de los científicos cristianos. Yo practico el método practicado por Cristo». Poco después, fue enviado a la cárcel por realizar balances fraudulentos. La ley no mira

con benevolencia la intrusión de la fe en esa región. También conocí a un eminente doctor de locos que se dedicó a la filosofía y enseñó una nueva lógica que, lo confesaba francamente, había aprendido de sus lunáticos. Cuando murió, dejó un testamento por el que dotaba una cátedra de profesor para la enseñanza de sus nuevos métodos científicos, pero desdichadamente no dejó bienes. La aritmética demostró ser recalcitrante con la lógica lunática. En una ocasión un hombre vino a pedirme que le recomendara algunos de mis libros, ya que le interesaba la filosofía. Lo hice, pero regresó al día siguiente diciendo que había leído uno de ellos y que sólo había encontrado una afirmación que podía entender, y que esa afirmación le parecía falsa. Le pregunté cuál era, y contestó que se trataba de la afirmación de que Julio César está muerto. Cuando le pregunté por qué no estaba de acuerdo, se irguió y respondió: «Porque yo soy Julio César». Estos ejemplos bastarán para demostrar que no se puede estar seguro de tener razón con sólo ser excéntrico.

La ciencia, que siempre tuvo que abrirse paso luchando contra las creencias populares, libra ahora una de sus más difíciles batallas en el campo de la psicología.

Las personas que creen saber todo lo referente a la naturaleza humana, se sienten perdidas irremediablemente cuando tienen que tratar con alguna anormalidad. Algunos muchachos jamás aprenden a ser eso que, referido a los animales, se llama «doméstico». La clase de personas que no soporta tonterías soluciona esos casos por medio de castigos; el muchacho es zurrado, y cuando repite la transgresión es zurrado más severamente. Todos los médicos que han estudiado el problema saben que el castigo no hace más que agravar el problema. A veces la causa es física, pero normalmente es psicológica, y sólo curable eliminando algún agravio profundamente arraigado y quizás inconsciente. Pero la mayoría de la gente goza castigando a quien le irrita, y, por lo tanto, el punto de vista médico es rechazado como una fantástica tontería. Lo mismo rige para los hombres que son exhibicionistas; son enviados a la cárcel una y otra vez, pero en cuanto salen repiten el delito. Un médico que se especializó en esas enfermedades me aseguró que los exhibionistas pueden ser curados con el sencillo recurso de ponerles pantalones que se abotonen por detrás en lugar de hacerlo por delante. Pero este método no es puesto en práctica porque no satisface los impulsos vengativos de la gente.

Hablando en términos generales, es probable que el castigo impida crímenes que tienen un origen cuerdo, pero no los que surgen de alguna anormalidad psicológica. Esto es ahora parcialmente reconocido; distinguimos entre el robo simple, que nace de lo que podría llamarse interés por uno mismo, y la cleptomanía, que es señal de algo torcido. Y los maniáticos homicidas no son tratados como asesinos ordinarios. Pero las aberraciones sexuales provocan tanto disgusto, que todavía es imposible tratarlas médicamente en lugar de hacerlo punitivamente. La indignación, aunque en conjunto es una fuerza social útil, se torna perniciosa cuando se la dirige contra las víctimas de enfermedades que sólo la ciencia médica puede curar.

Lo mismo ocurre en lo referente a naciones enteras. Durante la guerra de 1914-1918, cosa muy natural, los sentimientos vengativos del pueblo fueron azuzados contra los alemanes, a quienes se castigó duramente después de su derrota. Durante la Segunda Guerra Mundial se argumentó que el Tratado de Versalles había sido ridículamente blando, puesto que no había logrado darles una lección; esta vez, se nos dijo, tenía que haber *verdadera* severidad. En mi opinión, quizá nos habría sido más fácil evitar una repetición de la agresión alemana

si hubiésemos considerado a los nazis del montón como consideramos a los lunáticos, en lugar de considerarlos simple y sencillamente como criminales. Los dementes, desde luego, tienen que ser controlados. Pero los locos son controlados por prudencia, no como castigo, y hasta donde la prudencia lo permite tratamos de hacerlos felices. Todos reconocen que un maniático homicida se tornará más homicida si se le hace desdichado. Por supuesto, había entre los nazis muchos hombres que eran simplemente criminales, pero también debió de haber muchos que estaban más o menos locos. Si se quiere incorporar con éxito a Alemania a la Europa occidental, debe abandonarse por completo todo intento de inculcarle un sentimiento de culpabilidad especial. Los castigados muy pocas veces aprenden a experimentar sentimientos bondadosos hacia los hombres que los castigan. Y mientras los alemanes odien al resto de la humanidad, la paz será precaria.

Cuando uno lee acerca de las creencias de los salvajes, o de los antiguos babilonios y egipcios, éstas nos parecen sorprendentes por su caprichosa absurdidad. Pero los incultos sustentan creencias igualmente absurdas, incluso en las sociedades modernas y civilizadas. En Estados Unidos se me

ha asegurado gravemente que la gente nacida en marzo es desdichada, y que los que nacen en mayo son especialmente propensos a tener callos. No conozco la historia de estas supersticiones, pero probablemente derivan del saber sacerdotal babilonio o egipcio. Las creencias comienzan en los estratos sociales superiores, y luego, como el fango de un río, se hunden gradualmente en la escala educacional; puede que necesiten de 3.000 a 4.000 años para llegar hasta el fondo. En Estados Unidos puede descubrirse a la criada de color haciendo alguna observación que viene directamente de Platón: no de los fragmentos de Platón que citan los eruditos, sino de aquellos que eran evidentes desatinos, tales como el de que los hombres que no buscan la verdad en esta vida volverán a nacer en forma de mujer. Los comentaristas de los grandes filósofos siempre ignoran educadamente sus observaciones desatinadas.

Aristóteles, a pesar de su reputación, está lleno de absurdos. Dice que los niños deberían ser concebidos en invierno, cuando el viento viene del norte, y que si la gente se casa demasiado joven los hijos serán mujeres. Nos dice que la sangre de las mujeres es más negra que la de los hombres; que el cerdo es el único animal que puede enfermar de

sarampión; que a un elefante que sufre de insomnio habría que frotarle los hombros con sal, aceite de oliva y agua caliente; que las mujeres tienen menos dientes que los hombres, etcétera. Sin embargo, es considerado por la gran mayoría de los filósofos como un dechado de sabiduría.

Las supersticiones sobre los días fastos y nefastos son casi universales. En tiempos antiguos gobernaban las acciones de los generales. Entre nosotros, el prejuicio contra el viernes y el número 13 es sumamente activo; los marineros no zarpan en viernes y muchos hoteles no tienen piso decimotercero. Las supersticiones acerca del viernes y del 13 eran creídas antes por hombres con reputación de sabios, los cuales las consideran ahora locuras ofensivas. Pero probablemente, dentro de dos mil años, muchas creencias de los sabios de nuestros días llegarán a parecer igualmente tontas. El hombre es un animal crédulo, y tiene que creer en *algo*; a falta de buenos motivos para creer, se satisface con los malos.

La creencia en la «naturaleza» y en lo que es «natural» constituye una fuente de muchos errores. Solía ser, y hasta cierto punto todavía lo es, poderosamente eficaz en medicina. El cuerpo humano, abandonado a sí mismo, tiene cierta facultad de

curarse por sí solo; las pequeñas heridas por lo general se cierran, los resfriados desaparecen y hasta las enfermedades graves se desvanecen de vez en cuando sin tratamiento médico. Pero las ayudas a la naturaleza son sumamente deseables, incluso en esos casos. Las heridas pueden infectarse si no se las limpia, los resfriados pueden convertirse en pulmonías, y las enfermedades graves sólo las dejan sin tratamiento los exploradores y los viajeros de remotas regiones, que no tienen otra opción. Muchas prácticas que han llegado a parecer «naturales» fueron originariamente «innaturales»; por ejemplo: vestirse y lavarse. Antes de que los hombres adoptaran la ropa, tuvo que haberles resultado imposible vivir en climas fríos. Donde no existe un poco de higiene, las poblaciones padecen distintas enfermedades, como el tifus, del cual han quedado libres las naciones de Occidente. La vacunación despertaba (y en algunos todavía despierta) oposición por «innatural». Pero no hay coherencia en tales objeciones, porque nadie supone que un hueso roto pueda soldarse mediante un comportamiento «natural». Comer alimentos cocidos es «innatural», y lo mismo rige para la calefacción de las viviendas. El filósofo chino Laotsé, a quien se sitúa hacia el año 600 a. C., se opuso a las carreteras y puentes

y barcos por «innaturales», y en su disgusto contra tales artificios mecánicos, partió de China y se fue a vivir entre los bárbaros de Occidente. Todo progreso de la civilización ha sido denunciado como innatural mientras era reciente.

La objeción más corriente al control de la natalidad es la de que va contra «la naturaleza». (Por algún motivo, no nos está permitido decir que el celibato va contra natura; el único que se me ocurre es que el celibato no es nuevo.) Malthus vio sólo tres formas de contener el crecimiento de la población: el freno moral, el vicio y la miseria. Admitió que no era probable que el freno moral fuese practicado a gran escala. Como sacerdote, veía con asco el «vicio», es decir, el control de la natalidad. Sólo quedaba la miseria. En su cómoda parroquia, contemplaba la miseria de la gran mayoría de la humanidad con ecuanimidad, y señaló las falacias de los reformadores que esperaban mitigarla. Los modernos oponentes teológicos del control de la natalidad son menos honestos. Fingen creer que Dios proveerá, por muchas que sean las bocas que haya que alimentar. Pasan por alto el hecho de que Él no ha hecho tal cosa hasta ahora, sino que dejó a la humanidad expuesta a hambrunas periódicas en las cuales mueren

millones de seres. Debe suponerse que sostienen –si dicen lo que creen– que de ahora en adelante Dios obrará un continuo milagro de panes y peces, milagro que Él hasta ahora ha considerado innecesario. O quizá dirán que el sufrimiento aquí abajo no tiene ninguna importancia; lo que importa es el más allá. Gracias a su teología, irán al infierno la mayoría de los niños a quienes su oposición al control de la natalidad hará existir. Tenemos que suponer, entonces, que se oponen al mejoramiento de la vida sobre la tierra porque creen que es bueno que muchos millones sufran el tormento eterno. En comparación con ellos, Malthus parece piadoso.

Las mujeres, en cuanto objeto de nuestro más fuerte amor y aversión, despiertan complejas emociones que están expresadas en la «sabiduría» proverbial.

Casi todos se permiten alguna generalización enteramente injustificada acerca de la Mujer. Los hombres casados, cuando generalizan sobre ese tema, juzgan según sus esposas; las mujeres juzgan por sí mismas. Resultaría divertido escribir una historia de las opiniones de los hombres sobre las mujeres. En la Antigüedad, cuando la supremacía masculina no se ponía en duda y la ética cristiana

aún era desconocida, las mujeres eran inofensivas pero más bien tontas, y el hombre que las tomaba en serio era hasta cierto punto despreciado. Platón cree que es una grave objeción al drama el que los dramaturgos tengan que imitar a las mujeres al crear sus personajes femeninos. Con el advenimiento del cristianismo, la mujer adquirió un nuevo aspecto: el de tentadora; pero al mismo tiempo se la consideraba capaz de ser una santa. En la época victoriana, la santa tenía mucho más peso que la tentadora; los hombres victorianos no podían creerse susceptibles de caer en la tentación. La superior virtud de las mujeres se convirtió en motivo para mantenerlas fuera del campo de la política, donde, se afirmaba, es imposible una elevada virtud. Pero las primeras feministas volvieron el argumento del revés, y afirmaron que la participación de las mujeres ennoblecería la política. Desde que esto ha revelado ser una ilusión, se ha hablado menos de la superior virtud de la mujer, pero todavía hoy hay muchos hombres que participan de la visión monacal de la mujer como tentadora. Las mujeres mismas, en su mayor parte, se consideran como del sexo sensato, cuya tarea es la de deshacer el daño que proviene de las impetuosas locuras de los hombres. Por mi parte, desconfío de *todas* las

generalizaciones acerca de las mujeres, favorables y desfavorables, masculinas y femeninas, antiguas y modernas; todas por igual, creo, surgen de una insuficiente experiencia.

La actitud profundamente irracional de ambos sexos hacia las mujeres puede ser advertida en las novelas, especialmente en las novelas malas. En las malas novelas escritas por hombres, existe la mujer de la cual el autor está enamorado, que generalmente posee todos los encantos pero está un tanto indefensa y necesita de la protección masculina. A veces, sin embargo, como en el caso de la Cleopatra de Shakespeare, es objeto de un odio exasperado y se la considera honda y desesperadamente malvada. Al retratar a la heroína, el autor no escribe a partir de sus observaciones, sino que simplemente refleja sus propias emociones. En relación con sus otros personajes femeninos, es más objetivo y hasta puede llegar a fiarse de su libreta de notas; pero cuando está enamorado, su pasión crea una bruma entre él y el objeto de su devoción. Las novelistas también tienen dos clases de mujeres en sus libros. Una es como ellas mismas, encantadora y bondadosa, y objeto de lujuria para los perversos y de amor para los buenos; sensible, elevada de espíritu y constantemente incomprendida.

La otra clase está representada por todas las demás mujeres, y generalmente se la dibuja como mezquina, vengativa, cruel y falaz. Parecería que no es fácil juzgar a las mujeres sin prejuicio, ni para los hombres ni para las mujeres.

Las generalizaciones en cuanto a las características nacionales son tan comunes y tan insostenibles como las generalizaciones acerca de las mujeres. Hasta 1870 se consideraba a los alemanes una nación de profesores con gafas que lo sacaban todo de su conciencia interna y que apenas tenían noción del mundo exterior; pero desde 1870 esta concepción ha tenido que ser enérgicamente revisada. La mayoría de los norteamericanos considera en apariencia a los franceses como perpetuamente dedicados a las intrigas amorosas; Walt Whitman, en uno de sus catálogos, habla de «la adúltera pareja francesa a escondidas en el diván». Los norteamericanos que van a vivir a Francia se sienten asombrados, y quizá desilusionados, por la intensidad de la vida familiar. Antes de la Revolución Rusa, se acreditaba a los rusos con la posesión de una mística alma eslava que, si bien les incapacitaba para el comportamiento sensato corriente, les daba una especie de profunda sabiduría que las naciones más prácticas no podían esperar alcanzar. De pronto,

todo cambió: el misticismo se hizo tabú y sólo se toleraron las ideas más terrenales. La verdad es que lo que aparece para una nación como carácter nacional de otra depende de unos pocos individuos prominentes, o de la clase que se encuentra en el poder. Por este motivo, todas las generalizaciones al respecto tienen tendencia a desmoronarse con cualquier cambio político importante.

Para evitar las distintas opiniones tontas a las que es proclive la humanidad, no se necesita un genio sobrehumano. Unas cuantas reglas sencillas le apartarán a usted, no de *todos* los errores, pero sí de los errores tontos.

Si la cuestión puede ser resuelta por la observación, haga la observación usted mismo. Aristóteles podría haber evitado el error de creer que las mujeres tienen menos dientes que los hombres con el sencillo recurso de pedirle a la señora Aristóteles que tuviese la boca abierta mientras él se los contaba. No lo hizo porque le pareció que ya lo sabía. El pensar que se sabe cuando en realidad no es así constituye un error fatal, al cual todos tenemos tendencia. Yo creo que los erizos comen cucarachas, porque se me ha dicho que lo hacen; pero si escribiese un libro sobre las costumbres de los erizos, no me comprometería con la afirmación

hasta que no hubiese visto a uno de esos animales gozando de esa desagradable dieta. Pero Aristóteles fue menos cauteloso. Los autores antiguos y medievales sabían todo lo referente a los unicornios y las salamandras; a ninguno de ellos le pareció necesario evitar las afirmaciones dogmáticas al respecto hasta que hubiera visto a tales criaturas.

Sin embargo, muchos problemas son menos fáciles de poner a prueba por la experiencia. Si, como la mayor parte de la humanidad, tiene usted convicciones apasionadas sobre muchas de tales cuestiones, hay formas en que puede darse cuenta de su propia parcialidad. Si le encoleriza una opinión contraria, es señal de que tiene usted, inconscientemente, la seguridad de no poseer buenos motivos para pensar como lo hace. Si alguien sostiene que dos y dos son cinco, o que Islandia se encuentra en el ecuador, uno siente más lástima que ira, a menos que sepa tan poco de aritmética o geografía que la opinión ajena haga tambalear la opinión contraria. Las más enconadas controversias son las que giran alrededor de cuestiones para las que no hay evidencias válidas en ninguno de los dos sentidos. La persecución se emplea en teología, no en aritmética, porque en aritmética existe conocimiento, pero en teología sólo hay opinión. De

modo que, cuando se sorprenda enfureciéndose por una diferencia de opinión, póngase en guardia; probablemente encontrará, al investigar, que su convicción está yendo más allá de lo que permiten las evidencias.

Una buena forma de librarse de ciertas clases de dogmatismo es tomar conciencia de las opiniones sostenidas en círculos sociales distintos de los propios. Cuando yo era joven, viví mucho tiempo fuera de mi país: en Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos. Encontré que eso era sumamente provechoso en lo referente a disminuir la intensidad del prejuicio insular. Si no puede usted viajar, busque a gente con la cual esté en desacuerdo, y lea un periódico perteneciente a un partido que no sea el suyo. Si la gente y el partido le parecen locos, perversos y malignos, recuerde que usted les parece lo mismo a ellos. En esa opinión, ambos partidos pueden estar en lo cierto, pero no pueden estar equivocados los dos.

Pero tomar conciencia de las costumbres extranjeras no tiene siempre un efecto benéfico. En el siglo XVII, cuando los manchúes conquistaron China, era costumbre entre los chinos que las mujeres tuviesen pies pequeños, y entre los manchúes que los hombres usasen coleta. En lugar de aban-

donar cada uno su propia tonta costumbre, adoptó cada uno la tonta costumbre del otro, y los chinos continuaron usando coletas hasta que se libraron de la dominación de los manchúes en la revolución de 1911.

Para los que tienen suficiente imaginación psicológica, un buen sistema es imaginarse una discusión con una persona de distinto parecer. Esto tiene una ventaja, y sólo una, en comparación con la conversación con oponentes; esta ventaja consiste en que el método no está sometido a las mismas limitaciones de tiempo y espacio. Mahatma Gandhi deploraba los ferrocarriles y los vapores y las máquinas; le habría agradado deshacer toda la revolución industrial. Puede que no tenga usted jamás una oportunidad de encontrarse con alguien que sostenga esta opinión, porque en la mayoría de los países occidentales la mayoría de las personas da por sentadas las ventajas de la técnica moderna. Pero si quiere estar seguro de encontrarse en lo cierto al concordar con la opinión prevaleciente, descubrirá que es un buen sistema poner a prueba los argumentos que se le ocurran, pensando qué habría dicho Gandhi para refutarlos. A veces me he visto obligado a cambiar de opinión de resultas de un diálogo imaginario, y, sin llegar a ello, frecuente-

mente me sorprendí tornándome menos dogmático y menos seguro al advertir la probable racionalidad de un oponente hipotético.

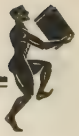
Tenga cautela con las opiniones que halagan su autoestima. Tanto los hombres como las mujeres, nueve veces de cada diez, están firmemente convencidos de la excelencia de su propio sexo. Existen abundantes pruebas por ambas partes. Si es usted un hombre, puede indicar que la mayoría de los poetas y hombres de ciencia son hombres; si mujer, puede replicar que también lo son la mayoría de los criminales. La cuestión es esencialmente insoluble, pero la autoestima oculta esto a la mayor parte de las gentes. Provengamos de la parte del mundo de la que provengamos, estamos todos persuadidos de que nuestra nación es superior a todas las demás. Viendo que cada nación tiene sus méritos y deméritos característicos, adaptamos nuestra norma de valores de modo que los méritos poseídos por nuestra nación sean los verdaderamente importantes, y que sus deméritos resulten relativamente triviales. Aquí, una vez más, el hombre racional tendrá que admitir que el problema no tiene una solución demostrablemente correcta. Es más difícil tratar con la autoestima del hombre como hombre, porque no podemos discutir el caso por

medio de una mente no humana. La única forma que conozco de tratar este engreimiento humano general es la de recordar que el hombre es un breve episodio de la vida de un pequeño planeta situado en un rincón del universo, y que, por lo que sabemos, otras partes del cosmos podrían albergar a seres superiores a nosotros, tal como nosotros lo somos a las medusas.

Aparte de la autoestima, otras pasiones son fuentes corrientes de error; entre ellas, la más importante quizás es el temor. El temor actúa a veces directamente, inventando rumores de desastre en épocas de guerra, o imaginando objetos de terror, tales como fantasmas. A veces actúa indirectamente, creando la creencia en algo consolador, como el elixir de vida, o el cielo para nosotros y el infierno para nuestros enemigos. El miedo tiene muchas formas: el miedo a la muerte, el miedo a la oscuridad, el miedo a lo desconocido, el miedo al rebaño y ese vago miedo generalizado que ataca a los que se ocultan a sí mismos sus terrores más específicos. Hasta que uno no ha admitido sus propios temores, y se ha protegido (mediante un difícil esfuerzo de la voluntad) contra su poder mitogenético, no puede abrigar la esperanza de pensar claramente en cuestiones de gran importancia, especialmente

aquellas relacionadas con las creencias religiosas. El miedo es la principal fuente de la superstición, y una de las principales fuentes de la crueldad. Dominar el temor es el comienzo de la sabiduría, tanto en la búsqueda de la verdad como en el intento por alcanzar un modo digno de vivir.

Hay dos formas de evitar el miedo: una, convenciéndonos de que estamos inmunizados contra el desastre; la otra, mediante la práctica de la pura valentía. Esa última es difícil, y para todos resulta imposible en cierto punto. La primera, por lo tanto, ha sido siempre más popular. La magia primitiva tenía el propósito de lograr seguridad, ya fuese hiriendo a los enemigos o protegiéndose uno mismo por medio de talismanes, hechizos o encantamientos. Sin cambio esencial alguno, la creencia en tales formas de evitar el peligro sobrevivió durante los muchos siglos de la civilización babilónica, se extendió de Babilonia a todo el imperio de Alejandro y fue adquirida por los romanos en el curso de la absorción por parte de éstos de la cultura helenística. De los romanos pasó al cristianismo medieval y el islam. La ciencia ha aminorado ahora la creencia en la magia, pero muchas personas ponen más fe en las mascotas de la que están dispuestas a reconocer, y la



brujería, si bien condenada por la Iglesia, es aún oficialmente un pecado *posible*.

Ello no obstante, la magia era una forma grosera de evitar los terrores, y, además, ni siquiera una forma eficaz, porque los magos malvados siempre podían resultar más poderosos que los buenos. En los siglos XV, XVI y XVII, el temor a las brujas y hechiceros condujo a la quema de cientos de miles de condenados por tales crímenes. Pero las nuevas creencias, especialmente en lo referente a la vida futura, buscaron formas más efectivas de combatir el temor. Sócrates, en el día de su muerte (si hay que creer a Platón), expresó la convicción de que en el otro mundo viviría en compañía de los dioses y los héroes, y rodeado de espíritus justos que jamás protestarían por sus interminables discusiones. Platón, en su *República*, estableció que las opiniones alegres acerca del otro mundo deben ser impuestas por el estado, no porque sean ciertas, sino para hacer que los soldados estén más dispuestos a morir en el combate. Rechazaba todos los mitos tradicionales sobre el Hades, porque afirmaban que los espíritus de los muertos eran desdichados.

La cristiandad ortodoxa, en las eras de la Fe, estableció reglas sumamente definidas para la salvación. En primer lugar, uno debe ser bautizado;

luego, tiene que evitar todo error teológico; finalmente, antes de morir, tiene que arrepentirse de sus pecados y recibir la absolución. Todo ello no le salvaría a usted del purgatorio, pero aseguraría su postrer llegada al cielo. No era necesario *saber* teología. Un eminente cardenal declaró autorizadamente que las exigencias de la ortodoxia quedarían satisfechas si uno murmuraba en el lecho de muerte: «Creo todo aquello en que cree la Iglesia; la Iglesia cree todo aquello en que creo yo». Estas instrucciones tan definidas tendrían que haber dado a los católicos la seguridad de encontrar el camino al cielo. Sin embargo, el temor al infierno persistió, y ha causado, en tiempos recientes, una gran suavización de los dogmas en cuanto a quién será condenado. La doctrina, profesada por muchos cristianos modernos, de que todos irán al cielo tendría que terminar con el temor a la muerte, pero en rigor este temor es demasiado instintivo para ser fácilmente derrotado. F. W. H. Myers, a quien el espiritualismo había convertido a la creencia en una vida futura, interrogó a una mujer que hacía poco había perdido a su hija acerca de qué suponía que había sido del alma de ésta. La madre contestó: «Oh, bien, supongo que estará gozando de la eterna bienaventuranza, pero preferiría que no

hablase usted de temas tan desagradables». A despecho de todo lo que pueda hacer la teología, el cielo sigue siendo, para muchas personas, un «tema desagradable».

Las religiones más refinadas, como las de Marco Aurelio y Spinoza, se preocupan aún de la eliminación del temor. La doctrina estoica era sencilla: sostenía que el único bien verdadero es la virtud, de la cual ningún enemigo puede privarme; en consecuencia, no hay necesidad de temer a los enemigos. La dificultad residía en que nadie podía creer realmente que la virtud fuese el único bien, ni siquiera Marco Aurelio, que, como emperador, trató no sólo de hacer virtuosos a sus súbditos, sino de protegerlos contra los bárbaros, las pestes y las hambrunas. Spinoza predicó una doctrina un tanto similar. Según él, nuestro verdadero bien consiste en la indiferencia hacia nuestra fortuna mundana. Los dos hombres trataron de escapar del temor fingiendo que cosas como el sufrimiento físico no son realmente malas. Ésta es una noble forma de rehuir el miedo, pero sigue estando basada en falsas creencias. Y si se la acepta genuinamente, tiene el mal efecto de tornar a los hombres indiferentes, no sólo hacia sus propios sufrimientos, sino también hacia los de los demás.

Bajo la influencia de un gran temor, casi todos se vuelven supersticiosos. Los marineros que arrojaron a Jonás por la borda imaginaron que su presencia era la causa de la tempestad que amenazaba con hacerlos naufragar. En un estado de espíritu similar, los japoneses, en la época del terremoto de Tokio, se dedicaron a matar a coreanos y liberales. Cuando los romanos lograban victorias en las guerras púnicas, los cartagineses quedaban convencidos de que sus desdichas se debían a cierta negligencia que se había cometido en el culto a Moloch. A Moloch le agradaba que le sacrificasen niños, y los prefería aristocráticos; pero las familias nobles de Cartago habían adoptado la práctica de sustituir subrepticiamente a sus descendientes por chiquillos plebeyos. Se pensó que esto había disgustado al dios, y en los peores momentos incluso los niños más aristocráticos eran convenientemente consumidos por el fuego. Cosa extraña, los romanos vencieron a despecho de esta democrática reforma por parte de sus enemigos.

El temor colectivo estimula el instinto del rebaño, y tiende a producir ferocidad hacia los que no son considerados miembros del rebaño. Así sucedió en la Revolución Francesa, cuando el miedo a los ejércitos extranjeros produjo el reino del terror.

El gobierno soviético habría sido menos feroz si hubiese encontrado menos hostilidad en sus primeros años. El miedo engendra impulsos de crueldad, y, por lo tanto, provoca las creencias supersticiosas que parecen justificar la crueldad. No se puede confiar en que un hombre, una muchedumbre o una nación obren humanamente o piensen cuerdamente bajo la influencia de un gran temor. Y por este motivo los cobardes son más propensos a la superstición. Cuando digo esto, pienso en los hombres que son valientes en todos los sentidos, y no sólo en el de arrostrar la muerte. Muchos hombres tienen el arrojo de morir heroicamente, pero no tendrían la bravura de decir, o aun de pensar, que la causa por la que se les pide que mueran es indigna de ello. La deshonra es, para muchos hombres, más dolorosa que la muerte; éste es uno de los motivos de que, en tiempos de excitación colectiva, tan pocos hombres se arriesguen a disentir de la opinión prevaleciente. Ningún cartaginés negó a Moloch, porque hacerlo habría exigido más valor que el necesario para correr el peligro de muerte en el combate.

Pero nos estamos poniendo demasiado solemnes. Las supersticiones no son siempre negras y crueles; a menudo añaden alegría a la vida. En una

ocasión recibí una comunicación del dios Osiris, dándome su número de teléfono; él vivía, en esa época, en un suburbio de Boston. Aunque no me incorporé a sus adoradores, su carta me causó placer. Frecuentemente he recibido cartas de hombres que se anuncian como el Mesías y me instan a no dejar de mencionar ese importante hecho en mis disertaciones. Durante la prohibición en Estados Unidos, había una secta que sostenía que el servicio de la comunión tendría que ser celebrado con whisky, no con vino; este dogma les dio derecho legal a un suministro de licor alcohólico, y la secta creció rápidamente. Existe en Inglaterra una secta que afirma que los ingleses son las diez tribus perdidas; y hay otra secta más estricta que afirma que los ingleses son solamente las tribus de Efraím y Manasseh. Cada vez que encuentro a un miembro de cualquiera de estas dos sectas, me confieso adherente de la otra, de lo que surgen muchas y agradables discusiones. También me agradan los hombres que estudian la Gran Pirámide con vistas a descifrar su sabiduría mística. Muchos grandes libros han sido escritos sobre este tema, y algunos me fueron obsequiados por sus autores. Es un hecho curioso que la Gran Pirámide prediga siempre la historia del mundo con exactitud hasta la fecha de la

publicación del libro en cuestión, pero después de tal fecha se vuelve menos digna de crédito. Por lo general, el autor espera, para muy pronto, guerras en Egipto, seguidas del Armagedón y del advenimiento del Anticristo, pero hasta la fecha existen tantas personas que han sido reconocidas como el Anticristo que el lector, sin quererlo, es inducido al escepticismo.

Admiro especialmente a cierta profetisa que vivía junto a un lago, en la parte septentrional del estado de Nueva York, hacia el año 1820. Anunció a sus numerosos discípulos que poseía el poder de caminar sobre el agua y que se proponía demostrarlo a las once en punto de cierta mañana. A la hora indicada, los fieles se reunieron por millares a la orilla del lago. Y ella les habló, diciendo: «¿Estáis todos plenamente convencidos de que puedo caminar sobre el agua?». A una, todos respondieron: «Lo estamos». «En ese caso –anunció ella–, no hay necesidad de que lo haga.» Y todos se volvieron a sus hogares, sumamente edificados.

Quizás el mundo perdería parte de su interés y variedad si tales creencias fuesen completamente reemplazadas por la fría ciencia. Quizá podamos permitirnos alegrarnos por los abecedaristas, así llamados porque, habiendo rechazado todo conoci-

miento profano, consideraban perverso enseñar el abecé.Y podemos regocijarnos con el asombro del jesuita sudamericano que se preguntó cómo podía el gusano haber viajado, después del Diluvio, desde el monte Ararat al Perú, viaje que su extrema lentitud de locomoción hacía casi increíble. Un hombre sabio gozará con las cosas buenas, de las que existe abundante provisión, y encontrará una abundante dieta de disparates intelectuales, en nuestra época como en cualquier otra.

Las funciones de un maestro

La enseñanza, más aún que la mayoría de las otras profesiones, se ha transformado, durante los últimos cien años, de una profesión pequeña, altamente especializada, destinada a una minoría de la población, en una grande e importante rama del servicio público. Es una profesión con una amplia y honorable tradición, que se extiende desde los albores de la historia hasta tiempos recientes, pero cualquier maestro del mundo moderno que se permita sentirse inspirado por los ideales de sus predecesores está expuesto a que se le recuerde bruscamente que su función no consiste en enseñar lo que piensa, sino en inculcar las creencias y prejuicios que sus empleadores consideran útiles. En tiempos anteriores, se esperaba que un maestro fuese un hombre de excepcionales conocimientos o sabiduría, cuyas palabras los hombres harían bien en escuchar. En la Antigüedad, los maestros no cons-

tituían una profesión organizada, y no se ejercía fiscalización alguna sobre lo que enseñaban. Sócrates fue condenado a muerte, y se dice que Platón fue encarcelado, pero tales incidentes no obstaculizaron la difusión de sus doctrinas. Cualquier hombre que tenga el legítimo impulso de maestro estará más ansioso por sobrevivir en sus libros que en la carne. Un sentimiento de independencia intelectual es esencial para el adecuado cumplimiento de las funciones del maestro, puesto que su tarea es inculcar todo lo que pueda de conocimiento y razonabilidad en el proceso de formar la opinión pública. En la Antigüedad llevaba a cabo esta función sin trabas, salvo ocasionales, irregulares e ineficaces intervenciones de los tiranos o la plebe. En la Edad Media la enseñanza se convirtió en prerrogativa exclusiva de la Iglesia, con el resultado de que hubo pocos progresos, ya sea intelectuales o sociales. Con el Renacimiento, el respeto general hacia la cultura devolvió una considerable cantidad de libertad al maestro. Es cierto que la Inquisición obligó a Galileo a retractarse, y que quemó a Giordano Bruno en la hoguera, pero esos dos hombres habían hecho su obra antes de ser castigados. Instituciones tales como las universidades seguían mayormente en manos de los dogmáticos,

con el resultado de que gran parte de la mejor obra intelectual era llevada a cabo por hombres de cultura independiente. En Inglaterra, especialmente, casi hasta las postrimerías del siglo XIX, muy pocos hombres de gran eminencia, salvo Newton, estaban relacionados con las universidades. Pero el sistema social era tal que estorbaba muy poco a sus actividades o su utilidad.

En nuestro mundo mucho más altamente organizado nos encontramos ante un nuevo problema. Algo llamado educación es impartido a todo el mundo, habitualmente por el estado pero a veces por las iglesias. De tal modo, el maestro se ha convertido, en la gran mayoría de los casos, en un funcionario obligado a cumplir con los mandatos de hombres que no tienen su instrucción, que no poseen experiencia alguna en tratar con los jóvenes y cuya única actitud hacia la educación es la del propagandista. No resulta muy fácil que, en esas circunstancias, los maestros puedan desempeñar las funciones para las cuales están especialmente dotados.

La educación estatal es, evidentemente, necesaria, pero, también evidentemente, implica ciertos peligros contra los cuales debería haber salvaguardias. Los males que había que temer se vieron en toda su magnitud en la Alemania nazi y todavía

se ven en Rusia. Donde predominan tales males, ningún hombre puede enseñar a menos que suscriba un credo dogmático que pocas personas de inteligencia libre es probable que acepten sinceramente. Y no sólo debe suscribir un credo, sino que tiene que condonar las abominaciones y abstenerse cuidadosamente de expresar su opinión sobre los acontecimientos actuales. Mientras enseñe únicamente el alfabeto y la tabla de multiplicar, acerca de los cuales no surge ninguna controversia, los dogmas oficiales no deformarán necesariamente su instrucción; pero, incluso cuando enseña esos elementos, se espera de él, en los países totalitarios, que no emplee los métodos con los que le parece más factible llegar al resultado escolar, sino que inculque temor, sumisión y ciega obediencia y exija un rígido sometimiento a su autoridad. Y en cuanto va más allá de los lisos y llanos rudimentos se ve obligado a adoptar la opinión oficial acerca de todas las cuestiones posibles de controversia. El resultado es que los jóvenes de la Alemania nazi se volvieron, y los de Rusia se vuelven, fanáticos, ignorantes del mundo que está fuera de su propio país, totalmente desacostumbrados a la libre discusión e inconscientes de que sus opiniones pueden ser puestas en duda sin mala intención.

Este estado de cosas, malo como es, sería menos desastroso si los dogmas inculcados fuesen, como en el catolicismo medieval, universales e internacionales; pero toda la concepción de una cultura internacional es negada por los dogmáticos modernos, que predicaron un credo en Alemania, otro en Italia, otro en Rusia y otro incluso en Japón. En todos estos países el nacionalismo fanático era lo que más se acentuaba en la enseñanza a los jóvenes; de resultas de ello, los hombres de un país no tienen un terreno en común con los hombres de otro, y ninguna concepción de una civilización común se interpone en el camino de la ferocidad belicosa.

La decadencia del internacionalismo cultural ha avanzado a un ritmo continuamente creciente desde la Primera Guerra Mundial. Cuando me encontraba en Leningrado en 1920, conocí a un catedrático de matemáticas puras que había visitado Londres, París y otras capitales, ya que había sido miembro de varios congresos internacionales. En la actualidad muy pocas veces se permiten tales excursiones a los hombres ilustrados de Rusia, por temor a que establezcan comparaciones desfavorables para su propio país. En otros países el nacionalismo en la cultura es menos extremo, pero en

todas partes es más potente que antes. Hay una tendencia en Inglaterra (y, así lo creo, en Estados Unidos) a prescindir de los franceses y alemanes en la enseñanza del francés y el alemán. La práctica de considerar la nacionalidad de un hombre antes que su competencia, al ofrecerle un puesto, es perjudicial para la educación y una ofensa contra el ideal de la cultura internacional, que fue la herencia del Imperio romano y la Iglesia católica, pero que ahora se encuentra sometido a una nueva invasión bárbara, que más bien procede de abajo que de fuera.

En los países democráticos estos males no han alcanzado aún nada que se les parezca en la misma proporción, pero es preciso admitir que existe el peligro de similares acontecimientos en la educación, y que este peligro sólo puede ser evitado si los que creen en la libertad del pensamiento están alerta para proteger a los maestros de la esclavitud intelectual. Quizás el primer requisito sea una clara concepción de los servicios que se puede esperar que los maestros lleven a cabo para la comunidad. Estoy de acuerdo con los gobiernos del mundo en que impartir una información definida y no sujeta a controversias es una de las funciones menores del maestro. Es, naturalmente, la base sobre la cual se levantan las demás, y en una

civilización técnica como la nuestra tiene indudablemente una considerable utilidad. Es preciso que exista, en una comunidad moderna, una cantidad suficiente de hombres que posean la habilidad técnica necesaria para conservar los aparatos mecánicos de que depende nuestra comodidad física. Más aún, es inconveniente que un gran porcentaje de la población no sepa leer ni escribir. Por estos motivos, todos estamos a favor de la enseñanza universal obligatoria. Pero los gobiernos han visto que es fácil, mientras se imparte educación, inculcar creencias sobre cuestiones debatibles y producir hábitos mentales que pueden ser convenientes o inconvenientes para los que ejercen autoridad. La defensa del estado en todos los países civilizados se encuentra tanto en las manos de los maestros como en las de las fuerzas armadas. Salvo en los países totalitarios, la defensa del estado es deseable, y el solo hecho de que la educación sea empleada con ese fin no constituye en sí mismo un motivo de críticas. Las críticas surgen sólo cuando el estado es defendido por medio del oscurantismo y cuando apela a la pasión irracional. Tales métodos son completamente innecesarios en el caso de cualquier estado digno de defensa. Ello no obstante, existe una tendencia natural hacia

su adopción por parte de los que no tienen un conocimiento de primera mano de la educación. Hay una difundida creencia acerca de que las naciones se fortalecen con la uniformidad de la opinión y la supresión de la libertad. Se oye decir continuamente que la democracia debilita a un país en guerra, pese a la constatación de que en todas las guerras importantes libradas desde 1700 la victoria ha correspondido al bando democrático. Las naciones han provocado su ruina con mucha mayor frecuencia por insistir en una estrecha uniformidad doctrinaria que por la libre discusión y la tolerancia de opiniones divergentes. Los dogmáticos del mundo entero creen que, aunque ellos conocen la verdad, otros serán inducidos a falsas creencias si se les permite escuchar los argumentos de ambas partes. Éste es un punto de vista que desemboca en una u otra de estas dos desdichas: o bien un grupo de dogmáticos conquista el mundo y prohíbe toda idea nueva, o, lo que es peor, los dogmáticos rivales conquistan distintas regiones y predican el evangelio del odio; el primero de estos males existió en la Edad Media; el segundo, durante las guerras de religión y nuevamente en la actualidad. El primero torna estática la civilización; el segundo tiende a des-

truirla por completo. Contra ambos, el maestro debería ser la principal salvaguarda.

Es evidente que el espíritu organizado de partido es uno de los mayores peligros de nuestro tiempo. En la forma de nacionalismo, conduce a guerras entre naciones, y en otras formas conduce a guerras civiles. La tarea de los maestros tendría que ser permanecer fuera de la pugna entre partidos y tratar de imbuir en los jóvenes el hábito de la investigación imparcial, llevándolos a juzgar acerca de los problemas según los méritos de éstos y a ponerse en guardia para no aceptar las afirmaciones *ex parte* sin más. No debe esperarse que el maestro halague los prejuicios de la plebe o de los funcionarios. Su virtud profesional debe consistir en una disposición para ser justo con todas las partes, y en un esfuerzo para elevarse, por encima de las controversias, a una región de desapasionada investigación científica. Si existen personas para quienes los resultados de esa investigación resultan inconvenientes, tiene que protegérsele contra el resentimiento de éstas, a menos que pueda probarse que el maestro se ha prestado a una propaganda deshonesta por medio de la difusión de falsedades demostrables.

La función del maestro, no obstante, no es simplemente la de mitigar el ardor de las controver-

sias. Tiene tareas más positivas que efectuar, y no puede ser un gran maestro si no está inspirado por un deseo de efectuarlas. Los maestros, más que ninguna otra clase, son los guardianes de la civilización. Deberían tener íntima conciencia de lo que es la civilización, y estar deseosos de impartir una actitud civilizada a sus alumnos. Y así llegamos a la pregunta: ¿Qué constituye una comunidad civilizada?

Esta pregunta sería corrientemente contestada señalando pruebas simplemente materiales. Un país es civilizado si tiene mucha maquinaria, muchos automóviles, muchos cuartos de baño y numerosos medios de locomoción rápida. A estas cosas, en mi opinión, la mayoría de los hombres modernos les asignan demasiada importancia. La civilización, en su sentido más importante, es una cosa de la mente, no de los agregados materiales al aspecto físico de la vida. Es una cuestión en parte de conocimiento, en parte emocional. Por lo que respecta al conocimiento, un hombre tendría que tener conciencia de la pequeñez de sí mismo y de su ambiente inmediato en relación con el mundo en el tiempo y en el espacio. Tendría que ver a su propio país no *sólo* como el hogar, sino como uno de entre los países del mundo, todos con igual derecho a vivir,

pensar y sentir. Debería ver su propia época en relación con el pasado y el futuro, y tener conciencia de que las controversias de la misma parecerán tan extrañas a eras futuras como las del pasado nos lo parecen ahora a nosotros. Adoptando un punto de vista más amplio aún, tendría que tener conciencia de la vastedad de las eras geológicas y de los abismos astronómicos; pero tendría que tener conciencia de todo esto, no como un peso para aplastar el espíritu humano individual, sino como un vasto panorama que ensancha la mente que lo contempla. Desde el punto de vista de las emociones, es necesaria una ampliación similar de lo puramente personal, si el hombre quiere ser verdaderamente civilizado. Los hombres pasan del nacimiento a la muerte a veces dichosos, a veces desdichados; a veces generosos, a veces ávidos y mezquinos; a veces heroicos, a veces cobardes y serviles. Para el hombre que contempla el proceso en su totalidad, ciertas cosas sobresalen como dignas de admiración. Algunos hombres han sido inspirados por el amor a la humanidad; algunos, con un supremo intelecto, nos han ayudado a entender el mundo en que vivimos; y algunos, gracias a una sensibilidad excepcional, han creado belleza. Estos hombres han producido algo de bien positivo, para contrapesar la

larga historia de crueldad, opresión y superstición. Estos hombres se han esforzado lo posible para hacer de la vida humana algo mejor que una breve turbulencia de salvajes. El hombre civilizado, cuando no pueda admirar, debe tratar de entender antes que reprobar. Tiene que tratar más bien de descubrir y eliminar las causas impersonales del mal, antes que odiar a los hombres que se encuentran en las garras de éste. Todo esto tendría que estar en la mente y en el corazón del maestro, y si está en su mente y en su corazón, lo expresará en sus enseñanzas a los jóvenes que tiene a su cuidado.

Ningún hombre puede ser un buen maestro a menos que tenga sentimientos de cálido afecto hacia sus alumnos y un legítimo deseo de inculcarles lo que cree de valor. Ésta no es la actitud del propagandista. Para el propagandista, sus alumnos son soldados del ejército en potencia. Deben servir para fines que están fuera de sus propias vidas, no en el sentido de que todo fin generoso trasciende el yo, sino en el sentido de servir a privilegios injustos o poderes despóticos. El propagandista no desea que sus discípulos observen el mundo y escojan libremente un propósito que a ellos les parezca valioso. Desea, como un artista jardinero, que su crecimiento esté dirigido y se deforme para adap-

tarse a sus fines. Y al frustrar su crecimiento natural, es posible que destruya también en ellos todo vigor generoso, reemplazándolo por la envidia, el ansia de destrucción y la crueldad. No hay necesidad de que los hombres sean crueles; por el contrario, estoy convencido de que la mayor parte de la crueldad es resultado de deformaciones sufridas en los primeros años, y sobre todo de deformaciones de lo que es bueno.

Las pasiones represivas y persecutorias son sumamente corrientes, como demuestra ampliamente el actual estado del mundo. Pero no son una parte inevitable de la naturaleza humana. Por el contrario, creo que siempre son el resultado de alguna clase de desdicha. Una de las funciones del maestro tendría que ser la de abrir ante sus alumnos paisajes que les mostraran la posibilidad de actividades que fuesen tan deliciosas como útiles, liberándoles de ese modo los impulsos bondadosos e impidiendo el crecimiento del deseo de despojar a otros de alegrías que a ellos les faltaron. Muchas personas censuran la felicidad como meta, tanto para ellas como para otros, pero uno sospecha que es porque han pensado que «están verdes». Una cosa es renunciar a la felicidad personal en aras de un fin público, y otra completamente distinta tratar la felicidad

general como una cosa sin importancia. No obstante, esto se hace a menudo en nombre de algún supuesto heroísmo. En los que adoptan esta actitud existe generalmente una vena de crueldad, probablemente basada en una envidia inconsciente, y la fuente de la envidia se hallará por lo común en la niñez o la juventud. La meta del educador tendría que ser adiestrar a los futuros adultos para que queden libres de estos infortunios psicológicos y para que no estén ansiosos de robar la dicha a los demás, ya que tampoco ellos habrán sufrido ese despojo.

Tal como están las cosas en la actualidad, muchos maestros se ven imposibilitados de hacer todo lo que pueden. Para esto hay numerosas razones, algunas más o menos accidentales, otras profundamente arraigadas. Para comenzar con las primeras, muchos maestros trabajan excesivamente y se ven obligados a preparar a sus alumnos para un examen, en lugar de proporcionarles un adiestramiento mental liberador. Las personas que no están acostumbradas a enseñar (y esto incluye prácticamente a todas las autoridades educacionales) no tienen idea del derroche de espíritu que eso representa. No se espera de los sacerdotes que prediquen sermones durante varias horas todos los días, y en cambio

se exige un esfuerzo análogo a los maestros. El resultado es que muchos de ellos se tornan preocupados y nerviosos, pierden el contacto con los trabajos recientes sobre los temas que enseñan y se ven incapacitados para inspirar a sus alumnos el sentido de los deleites intelectuales que pueden obtenerse de nuevas comprensiones y nuevos conocimientos.

Éste, sin embargo, no es el problema más grave. En muchos países, ciertas opiniones son reconocidas como correctas y ciertas otras como peligrosas. De los maestros cuyas opiniones no son correctas se espera que guarden silencio acerca de ellas. Si mencionan sus opiniones, es propaganda, en tanto que mencionar las opiniones correctas es considerado simplemente instrucción sólida. El resultado es que los jóvenes inquisitivos tienen que salir a menudo del aula para descubrir lo que piensan las mentes más vigorosas de su propia época. Hay en Estados Unidos una asignatura llamada instrucción cívica, en la cual, quizá más que en ninguna otra, puede esperarse que las enseñanzas resulten engañosas. Se enseña a los jóvenes una especie de relato modelo sobre cómo se supone que deben conducirse los asuntos públicos, y se les aleja cuidadosamente de todo conocimiento

acerca de cómo se conducen en realidad. Cuando los jóvenes crecen y descubren la verdad, el resultado es con frecuencia un completo cinismo en el que se pierden todos los ideales públicos; en cambio, si se les hubiese enseñado la verdad con cuidado y con comentarios adecuados, en una edad más temprana, podrían haberse convertido en hombres capaces de combatir males que, de este modo, aceptan con un encogimiento de hombros.

La idea de que la falsedad es edificante es uno de los pecados dominantes en quienes diseñan los planes educacionales. Yo no considero que un hombre pueda ser un buen maestro a menos que haya tomado la firme resolución de no ocultar jamás, en el curso de toda su vida de enseñanza, la verdad porque ésta sea lo que se llama «poco edificante». La clase de virtud que puede producir la ignorancia vigilada es frágil y fracasa al primer contacto con la realidad. Hay, en este mundo, muchos hombres que merecen admiración, y es bueno que se enseñe a los jóvenes a conocer las formas en que tales hombres son admirables. Pero no es bueno enseñarles a admirar a los bribones ocultando la bribonería de éstos. Se cree que el conocimiento de las cosas tal como son lleva al cinismo y, efec-

tivamente, podría suceder así, si el conocimiento llega repentinamente, con un golpe de sorpresa y horror. Pero si llega gradualmente, convenientemente mezclado con el conocimiento de lo que es bueno, y en el curso de un estudio científico inspirado por el deseo de alcanzar la verdad, entonces no tendrá tal efecto. De cualquier modo, decir mentiras a los jóvenes, que no tienen formas de verificar lo que se les dice, es moralmente indefendible.

Por encima de todo, lo que un maestro debe tratar de producir en sus discípulos, si se quiere que sobreviva la democracia, es la clase de tolerancia que surge de un intento de comprender a los que son distintos de nosotros. Es quizás un impulso humano natural el mirar con disgusto y horror todos los modales y costumbres diferentes de aquellos a los que estamos acostumbrados. Las hormigas y los salvajes matan a los desconocidos.Y los que nunca han viajado, ni física ni mentalmente, encuentran difícil tolerar los modales extraños y las creencias extranjeras de otras naciones y otras épocas, otras sectas y otros partidos políticos. Esta clase de intolerancia ignorante es la antítesis de un modo de ver civilizado, y es uno de los más graves peligros a que está expuesto

nuestro excesivamente poblado mundo. El sistema educacional tendría que estar destinado a evitarlo, pero en la actualidad se hace muy poco en ese sentido. En todos los países se alienta el sentimiento nacionalista, y a los escolares se les enseña lo que están demasiado dispuestos a creer: que los habitantes de otros países son moral e intelectualmente inferiores a los del país en que los escolares residen. La histeria colectiva, la más loca y cruel de todas las emociones humanas, es alentada en lugar de ser desalentada, y a los jóvenes se les estimula a creer sobre todo lo que oyen decir frecuentemente, más que aquello donde existe alguna base racional para creer. No se puede culpar a los maestros de todo esto. No son libres de enseñar como quisieran. Son ellos quienes conocen más íntimamente las necesidades de los jóvenes. Son ellos quienes, a través del contacto diario, han llegado a quererles. Pero no son ellos quienes deciden qué se enseñará o cómo serán los métodos de instrucción. Tendría que existir mucha más libertad de la que hay para la profesión de educar. Debería haber más oportunidades de autodeterminación, más independencia de la intromisión de burócratas y fanáticos. Nadie consentiría, hoy en día, que se sometiese a los médicos a

la fiscalización de autoridades ajenas a la medicina, en relación con la forma en que aquéllos deberían tratar a sus pacientes, salvo, naturalmente, cuando se apartaran criminalmente del objetivo de la medicina, que es el de curar al paciente. El maestro es una especie de médico cuyo objetivo es curar al paciente del infantilismo, pero no se le permite decidir por sí mismo, sobre la base de la experiencia, acerca de qué métodos son los más adecuados para ello. Unas pocas grandes universidades históricas, por el peso de su prestigio, han conseguido virtualmente la autonomía, pero la inmensa mayoría de las instituciones educacionales están obstaculizadas y fiscalizadas por hombres que no entienden la tarea en que se entrometen. La única forma de impedir el totalitarismo en nuestro mundo altamente organizado es lograr cierto grado de independencia para los cuerpos que llevan a cabo tareas públicas útiles, y entre tales cuerpos los maestros merecen un lugar preeminente.

El maestro, como el artista, el filósofo y el hombre de letras, sólo puede realizar adecuadamente su trabajo cuando se siente como un individuo dirigido por un impulso creador interno, no dominado y aherrojado por la autoridad exterior. Es sumamente difícil, en este mundo moderno,

encontrar un lugar para el individuo. Podría subsistir en la cima, como dictador de un estado totalitario o como magnate plutocrático en un país de grandes empresas industriales, pero en el reino del pensamiento se hace cada vez más dificultoso mantenerse independiente de las grandes fuerzas organizadas que fiscalizan los medios de vida de hombres y mujeres. Si el mundo no quiere perder los beneficios que pueden extraerse de sus mejores mentes, tendrá que encontrar algún método de permitirles amplitud de movimientos y libertad a despecho de la organización. Esto implica una deliberada contención por parte de los que ejercen el poder, y un conocimiento consciente de que hay hombres a quienes debe permitirse la libertad de movimientos. Los papas del Renacimiento podían tener estos sentimientos hacia los artistas de la época, pero los hombres poderosos de ahora parecen encontrar más difícil sentir respeto hacia los genios excepcionales. La turbulencia de nuestros tiempos es hostil a la magnífica flor de la cultura. El hombre de la calle está lleno de miedos y, por lo tanto, nada dispuesto a tolerar libertades para las que no ve necesidad alguna. Quizá debemos esperar tiempos más tranquilos antes de que las exigencias de la civilización

puedan volver a dominar a las exigencias del espíritu partidista. Entretanto, es importante que por lo menos algunos continúen dándose cuenta de las limitaciones de lo que puede lograrse por medio de la organización. Todos los sistemas deberían permitir vías de escape y excepciones, porque, de lo contrario, aplastarán cuanto hay de mejor en el hombre.

Ideas que han ayudado a la humanidad

Antes de que podamos analizar este tema, tenemos que formarnos algún concepto sobre la clase de efecto que consideramos una ayuda para la humanidad. ¿Recibe una ayuda la humanidad cuando se hace más numerosa? ¿O cuando se hace menos animal? ¿O cuando es más feliz? ¿O cuando aprende a gozar de una mayor diversidad de experiencias? ¿O cuando sus componentes se sienten más amistosos los unos hacia los otros? Creo que todas estas cosas intervienen en nuestro concepto de lo que ayuda a la humanidad, y diré unas palabras preliminares sobre ellas.

El sentido más indudable en que las ideas han ayudado al género humano es el del número. Debió de haber un tiempo en que el *Homo sapiens* era una especie rara, que subsistía precariamente en selvas y cavernas, aterrorizada por los animales salvajes, consiguiendo sus alimentos con dificultades. En ese

período, la ventaja biológica de su mayor inteligencia, que era acumulativa porque podía ser transmitida de generación en generación, apenas había comenzado a equilibrar las desventajas de su larga infancia, su menor agilidad en comparación con la de los monos y su falta de protección hirsuta contra el frío. En esos tiempos, el número de hombres debió de ser ciertamente pequeño. El empleo principal que los hombres, a través de los siglos, han dado a su habilidad técnica ha sido el de aumentar la población total. No quiero decir que tal fuese la intención, sino que tal fue, en rigor, el efecto. Si se trata de algo para regocijarse, entonces, tenemos verdaderos motivos para regocijarnos.

También nos hemos vuelto, en ciertos sentidos, progresivamente menos parecidos a los animales. Se me ocurren, en especial, dos aspectos: primero, que las habilidades adquiridas, en oposición a las congénitas, desempeñan un papel continuamente creciente en la vida humana; y, segundo, que la previsión domina cada vez más al impulso. En estos sentidos hemos llegado a ser, ciertamente, cada vez menos parecidos a los animales.

En cuanto a la felicidad, no estoy tan seguro. Es verdad que los pájaros mueren de hambre en grandes cantidades durante el invierno, si no son aves

migratorias. Pero durante el verano no prevén esta catástrofe, ni recuerdan cuán a punto estuvieron de sufrirla el invierno anterior. Con los seres humanos, las cosas marchan de distinto modo. Dudo que el porcentaje de pájaros que habrán muerto de hambre en el actual invierno (1946-1947) sea tan grande como el porcentaje de seres humanos que morirán por esa causa en la India y Europa central durante el mismo período. Pero toda muerte humana por hambre va precedida por un largo período de ansiedad, y acompañada por la correspondiente ansiedad de los vecinos. No sólo sufrimos los males que realmente nos acaecen, sino todos los que nuestra inteligencia nos dice que tenemos motivos para temer. La canalización, por medio de la previsión, de los impulsos a los que nos vemos arrastrados, evita los desastres físicos a costa de preocupaciones y pérdida general de la alegría. No creo que los hombres cultos que conozco, incluso si gozan de ingresos seguros, sean tan dichosos como los ratones que comen las migajas de sus mesas mientras los eruditos caballeros dormitan. Por lo tanto, en este sentido, no estoy convencido de que se haya producido progreso alguno.

En cuanto a la diversidad de goces, la cuestión es sin embargo distinta. Recuerdo haber leído un

relato acerca de algunos leones que fueron llevados a presenciar una película cinematográfica en la que se mostraban las fructuosas predaciones llevadas a cabo por leones en estado salvaje, pero ninguno de ellos obtuvo placer alguno del espectáculo. No sólo la música y la poesía y la ciencia, sino tampoco el fútbol ni el béisbol proporcionan ningún placer a los animales. En consecuencia, nuestra inteligencia nos ha permitido, ciertamente, obtener una mayor variedad de goces que la que le está permitida a los animales, pero hemos comprado esta ventaja a costa de una propensión mucho mayor al aburrimiento.

Se me dirá que ni la cantidad ni la multiplicidad de placeres componen la gloria del hombre. Y sí sus cualidades morales e intelectuales. Es evidente que sabemos más que los animales, y es corriente creer que ésta es una de nuestras ventajas. Puede ponerse en duda el que sea, en verdad, una ventaja. Pero, por lo menos, es algo que nos distingue de las bestias.

¿Nos ha enseñado la civilización a mostrarnos más amistosos los unos hacia los otros? La respuesta es fácil. Los petirrojos (la especie inglesa, no la norteamericana) picotean a los petirrojos ancianos hasta causarles la muerte, en tanto que los hombres

(la especie inglesa, no la norteamericana) concede a los hombres de edad una pensión para la vejez. En el ámbito del rebaño somos más amistosos los unos con los otros que muchas especies de animales, pero en nuestra actitud hacia los de fuera del rebaño, a pesar de todo lo que han hecho moralistas y maestros religiosos, nuestras emociones son tan feroces como las de cualquier animal, y nuestra inteligencia nos permite conferirles un alcance que le está negado incluso a la bestia más salvaje. Puede esperarse, aunque no con mucha confianza, que la actitud más humana llegará a prevalecer con el tiempo, pero hasta ahora los presagios no son muy propicios.

Todos estos diferentes elementos deben ser tenidos en cuenta al considerar qué ideas han hecho más para ayudar a la humanidad. Las ideas que nos ocuparán pueden ser divididas, *grosso modo*, en dos clases: las que contribuyen al conocimiento y la técnica, y las que se ocupan de la moral y la política. Trataré primeramente de las que tienen relación con el conocimiento y la técnica.

Los pasos más importantes y difíciles fueron dados en los albores de la historia. No se sabe en qué etapa comenzó el lenguaje, pero podemos estar bastante seguros de que comenzó muy gradual-

mente. Sin él, habría resultado muy difícil transmitir de generación en generación los inventos y descubrimientos que se hicieron poco a poco.

Otro gran paso, que puede haber venido antes o después del lenguaje, fue la utilización del fuego. Supongo que al principio el fuego se usaba principalmente para mantener alejados a los animales salvajes mientras nuestros antepasados dormían, pero debieron de encontrar agradable el calor. Presumiblemente, en alguna ocasión un chiquillo recibió una regañina por arrojar carne al fuego, pero cuando la sacaron se descubrió que era mucho más sabrosa, y así comenzó la larga historia de la cocina.

La doma de los animales domésticos, especialmente la vaca y la oveja, debió de hacer la vida mucho más placentera y segura. Algunos antropólogos tienen una teoría en el sentido de que la utilidad de los animales domésticos no fue prevista, pero que la gente intentó domesticar a todos los animales que su religión les enseñaba a adorar. Las tribus que adoraban leones y cocodrilos se extinguían, en tanto que prosperaban aquellas para las que la vaca o la oveja eran animales sagrados. Me agrada esta teoría, y ante la completa ausencia de pruebas, a favor o en contra de ella, me siento en libertad de jugar con ella.

Más importante aún que la domesticación de los animales fue la invención de la agricultura, que, sin embargo, introdujo sanguinarias prácticas en la religión, prácticas que duraron muchos siglos. Los ritos de la fertilidad tendían a implicar sacrificios humanos y canibalismo. Moloch no ayudaba a que crecieran los cereales, a menos que se le permitiese regalarse con la sangre de niños. Una opinión similar fue adoptada por los evangelistas de Manchester en los primeros días del industrialismo, cuando hacían trabajar a chiquillos de seis años de edad durante doce o catorce horas diarias, en condiciones que hacían que muchos de ellos muriesen. Ahora se ha descubierto que los cereales crecen, y que las telas de algodón pueden ser fabricadas, sin necesidad de regarlos con la sangre de niños. En el caso de los granos, el descubrimiento llevó miles de años; en el caso de las telas de algodón, apenas un siglo. De modo que quizás existan algunas pruebas de progreso en el mundo.

El último de los grandes inventos prehistóricos fue el arte de escribir, que constituyó, en verdad, un prerrequisito de la historia. La escritura, como el habla, se desarrolló gradualmente, y en la forma de dibujos destinados a expresar un mensaje es probablemente tan antigua como la palabra habla-

da, pero de los dibujos a la escritura por sílabas y de ahí al alfabeto, la evolución fue sumamente lenta. En China no se dio jamás el último paso.

Llegando a los tiempos históricos, encontramos que los primeros pasos importantes fueron dados en matemáticas y astronomía, y ambos comenzaron en Babilonia algunos milenios antes del principio de nuestra era. No obstante, la cultura en Babilonia parece haberse hecho estereotipada y no progresista, mucho antes de que los griegos entraran en contacto con ella. Es a los griegos a quienes debemos formas de pensar y de investigar que desde entonces han evidenciado ser fructíferas. En las prósperas ciudades comerciales griegas, hombres ricos que vivían del trabajo de los esclavos eran puestos, por los procesos del comercio, en contacto con muchas naciones, algunas completamente bárbaras, otras bastante civilizadas. Los griegos asimilaron rápidamente lo que las naciones civilizadas (los babilonios y los egipcios) tenían que ofrecerles. Se tornaron críticos hacia sus propias costumbres tradicionales, al percibir que eran, al mismo tiempo, análogas y diferentes a las de pueblos inferiores que les rodeaban, y así, para el siglo VI a. C., algunos de ellos alcanzaron un grado de lúcido racionalismo que no puede ser superado en la actua-

lidad. Jenófanes hizo observar que los hombres hacen dioses a su propia imagen:

> Los etíopes hacen a sus dioses negros y de nariz chata; los tracios dicen que los suyos tienen ojos azules y cabello rojo. Sí, y si los bueyes y los leones y los caballos tuviesen manos, y pudiesen pintar con sus manos, y produjesen obras de arte como hacen los hombres, los caballos pintarían las formas de los dioses con aspecto de caballos, y los bueyes con aspecto de bueyes, y harían los cuerpos de aquéllos a imagen de sus distintas especies.

Algunos griegos usaron su emancipación de la tradición para el estudio de las matemáticas y la astronomía, y en ambas hicieron los más sorprendentes progresos. Las matemáticas no fueron utilizadas por los griegos, como lo hacen los modernos, para facilitar los procesos industriales; era un estudio de «caballeros», valorado por sí mismo como dador de la verdad eterna y como norma supersensible por la cual el mundo visible era condenado como de segunda fila. Sólo Arquímedes presagió el uso moderno de las matemáticas al inventar máquinas de guerra para la defen-

sa de Siracusa contra los romanos. Un soldado romano lo mató y los matemáticos se retiraron nuevamente a su torre de marfil.

La astronomía, que durante los siglos XVI y XVII se estudió con ardor, principalmente debido a su utilidad en la navegación, fue estudiada por los griegos sin conexión con la utilidad práctica, salvo cuando, a fines de la Antigüedad, se asoció a la astrología. En uno de los primeros estadios descubrieron que la Tierra era redonda e hicieron un cálculo bastante exacto de su tamaño. Descubrieron formas de calcular la distancia del Sol y la Luna, y Aristarco de Samos elaboró incluso toda la teoría copernicana, pero sus puntos fueron rechazados por todos sus discípulos excepto uno, y después del siglo III a. C. no se hizo ningún progreso importante. Sin embargo, en la época del Renacimiento, se conoció algo de lo que los griegos habían hecho, cosa que facilitó mucho el surgimiento de la ciencia moderna.

Los griegos tenían el concepto de la ley natural, y adquirieron el hábito de expresar las leyes naturales en términos matemáticos. Estas ideas han proporcionado la clave de una gran parte de la comprensión del mundo físico que se ha alcanzado en los tiempos modernos. Pero muchos de ellos, inclu-

so Aristóteles, se vieron confundidos por la creencia de que la ciencia podía hacer un fructífero empleo de la idea de propósito. Aristóteles distinguía cuatro clases de causas, de las cuales sólo nos interesan dos: la causa «eficiente» y la causa «final». La causa «eficiente» es la que *nosotros* llamaríamos simplemente causa. La causa «final» es el propósito. Por ejemplo, si, en el transcurso de un viaje por la montaña, uno encuentra una posada precisamente cuando la sed se le ha hecho intolerable, la causa eficiente de la posada está constituida por las acciones de los albañiles que la construyeron, en tanto que su causa final es la satisfacción de la sed de uno. Si alguien preguntase: «¿Por qué hay una posada ahí?», sería igualmente correcto responder: «Porque alguien la construyó en ese lugar», o «porque muchos viajeros sedientos pasan por ahí». Una es la explicación por la causa «eficiente» y la otra por la causa «final». En lo relacionado con los asuntos humanos, la explicación por la causa «final» es a menudo apropiada, puesto que las acciones humanas tienen fines. Pero cuando se trata de la naturaleza inanimada, se ha visto que sólo las causas «eficientes» son científicamente descubribles, y el intento de explicar los fenómenos por causas «finales» ha conducido siempre a una mala ciencia.

Por lo que sabemos, podría haber un propósito en los fenómenos naturales, pero, en ese caso, no se ha descubierto nunca y todas las leyes científicas conocidas tienen que ver sólo con las causas «eficientes». En ese sentido, Aristóteles llevó al mundo por el camino equivocado, y el mundo no encontró del todo el correcto hasta la época de Galileo.

El siglo XVII, especialmente con Galileo, Descartes, Newton y Leibniz, hizo en nuestro conocimiento de la naturaleza un progreso más repentino y sorprendente que cualquier otro de la historia, salvo el de los primeros griegos. Es cierto que algunos de los conceptos empleados en la física matemática de esa época no tenían del todo la validez que entonces se les otorgaba. Es también cierto que los progresos más recientes de la física requieren a menudo nuevos conceptos, completamente distintos de los del siglo XVII. Sus conceptos, en rigor, no eran la clave de *todos* los secretos de la naturaleza, pero fueron la clave de muchos de ellos. La técnica moderna en la industria y la guerra, con la sola excepción de la bomba atómica, sigue estando basada completamente en un tipo de dinámica desarrollado sobre los principios de Galileo y Newton. La mayor parte de la astronomía descansa aún sobre los mismos principios, aunque existen algunos pro-

blemas tales como «¿Qué es lo que mantiene caliente al Sol?», para los cuales son esenciales los recientes descubrimientos de la mecánica cuántica. La dinámica de Galileo y Newton dependía de dos nuevos principios y una nueva técnica.

El primero de esos nuevos principios era la ley de la inercia, que afirmaba que cualquier cuerpo, librado a sí mismo, continuará moviéndose como se mueve, en la misma línea recta y con la misma velocidad. La importancia de este principio es evidente sólo cuando se lo contrasta con los principios que los escolásticos desarrollaron a partir de Aristóteles. Antes de Galileo se mantenía que había una diferencia radical entre las regiones situadas debajo de la Luna y las regiones de la Luna para arriba. En las regiones por debajo de ella, la esfera «sublunar», había cambio y decadencia; el movimiento «natural» de los cuerpos era rectilíneo, pero cualquier cuerpo en movimiento, si se le dejaba librado a sí mismo, aminoraba gradualmente su velocidad y al cabo se detenía. De la Luna hacia arriba, por el contrario, el movimiento «natural» de los cuerpos era circular, o compuesto de movimientos circulares, y en el cielo no existían el cambio y la decadencia, aparte de los cambios periódicos de las órbitas de los cuerpos celestes. Los

movimientos de los cuerpos celestes no eran espontáneos, sino que les eran transmitidos desde el *primum mobile*, que era la más exterior de las esferas móviles y que, a su vez, recibía su movimiento del Movedor Inmovido, es decir, Dios. Nadie pensaba en apelar a la observación; por ejemplo, se afirmaba que un proyectil se movía primero horizontalmente un trecho, y luego, de pronto, comenzaba a caer verticalmente, aunque habría podido suponerse que cualquiera que contemplara una fuente habría visto que las gotas se mueven en curvas. Los cometas, puesto que aparecen y desaparecen, tenían que suponerse existentes entre la Tierra y la Luna, porque, si hubiesen estado por encima de la Luna, tendrían que haber sido indestructibles. Es evidente que nada podía sacarse de tal batiburrillo. Galileo unificó los principios que gobiernan la tierra y el cielo por medio de su ley de la inercia, según la cual un cuerpo, una vez que está en movimiento, no se detendrá por sí mismo, sino que seguirá moviéndose a velocidad constante, en línea recta, ya se encuentre en la Tierra o en una de las esferas celestes. Este principio hizo posible desarrollar una ciencia de los movimientos de la materia, sin tener en cuenta ninguna supuesta influencia de la mente o del espíritu, y así sentó los cimientos de

la física puramente materialista, en la que los hombres de ciencia, por piadosos que fuesen, han creído desde entonces.

Del siglo XVII en adelante, se ha hecho cada vez más evidente que, si queremos entender las leyes naturales, debemos librarnos de toda clase de prejuicios éticos y estéticos. Debemos dejar de pensar que las cosas nobles tienen causas nobles, que las cosas inteligentes tienen causas inteligentes, o que el mismo orden es imposible sin un policía celestial. Los griegos admiraban el Sol y la Luna y los planetas, y suponían que eran dioses; Plotino explica cuán superiores son a los seres humanos en sabiduría y virtud. Anaxágoras, que enseñaba en forma distinta, fue perseguido por irreligiosidad y obligado a huir de Atenas. Los griegos también se permitieron pensar que, puesto que el círculo es la figura más perfecta, los movimientos de los cuerpos celestes tienen que ser movimientos circulares o derivados de ellos. Toda parcialidad de esta clase tuvo que ser descartada por la astronomía del siglo XVII. El sistema copernicano demostró que la Tierra no es el centro del universo, y sugirió a algunos espíritus audaces que quizás el hombre no fuese el supremo propósito del Creador. No obstante, en general los astrónomos eran gente piadosa, y

hasta el siglo XIX muchos de ellos, salvo en Francia, creían en el Génesis.

Fueron la geología, Darwin y la doctrina de la evolución los que primero desequilibraron la fe de los británicos en la ciencia. Si el hombre se había desarrollado, en gradaciones insensibles, a partir de formas inferiores de vida, muchas cosas resultaban sumamente difíciles de entender. ¿En qué momento de la evolución adquirieron nuestros antepasados el libre albedrío? ¿En qué etapa del largo viaje desde la ameba comenzaron a tener alma inmortal? ¿Cuándo se hicieron capaces de las clases de perversidad que justificasen que un Creador benévolo les enviase al tormento eterno? La mayoría de las personas sentían que tal castigo sería duro para los monos, a despecho de la propensión de éstos a arrojar cocos sobre la cabeza de los europeos. Pero, ¿y qué sucede con el *Pithecanthropus erectus*? ¿Fue realmente él quien se comió la manzana? ¿O fue el *Homo pekiniensis*? ¿O fue quizás el hombre de Piltdown? Yo fui en una ocasión a Piltdown, pero no vi rastro alguno de una especial depravación en esa aldea, ni encontré ninguna señal de que hubiese cambiado apreciablemente desde la era prehistórica. ¿Quizá fue entonces el hombre de Neanderthal el primero que pecó? Esto parece lo

más probable, ya que vivía en Alemania. Pero, evidentemente, no puede haber respuesta para tales preguntas, y los teólogos que no rechazan del todo la evolución han tenido que efectuar profundos reajustes.

Una de las «grandes» concepciones que han resultado ser científicamente inútiles es la del alma. No me refiero a que existan pruebas positivas que demuestren que los hombres no tienen alma; sólo digo que el alma, si existe, no desempeña papel alguno en ninguna ley causal descubrible. Hay toda clase de métodos experimentales para determinar cómo se comportan los hombres y los animales en determinadas circunstancias. Se puede poner a ratas en laberintos y a hombres en jaulas rodeadas de alambre espinoso, y observar sus métodos de huida. Se les puede administrar drogas y observar su efecto. Se puede convertir a una rata macho en hembra, aunque hasta ahora nada análogo se ha hecho con los seres humanos, ni siquiera en Buchenwald. Parece que la conducta socialmente indeseable puede ser tratada por medios médicos, o creando un mejor ambiente, y el concepto del pecado ha llegado a parecer, de tal modo, completamente anticientífico, excepto, naturalmente, en lo referente a los nazis. Existen verdaderas esperanzas de que,

llegando a entender la ciencia del comportamiento humano, los gobiernos puedan ser más capaces aún de lo que lo son al presente de convertir a la humanidad en plebes de lunáticos feroces los unos con los otros. Claro que los gobiernos podrían hacer exactamente lo contrario y llevar a la raza humana a cooperar voluntariamente y alegremente en la tarea de hacerse feliz, en lugar de hacer desdichados a otros, pero sólo en el caso de que existiese un gobierno internacional con monopolio de las fuerzas armadas. Es dudoso que esto ocurra.

Esto me lleva a la segunda clase de ideas que han ayudado a la humanidad o pueden llegar a ayudarla con el tiempo; me refiero a las ideas morales, en oposición a las técnicas. Hasta ahora he considerado el creciente dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, que los hombres han extraído del conocimiento científico, pero esto, aunque es una precondición de muchas formas de progreso, no asegura por sí mismo nada deseable. Por el contrario, el actual estado del mundo y el temor a una guerra nuclear demuestran que el progreso científico sin su correspondiente progreso moral y político puede llegar solamente a aumentar la magnitud del desastre que quizá provoque una habilidad mal diri-

gida. En los momentos supersticiosos me siento tentado de creer en el mito de la Torre de Babel y de suponer que en nuestros días una impiedad similar pero mayor está a punto de ser castigada trágica y terriblemente. Quizá –tal me permito imaginar a veces– Dios no quiere que entendamos el mecanismo con el cual Él regula el universo material. Quizá los físicos nucleares han llegado tan cerca de los secretos definitivos que Él cree llegado el momento de contestar sus actividades. ¿Y qué método más sencillo podría Él emplear que el de dejarles llevar el ingenio hasta el punto de que exterminen a la especie humana? Si pudiese pensar que los ciervos y las ardillas, los ruiseñores y las alondras sobrevivirían, podría contemplar esta catástrofe con cierta ecuanimidad, ya que el hombre no se ha mostrado digno de ser el amo de la creación. Pero es de temer que la atroz alquimia de la bomba atómica destruya todas las formas de vida por igual, y que la Tierra sea para siempre un terrón muerto girando sin sentido alrededor de un Sol inútil. No conozco la causa inmediata que puede precipitar este interesante suceso. Quizá será una disputa en torno al petróleo persa, quizás un desacuerdo acerca del comercio chino, quizás una disputa entre judíos y mahometanos por el dominio

de Palestina. Cualquier persona patriótica puede pensar que se trata de problemas de tal importancia que hacen preferible la exterminación del género humano a una cobarde conciliación.

No obstante, en el caso de que hubiese entre mis lectores alguien a quien le agrade ver sobrevivir a la especie humana, puede valer la pena considerar el acopio de ideas morales que los grandes hombres han puesto en el mundo y que podrían, si se hiciese caso de ellas, asegurar la dicha en lugar de la desgracia para la masa de la humanidad.

El hombre, visto moralmente, es una extraña amalgama de ángel y demonio. Puede sentir el esplendor de la noche, la delicada belleza de las flores primaverales, la tierna emoción del amor paterno y la embriaguez del conocimiento intelectual. En momentos de discernimiento, le asaltan visiones acerca de cómo habría que vivir la vida y de cómo tendrían que ordenar los hombres su trato mutuo. El amor universal es una emoción que muchos han sentido, y que muchos más podrían sentir si el mundo lo hiciese menos difícil. Éste es un aspecto del cuadro. El otro es el de la crueldad, la codicia, la indiferencia y el orgullo indomable. Hombres, hombres completamente corrientes, obligan a los niños a mirar mientras violan a sus madres.

En procura de metas políticas, los hombres someten a sus oponentes a largos años de indecible angustia. Sabemos lo que los nazis hicieron a los judíos en Auschwitz. En crueldad ejercida sobre masas, la expulsión de alemanes ordenada por los rusos no es mucho menor que las atrocidades perpetradas por los nazis. ¿Y qué hay de nuestras propias y nobles personas? ¡Nosotros no haríamos tales cosas, oh, no! Pero gozamos con nuestros jugosos bistecs y nuestros panecillos calientes, mientras los niños alemanes mueren de hambre porque nuestros gobiernos no se atreverían a hacer frente a nuestra indignación, si nos pidieran que abandonáramos una parte de nuestros placeres. Si existiese un Juicio Final, como creen los cristianos, ¿cómo les parece que sonarían nuestras excusas ante ese tribunal definitivo?

A veces las ideas morales sirven a los acontecimientos políticos, y otras los superan. La fraternidad de los hombres es un ideal que debió su primera fuerza a sucesos políticos. Cuando Alejandro conquistó Oriente, puso manos a la obra para borrar la distinción entre griegos y bárbaros, sin duda porque su ejército griego y macedonio era demasiado pequeño para conservar por la fuerza tan vasto imperio. Obligó a sus oficiales a casarse con damas

aristocráticas bárbaras, en tanto que él mismo, para sentar un ejemplo doblemente excelente, se casaba con *dos* princesas bárbaras. De resultas de esta política, el orgullo y la exclusividad griegos disminuyeron, y la cultura griega se extendió a muchas regiones no habitadas por los griegos. Zenón, el fundador del estoicismo, que probablemente era un niño en la época de las conquistas de Alejandro, era fenicio, y pocos de los estoicos eminentes eran griegos. Fueron los estoicos quienes inventaron la concepción de la fraternidad de los hombres. Enseñaron que todos los hombres son hijos de Zeus, y que el sabio pasa por alto las distinciones entre griegos y bárbaros, esclavos y libres. Cuando Roma puso a todo el mundo civilizado bajo un solo gobierno, el medio político resultó favorable para la difusión de esa doctrina. En una nueva forma, más capaz de llegar a las emociones de los hombres y mujeres comunes, el cristianismo predicó una doctrina similar. Cristo dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», y cuando se le preguntó: «¿Quién es mi prójimo?», respondió con la parábola del buen samaritano. Si se quiere entender esta parábola tal como fue entendida por sus oyentes, es preciso sustituir «samaritano» por «alemán» o «japonés». Temo que muchos cristianos de ahora se mostrarían hostiles a

tal sustitución, porque les obligaría a comprender hasta qué punto se han apartado de las enseñanzas del fundador de su religión. Una doctrina similar había sido enseñada mucho antes por los budistas. Según éstos, Buda declaró que no podría ser dichoso mientras un solo hombres siguiese siendo desdichado. Podría parecer que estas elevadas enseñanzas tuvieron poco efecto en el mundo; en la India el budismo se extinguió, en Europa el cristianismo fue vaciado de todos los elementos que obtuvo de Cristo. Pero creo que éste sería un punto de vista superficial. El cristianismo, tan pronto como conquistó el estado, puso fin a los espectáculos de gladiadores, no porque fuesen crueles, sino porque eran idólatras. El resultado, sin embargo, fue disminuir la difundida educación de crueldad que degradaba al populacho de las ciudades romanas. El cristianismo hizo también mucho para suavizar la suerte de los esclavos. Estableció la caridad a gran escala e inauguró hospitales. Aunque la gran mayoría de los cristianos fracasó lamentablemente en materia de caridad cristiana, el ideal permaneció vivo y en todas las épocas inspiró a algunos notables santos. En una nueva forma, pasó al liberalismo moderno, y aún hoy inspira una gran parte de lo más esperanzador de nuestro sombrío mundo.

Los lemas de la Revolución Francesa, Libertad, Igualdad y Fraternidad, tienen orígenes religiosos. Ya he hablado de la Fraternidad. La Igualdad era la característica de las sociedades órficas de la antigua Grecia, de las que, indirectamente, surgió gran parte del dogma cristiano. En esas sociedades, los esclavos y las mujeres eran admitidos en iguales condiciones que los ciudadanos. La defensa que hizo Platón del voto para la mujer, que ha parecido sorprendente a algunos lectores modernos, deriva de las prácticas órficas. Los órficos creían en la transmigración de las almas y pensaban que un alma que en una vida habita el cuerpo de un esclavo puede, en otra, habitar el de un rey; ambos comparten la dignidad perteneciente a un alma inmortal, y ninguno, en religión, puede pretender nada más. Este punto de vista pasó del orfismo al estoicismo, y luego al cristianismo. Durante largo tiempo, su efecto práctico fue pequeño, pero después, cada vez que las circunstancias eran favorables, ayudó a provocar la disminución de las desigualdades del sistema social. Léase, por ejemplo, el *Diario* de John Woolman. John Woolman era un cuáquero, uno de los primeros norteamericanos en oponerse a la esclavitud. Sin duda los motivos reales de su oposición eran los sentimientos humanos, pero pudo fortalecer dichos

sentimientos y hacerlos más eficaces en la controversia apelando a las doctrinas cristianas, que sus vecinos no se atrevían a repudiar abiertamente.

La libertad, como ideal, ha tenido una historia sumamente variada. En la Antigüedad, Esparta, que era un estado totalitario, tenía tan poco interés en ella como los nazis, pero la mayoría de las ciudades-estado griegos permitían un grado de libertad que ahora consideraríamos excesivo y que, en efecto, así consideramos cuando es practicada por sus descendientes, en las mismas partes del mundo. La política era una cuestión de asesinatos y de ejércitos rivales, uno de ellos respaldando al gobierno y el otro compuesto por refugiados. Los refugiados se aliaban con frecuencia a los enemigos de su ciudad y entraban triunfalmente, pisándoles los talones a los conquistadores extranjeros. Todo el mundo hacía este tipo de cosas y, a despecho de muchas hermosas palabras que figuran en las obras de los historiadores modernos acerca de la lealtad griega a la ciudad-estado, nadie parecía ver tal conducta como especialmente nefanda. Eso era llevar la libertad al exceso, y condujo, por reacción, a la admiración hacia Esparta.

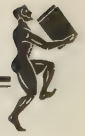
La palabra «libertad» ha tenido extraños significados en diferentes épocas. En Roma, en los últi-

mos días de la República y los primeros del Imperio, significaba el derecho de los poderosos senadores a saquear las provincias para su provecho personal. Bruto, a quien la mayoría de los lectores de habla inglesa conoce como el noble patriota del *Julio César* de Shakespeare, fue, en realidad, diferente. Prestaba dinero a las municipalidades, al sesenta por ciento de interés, y cuando no se le pagaban los intereses alquilaba un ejército extranjero para ponerles sitio, por lo cual su amigo Cicerón le censuró suavemente. En nuestros tiempos la palabra «libertad» tiene un sentido bastante similar cuando es utilizada por los magnates industriales. Dejando estas digresiones de lado, hay dos significados serios para la palabra «libertad». Por una parte, la libertad de una nación de la dominación extranjera, y, por la otra, la libertad de los ciudadanos para seguir su vocación. Ambas, en un mundo bien ordenado, deberían estar sometidas a limitaciones, pero desdichadamente la primera ha sido tomada en un sentido absoluto. Pronto volveré a este punto de vista; ahora quiero hablar de la libertad del ciudadano.

Esta clase de libertad entró primeramente en la política práctica en la forma de tolerancia religiosa, doctrina que llegó a ser ampliamente adoptada

en el siglo XVII gracias a la incapacidad de los protestantes y los católicos para exterminar al partido opuesto. Después de luchar los unos contra los otros durante cien años, culminando en el horror de la Guerra de los Treinta Años, y después de que pareció que de resultas de todo ese derramamiento de sangre el equilibrio de los partidos, a la postre, estaba casi exactamente donde había estado al comienzo, ciertos hombres de genio, en su mayoría holandeses, sugirieron que quizá toda la matanza había sido innecesaria, y que habría que permitirle a la gente pensar lo que quisiese en problemas tales como la consustanciación contra la transustanciación, o acerca de si el cáliz debía ser permitido a los legos. La doctrina de la tolerancia religiosa llegó a Inglaterra con el rey Guillermo El Holandés, conjuntamente con el Banco de Inglaterra y la deuda nacional. En rigor, los tres fueron producto de la mentalidad comercial.

El más grande de los defensores teóricos de la libertad en ese período fue John Locke, quien dedicó muchas cavilaciones al problema de reconciliar el máximo de libertad con el mínimo indispensable de gobierno, problema con el que sus sucesores en la tradición liberal han estado ocupados hasta nuestros días.



Además de la libertad religiosa, la libertad de prensa, de palabra y la referente a los arrestos arbitrarios llegaron a ser dadas por sentado durante el siglo XIX, por lo menos en las democracias occidentales. Pero su arraigo en las mentes de los hombres fue mucho más precario de lo que entonces se suponía, y ahora, en la mayor parte de la superficie de la tierra, nada queda de ellas, ni en la práctica ni en la teoría. Stalin no pudo respetar ni entender el punto de vista que llevó a Churchill a permitir ser pacíficamente depuesto de resultas de un voto popular. Yo soy un firme creyente en el gobierno democrático representativo como la mejor forma para los que poseen la tolerancia y el autodominio necesarios para hacerlo operativo. Pero sus defensores cometen un error si suponen que puede ser introducido de inmediato en países donde el ciudadano medio ha carecido hasta ahora de todo adiestramiento en el toma y daca que esa forma de gobierno requiere. En un país balcánico, no hace muchos años, un partido que había sido derrotado por un estrecho margen en unas elecciones generales volvió las tornas matando a una cantidad suficiente de representantes del otro partido como para recuperar la mayoría. La gente de Occidente lo creyó característico de los Balcanes, olvidando que

Cromwell y Robespierre habían actuado del mismo modo.

Todo esto me lleva al último par de grandes ideas políticas a las que la humanidad debe el poco éxito que ha logrado en materia de organización social. Me refiero a las ideas de ley y gobierno. De las dos, la del gobierno es la fundamental. El gobierno puede existir fácilmente sin ley, pero la ley no puede existir sin gobierno (hecho que fue olvidado por los que crearon la Liga de las Naciones y el Pacto Kellog). El gobierno puede ser definido como una concentración de las fuerzas colectivas de una comunidad en cierta organización, que, en virtud de tal concentración, puede fiscalizar a los ciudadanos y resistir a las presiones de estados extranjeros. La guerra ha sido siempre el principal promotor del poderío gubernamental. El control del gobierno sobre los ciudadanos es siempre mayor cuando hay guerra o inminente peligro de guerra que cuando la paz parece segura. Pero cuando los gobiernos han adquirido poder con vistas a resistir la agresión extranjera, lo suelen usar naturalmente, si pueden, para fomentar sus intereses personales a expensas de los ciudadanos. La monarquía absoluta fue, hasta hace poco, la forma más grosera de este abuso de poder. Pero en el estado tota-

litario moderno, el mismo mal ha sido llevado mucho más lejos de lo que pudieron soñar Jerjes o Nerón o cualquiera de los tiranos de tiempos primitivos.

La democracia fue inventada como recurso para conciliar el gobierno con la libertad. Resulta claro que el gobierno es necesario si se quiere que exista algo digno de ser llamado civilización, pero toda la historia demuestra que cualquier grupo de hombres a quienes se confía poder sobre otro grupo abusará de dicho poder si puede hacerlo con impunidad. La democracia está destinada a hacer que el ejercicio del poder por parte del hombre sea temporal y dependiente de la aprobación popular. Hasta donde consigue tal cosa, impide los peores abusos de poder. El segundo triunvirato de Roma, cuando necesitó dinero para luchar contra Casio y Bruto, hizo una lista de hombres acaudalados y los declaró enemigos públicos, les cortó la cabeza y se apoderó de sus propiedades. Esta clase de procedimiento no es posible en Estados Unidos ni en Inglaterra en la actualidad. Debemos el hecho de que no sea posible, no sólo a la democracia, sino también a la doctrina de la libertad personal. Esta doctrina, en la práctica, está compuesta de dos partes: por un lado, que un hombre no puede ser casti-

gado a no ser por un correcto proceso legal, y, por otro, que tiene que haber una esfera dentro de la cual las acciones de un hombre no estén sujetas a fiscalización gubernamental. Esta esfera incluye la libertad de palabra, la libertad de prensa y la libertad religiosa. Solía incluir también la libertad de actividad económica. Todas estas doctrinas, naturalmente, son llevadas a la práctica con ciertas limitaciones. Los británicos antiguamente no las observaban en sus tratos con la India. La libertad de prensa no es respetada en el caso de doctrinas que se consideran peligrosamente subversivas. La libertad de palabra no debe ejercerse para defender públicamente el asesinato de un político impopular. Pero a despecho de todas estas limitaciones, la doctrina de la libertad personal ha sido de gran valor en todo el mundo de habla inglesa, como cualquiera que viva en él reconocerá rápidamente cuando se encuentre en un estado policial.

En la historia de la evolución social se verá que, casi invariablemente, primero ha venido el establecimiento de algún tipo de gobierno, y luego los intentos de hacerlo compatible con la libertad personal. En los asuntos internacionales no hemos llegado aún a la primera etapa, aunque es ya evidente que el gobierno internacional es por lo menos

tan importante para la humanidad como el gobierno nacional. Creo que puede dudarse seriamente de si los próximos veinte años serían más desastrosos para el género humano, en el caso de que se aboliesen todos los gobiernos, de lo que lo serán si no se establece un gobierno internacional eficaz. A menudo oigo decir que un gobierno internacional resultaría opresivo, y no niego que así pueda ser, por lo menos por un tiempo, pero los gobiernos nacionales fueron opresivos cuando eran nuevos, y siguen siendo opresivos en muchos países, y, sin embargo, casi nadie, basándose en ello, abogaría por la anarquía dentro de una nación.

La vida social ordenada, de la clase que resulta deseable en algún grado, descansa sobre una síntesis y un equilibrio de ciertas ideas e instituciones lentamente desarrolladas: gobierno, ley, libertad individual y democracia. La libertad individual, por supuesto, existía en los siglos anteriores a la aparición del gobierno, pero, cuando existió sin gobierno, la vida civilizada fue imposible. Cuando surgieron los gobiernos, implicaron esclavitud, monarquía absoluta y, generalmente, el fomento de la superstición por un clero poderoso. Todos ellos fueron males grandísimos, y se puede entender la nostalgia de Rousseau por la vida del noble salva-

je. Pero ésta era una simple idealización romántica y, en rigor, la vida de un salvaje era, como dijo Hobbes, «fea, brutal y corta». La historia del hombre llega a grandes crisis ocasionales. Debió de haber una crisis cuando los monos perdieron la cola, y otra cuando nuestros antepasados comenzaron a caminar erguidos y perdieron su capa protectora de pelo. Como dije antes, la población humana del globo, que en un momento dado debió de ser muy pequeña, aumentó grandemente con la invención de la agricultura, y aumentó nuevamente en nuestra propia época gracias a la moderna técnica industrial y médica. Pero la técnica moderna nos ha puesto ante una nueva crisis. En esta nueva crisis nos vemos ante una alternativa: o el hombre se convierte otra vez en una especie rara, como en los tiempos del *Homo pekiniensis*, o debemos aprender a someternos a un gobierno internacional. Cualquier gobierno así, ya sea bueno, malo o mediocre, hará posible la continuación de la especie humana, y, así como en el curso de los cinco mil años pasados los hombres ascendieron gradualmente desde el despotismo de los faraones hasta las glorias de la Constitución estadounidense, así, quizás, en los próximos cinco mil ascenderán de un mal gobierno internacional a uno bueno. Pero si

no establecen ningún gobierno internacional, los nuevos progresos tendrán que iniciarse en un plano inferior, probablemente en el del salvajismo de tribu, y deberán comenzar después de una destrucción cataclísmica que sólo tendrá parangón con el relato bíblico del diluvio. Cuando examinamos el largo desarrollo de la humanidad, desde el raro animal perseguido, ocultándose precariamente en cavernas para escapar a la furia de animales salvajes que era incapaz de matar; subsistiendo dudosamente con los frutos crudos de la tierra que no sabía cultivar; reforzando los verdaderos terrores con los terrores imaginarios de los fantasmas y los malos espíritus y los encantamientos malignos; adquiriendo gradualmente el dominio de lo que le rodeaba por medio de la invención del fuego, de la escritura, de las armas y finalmente de la ciencia; construyendo una organización social que contuvo la violencia personal y proporcionó cierto margen de seguridad a la vida cotidiana; usando el tiempo libre conquistado por su habilidad, no en ocios, sino en la producción de belleza y en desvelar los secretos de la ley natural; aprendiendo poco a poco, aunque imperfectamente, a ver a un número creciente de sus prójimos como aliados en la tarea de la producción antes que como enemigos para los

intentos de mutua depredación..., cuando consideramos este largo y arduo periplo, se hace intolerable pensar que tenga que hacerse nuevamente desde el comienzo por no haber dado un paso para el cual los sucesos pasados, bien mirado, han sido una preparación. La cohesión social, que entre los monos está limitada a la familia, creció en los tiempos prehistóricos sólo hasta la tribu, y en los comienzos mismos de la historia llegó al nivel de los pequeños reinos del bajo y alto Egipto y de Mesopotamia. De esos pequeños reinos crecieron los imperios de la Antigüedad y luego, gradualmente, los grandes estados de nuestros días, mucho más grandes que el Imperio Romano. Sucesos muy recientes han despojado a los estados pequeños de toda independencia real, hasta que ahora sólo quedan dos que son totalmente capaces de autodirección independiente: me refiero, por supuesto, a Estados Unidos y la URSS. Lo único que es necesario para salvar a la humanidad del desastre es el paso para llegar de los dos estados independientes a uno, no por medio de la guerra, que acarrearía el desastre, sino por un acuerdo.

Si puede darse este paso, todos los grandes logros de la humanidad llevarán rápidamente a una era de felicidad y bienestar tales como jamás se ha soña-

do. Nuestra habilidad científica hará posible abolir la pobreza en todo el mundo sin exigir más de cuatro o cinco horas diarias de labor productiva. Las enfermedades, que han sido reducidas rápidamente en los últimos cien años, se reducirán más aún. El tiempo libre conseguido por medio de la organización y la ciencia será dedicado, sin duda, al goce puro, pero quedará cierta cantidad de personas para quienes la dedicación al arte y la ciencia parecerá importante. Habrá una nueva libertad de la esclavitud económica que supone la necesidad de mantenerse vivo, y la gran masa de la humanidad podrá gozar de la clase de intrepidez despreocupada que caracteriza a los ricos jóvenes atenienses de los *Diálogos* de Platón. Todo esto se encuentra fácilmente dentro de los límites de la posibilidad técnica. Sólo requiere para su realización una cosa: que los hombres que detentan el poder, y las poblaciones que les respaldan, piensen que es más importante mantenerse vivos que provocar la muerte a sus enemigos. No se trata de un ideal muy elevado o difícil, se pensará, pero es un ideal que hasta ahora ha demostrado estar más allá del alcance de la inteligencia humana.

El momento actual es el más importante y más crucial al que jamás se ha enfrentado la humani-

dad. De la sabiduría colectiva que demostremos durante los próximos veinte años depende el que la humanidad quede sumida en un desastre sin parangón o que alcance un nuevo nivel de dicha, seguridad, bienestar e inteligencia. No sé qué es lo que escogerá la humanidad. Hay graves motivos de temor, pero existen bastantes posibilidades de una buena solución, que hacen que las esperanzas no resulten irracionales. Y sobre tales esperanzas debemos actuar.

Ideas que han perjudicado a la humanidad

Las desdichas de los seres humanos pueden ser divididas en dos clases: primera, las infligidas por el medio no humano, y, segunda, las infligidas por otras personas. A medida que la humanidad ha progresado en conocimientos y técnica, la segunda se ha convertido en un porcentaje continuamente creciente del total. En tiempos antiguos, el hambre, por ejemplo, se debía a causas naturales, y, aunque las gentes hacían lo posible para combatirla, grandes cantidades de ellas morían de inanición. En el momento actual, muchas partes del mundo se ven enfrentadas a la amenaza del hambre, pero, aunque las causas naturales han contribuido a la situación, las principales causas son humanas. Durante seis años las naciones civilizadas del mundo emplearon sus mejores energías en matarse mutuamente, y les resulta difícil dedicarse de pronto a mantenerse vivas las unas a las otras. Habiendo des-

truido cosechas, desmantelado las maquinarias agrícolas y desorganizado los transportes marítimos, no les resulta tarea fácil aliviar la escasez de cosechas en un lugar con los excedentes de otro, como se haría con sencillez si el sistema económico funcionase normalmente. Como demuestra este ejemplo, ahora el hombre es el peor enemigo del hombre. Es cierto que la naturaleza todavía sigue cuidando de que seamos mortales, pero con los progresos efectuados en medicina se hará cada vez más corriente que la gente viva hasta que se haya cansado de vivir. Se supone que deseamos vivir eternamente y que ansiamos los eternos goces del cielo, en los cuales, por milagro, jamás hará presa la monotonía. Pero, en rigor, si se interroga a cualquier persona sincera que no sea ya joven, lo más probable es que le conteste que, habiendo probado la vida de este mundo, no tiene deseos de volver a comenzar como «un nuevo niño» en otra. Por lo tanto, para el futuro, puede darse por supuesto que muchos de los más importantes males que afectan a la humanidad son aquellos que los hombres se infligen los unos a los otros, por estupidez, por malevolencia, o por ambas causas.

Creo que los males que los hombres se infligen mutuamente, y por reflejo a sí mismos, tienen su

principal raíz en las malas pasiones antes que en las ideas o creencias. Pero las ideas y los principios perjudiciales son, por lo general, aunque no siempre, disfraces que enmascaran las malas pasiones. En Lisboa, cuando los herejes eran quemados en público, ocurría a veces que uno de ellos, gracias a una retractación especialmente edificante, recibía la merced de ser estrangulado antes de ser puesto en la hoguera. Esto enfurecía de tal modo a los espectadores que las autoridades se veían en grandes dificultades para impedirles que lincharan al penitente y le quemaran por su propia cuenta. El espectáculo de los contorsionados tormentos de la víctima era, en efecto, uno de los principales placeres que el populacho ansiaba para animar una existencia un tanto opaca. No dudo de que este placer haya contribuido grandemente a la creencia general de que la quema de los herejes era un acto de justicia. Lo mismo rige para la guerra. Las personas vigorosas y brutales encuentran a menudo placentera la guerra, siempre que se trate de una guerra victoriosa y no se obstaculicen mucho las violaciones y saqueos. Esto ayuda mucho a convencer a la gente de que la guerra es justa. El doctor Arnold, el protagonista de *La época escolar de Tom Brown* y admirado reformador de escuelas públi-

cas, conoció a algunos chiflados que consideraban un error azotar a los chicos. Cualquiera que lea su estallido de furiosa indignación contra esta opinión, se verá obligado a concluir que le agradaba propinar zurras y no quería que se le privara de este placer.

Sería fácil multiplicar los ejemplos en apoyo de la tesis de que las opiniones que justifican la crueldad son inspiradas por impulsos crueles. Cuando pasamos revista a las opiniones de tiempos anteriores, que ahora son reconocidas como absurdas, descubrimos que nueve veces de cada diez justificaban la imposición de sufrimientos. Tómese, por ejemplo, la práctica médica. Cuando se inventaron los anestésicos, se creyó que eran perversos, ya que constituían un intento de impedir la voluntad de Dios. Se pensaba que la locura era debida a la posesión diabólica, y se afirmaba que los demonios que habitaban a un loco podían ser expulsados haciéndole daño, con lo que los demonios se sentían incómodos. En aplicación de esta opinión, los locos fueron tratados durante muchos años con sistemática y consciente brutalidad. No se me ocurre ningún ejemplo de un tratamiento médico erróneo que fuese agradable para el paciente en lugar de serle desagrada-

ble. O bien tómese la educación moral. Considérese cuánta brutalidad ha sido justificada por el dístico:

> Un perro, una esposa y un nogal,
> cuanto más se les apalea mejor están.

No tengo experiencia alguna en cuanto al efecto moral de la flagelación sobre los nogales, pero ninguna persona civilizada justificaría ahora esos versos en lo referente a las esposas. El efecto reformatorio del castigo es una creencia que se resiste a morir, principalmente, creo, porque resulta satisfactoria para nuestros impulsos sádicos.

Pero aunque las pasiones han tenido mucho más que ver que las creencias en cuanto a lo que anda mal en la vida humana, las creencias, particularmente cuando son antiguas y sistemáticas y están corporizadas en organizaciones, tienen un gran poder para demorar los deseables cambios de opinión y para influir en la dirección errónea sobre personas que de otro modo no tendrían sentimientos fuertes ni en un sentido ni en el otro. Puesto que mi tema es «*Ideas* que han perjudicado a la humanidad», consideraré en especial los sistemas de creencias perjudiciales.

El caso más evidente en lo que respecta a la historia pasada está constituido por las creencias que pueden ser denominadas religiosas o supersticiosas, según el prejuicio personal de cada uno. Se suponía que los sacrificios humanos mejorarían las cosechas, al principio por motivos puramente mágicos y luego porque se creía que la sangre de las víctimas era agradable para los dioses, que, por cierto, estaban hechos a imagen de los adoradores. En el Antiguo Testamento leemos que era un deber religioso eliminar completamente a los pueblos conquistados, y que era una impiedad perdonar siquiera a sus vacas y ovejas. Oscuros terrores y desdichas en la vida futura oprimían a los egipcios y etruscos, pero no llegaron a su completo desarrollo hasta la victoria del cristianismo. Los torvos santos que se abstenían de todos los placeres de los sentidos, que vivían en el desierto, en soledad, privándose de carne y vino y del trato con mujeres, no estaban, sin embargo, obligados a abstenerse de *todos* los placeres. Los placeres de la mente eran considerados superiores a los del cuerpo, y entre los primeros se asignaba un lugar destacado a la contemplación de las torturas eternas a que los paganos y los herejes serían sometidos en el futuro. Uno de los inconvenientes del ascetismo es que no ve ningún daño

en placeres que no sean los de los sentidos, y sin embargo, en rigor, no sólo los mejores placeres, sino también los peores, son puramente mentales. Piénsese en los placeres del Satán de Milton, cuando reflexiona sobre el daño que puede hacer al hombre. Como le hace decir Milton:

> La mente es su lugar, y por sí sola
> puede hacer un infierno del cielo,
> y del infierno un cielo.

Y su psicología no es muy distinta de la de Tertuliano, alborozado al pensar que podrá contemplar, desde el cielo, los sufrimientos de los condenados. El desprecio ascético hacia los placeres de los sentidos no ha creado bondad ni tolerancia, ni ninguna otra de las virtudes que una visión no supersticiosa de la vida humana nos llevaría a desear. Por el contrario, cuando un hombre se tortura a sí mismo, siente que ello le da derecho a torturar a otros y le inclina a aceptar cualquier sistema de dogma por medio del cual quede fortalecido tal derecho.

La forma ascética de la crueldad no se limita, desdichadamente, a las formas más feroces del dogma cristiano, que ahora muy pocas veces son creídas con su antigua ferocidad. El mundo ha pro-

ducido nuevas y amenazadoras formas del mismo esquema psicológico. Los nazis, en los días anteriores a su ocupación del poder, vivían una vida laboriosa que implicaba mucho sacrificio de comodidades y de placeres, obedeciendo a su creencia en el esfuerzo y a la máxima de Nietzsche de que uno debe endurecerse. Aun después de alcanzar el poder, el lema «mejor cañones que manteca» seguía implicando un sacrificio de los placeres de los sentidos por los placeres mentales de la victoria en perspectiva (los mismos placeres, en rigor, con que se consuela el Satán de Milton mientras es torturado por los fuegos del infierno). La misma mentalidad puede encontrarse entre los comunistas sinceros, para quienes el lujo es un mal, el trabajo intenso el principal deber y la pobreza universal el medio de alcanzar el milenio. La combinación de ascetismo y crueldad no ha desaparecido con la suavización del dogma cristiano, sino que ha adquirido nuevas formas hostiles al cristianismo. Todavía queda mucho de la misma mentalidad: la humanidad está dividida en santos y pecadores; los santos alcanzarán la bienaventuranza en el cielo nazi o comunista, en tanto que los pecadores serán liquidados, o sufrirán los tormentos que los seres humanos puedan infligirles en los campos de concen-

tración: tormentos inferiores, claro, a los que se pensaba que la Omnipotencia podía infligir en el infierno, pero los peores que los seres humanos, con sus limitados poderes, están en condiciones de inventar. Aún hay para los santos un duro período de prueba, seguido por «el grito de los que triunfan, la canción de los que festejan», como dice el himno cristiano al describir las alegrías del cielo.

Como este molde psicológico parece tan persistente y tan capaz de revestirse de capas de dogma completamente nuevas, debe de tener sus raíces muy hondamente arraigadas en la naturaleza humana. Ésta es la clase de problema que estudian los psicoanalistas, y si bien yo estoy muy lejos de aceptar todas sus doctrinas, creo que, en general, sus métodos son importantes si queremos buscar la raíz del mal en nuestras profundidades más íntimas. Las concepciones gemelas del pecado y del castigo vengativo parecen encontrarse en la raíz de mucho de lo que es más vigoroso, tanto en religión como en política. No puedo creer, como hacen algunos psicoanalistas, que el sentimiento de pecado sea innato, si bien creo que es un producto de la primera infancia. Creo que si este sentimiento fuese desarraigado, la cantidad de crueldad en el mundo disminuiría grandemente. Suponiendo que

todos somos pecadores y todos merecemos castigo, es evidente que puede decirse mucho en favor de un sistema que hace que el castigo recaiga sobre otros y no sobre nosotros mismos. Los calvinistas, gracias al fiat de la clemencia inmerecida, iban al cielo, y sus sentimientos de que el pecado merecía castigo recibían una satisfacción puramente sustitutiva. Los comunistas tienen un concepto similar. Cuando nacemos, no elegimos si tenemos que nacer capitalistas o proletarios, pero si somos lo último nos encontramos entre los elegidos, y si lo primero, no. Sin elección alguna de nuestra parte, gracias al funcionamiento del determinismo económico, nos vemos destinados a encontrarnos en el bando correcto, en un caso, o en el lado equivocado, en el otro. El padre de Marx se hizo cristiano cuando Marx era un chiquillo, y aceptó algunos, por lo menos, de los dogmas que parecen haber dado frutos en la psicología de su hijo.

Uno de los extraños efectos de la importancia que cada uno de nosotros se asigna a sí mismo es el de que tendemos a imaginar nuestra propia buena o mala fortuna como el propósito de las acciones de otras personas. Si uno pasa en tren por un campo en el que pastan algunas vacas, podrá verlas, a veces, huir aterrorizadas ante el paso del tren.

Si la vaca fuera un metafísico, argumentaría: «Todo, en mis deseos, esperanzas y temores, tiene referencia a mí misma; de ahí, por inducción, afirmo que todo en el universo tiene relación conmigo. Por lo tanto, este ruidoso tren tiene la intención de hacerme un bien o un mal. No puedo suponer que quiera hacerme un bien, puesto que llega en forma tan aterradora, y, en consecuencia, como vaca prudente que soy, trataré de escapar de él». Si uno le explicara a este rumiante metafísico que el tren no tiene intención alguna de salirse de los rieles y que el destino de la vaca le es totalmente indiferente, el pobre animal quedaría desconcertado por una cosa tan poco natural. El tren que no le desea ni bien ni mal le parecería más frío y abismalmente terrorífico que un tren que le desease mal. Esto mismo ha sucedido con los seres humanos. El curso de la naturaleza les acarrea unas veces mala suerte, otras buena. No pueden creer que ello suceda por accidente. La vaca, habiendo conocido a una compañera que llegó hasta las vías y fue matada por un tren, proseguiría sus reflexiones filosóficas, si estuviese dotada del moderado grado de inteligencia que caracteriza a la mayor parte de los seres humanos, hasta el punto de sacar en conclusión que la desdichada vaca había sido castigada por sus pecados

por el dios del ferrocarril. Se alegraría cuando los sacerdotes de éste pusiesen vallas a lo largo de la línea férrea, y aconsejaría a las vacas más jóvenes y más retozonas que jamás aprovechasen las aberturas accidentales de la valla, ya que la recompensa del pecado es la muerte. Por medio de mitos similares, los hombres han conseguido, sin sacrificar la sensación de su propia importancia, explicar muchas de las desdichas a las que se ven sometidos. Pero a veces las desdichas acaecen a los absolutamente virtuosos, ¿y qué podemos decir en esos casos? Aun entonces nuestra sensación de que somos el centro del universo nos impedirá admitir que la desgracia nos sucedió sin que nadie tuviera la intención de que sucediera, y, puesto que no somos malvados por hipótesis, nuestra desdicha tiene que deberse a la malevolencia de alguien, es decir, al hecho de que alguien quiere herirnos por puro odio, no en la esperanza de lograr alguna ventaja para sí. Fue este estado mental el que dio nacimiento a la demonología y a la creencia en la brujería y la magia negra. La bruja es una persona que perjudica a sus prójimos por puro odio, no por deseo ninguno de ganancia. La creencia en la brujería, hasta mediados del siglo XVII, proporcionó una salida sumamente satisfactoria para la deliciosa emo-

ción de la crueldad nacida de la convicción de la propia virtuosidad. Había un respaldo bíblico para la creencia, ya que la Biblia dice: «No permitirás que una bruja viva».Y basándose en esto la Inquisición castigó, no sólo a las brujas, sino también a los que no creían en la posibilidad de la brujería, ya que no creer era herejía. La ciencia, al proporcionar algún conocimiento sobre la causación natural, disipó la creencia en la magia, pero no pudo disipar totalmente el temor y la sensación de inseguridad que la habían hecho surgir. En los tiempos modernos, estas mismas emociones encuentran una válvula de escape en el temor hacia las naciones extranjeras, válvula que, es preciso confesarlo, no necesita gran cosa en materia de respaldo supersticioso.

Una de la fuentes más poderosas de falsas creencias es la envidia. En cualquier pueblecito se encontrará, si se interroga a los relativamente acomodados, que todos exageran los ingresos de los vecinos, lo que les proporciona una oportunidad para justificar cualquier acusación de tacañería. Los celos entre las mujeres son proverbiales, pero en cualquier oficina grande se descubrirá exactamente la misma clase de celos entre los funcionarios. Cuando uno de ellos consigue un ascenso, los otros dicen:

«¡Hmmm! Fulano de Tal sabe cómo congraciarse con los jefazos. Yo podría haber ascendido tan rápidamente como él, si hubiese querido rebajarme usando las artes serviles de las que no se avergüenza. Sin duda su trabajo tiene una brillante apariencia, pero carece de solidez, y más tarde o más temprano las autoridades descubrirán el error que han cometido». Lo mismo dirán todos los hombres mediocres, si se permite que un hombre realmente capaz ascienda tan rápidamente como merece su talento, y es por eso por lo que existe una tendencia a adoptar la regla de la antigüedad, que, dada su desvinculación con el mérito, no provoca el mismo envidioso descontento.

Uno de los más desdichados resultados de nuestra propensión a la envidia es el de haber causado una concepción completamente errónea del propio interés económico, tanto individual como nacional. Voy a explicarlo mediante una parábola. Hubo en una ocasión un pueblo de tamaño mediano en el que habitaban varios carniceros, varios panaderos, y así sucesivamente. Un carnicero, que era excepcionalmente dinámico, decidió que obtendría mayores ganancias si todos los demás carniceros quedaban arruinados y él se convertía en un monopolista. Vendiendo sistemáticamente a

precios menores que ellos, consiguió su objetivo, aunque, entretanto, sus pérdidas agotaron su capital y su crédito. Al mismo tiempo, un panadero dinámico había tenido la misma idea y la había puesto en práctica con éxito similar. Lo mismo había ocurrido en todos los oficios basados en vender mercancías a los consumidores. Cada uno de los exitosos monopolistas tuvo la dichosa esperanza de amasar una fortuna, pero, por desgracia, los carniceros arruinados no estaban ya en condiciones de comprar pan, y los panaderos arruinados no podían ya comprar carne. Sus empleados tuvieron que ser despedidos, y se habían ido a otros lugares. La consecuencia fue que, aunque el carnicero y el panadero tenían, cada uno, un monopolio, vendían menos que en tiempos anteriores. Habían olvidado que si bien un hombre puede ser perjudicado por sus competidores, se beneficia de sus compradores, y que los compradores se hacen más numerosos cuando aumenta el nivel de prosperidad general. La envidia les había hecho concentrar la atención sobre los competidores y olvidar por completo esa parte de su prosperidad que dependía de los compradores.

Ésta es una fábula, y jamás existió el pueblo del que he hablado, pero pónganse el mundo en lugar

del pueblo, y las naciones en lugar de los individuos, y se tendrá un perfecto cuadro de la política económica que se pone universalmente en práctica en la actualidad. Cada nación está persuadida de que su interés económico se opone al de todas las demás naciones, y de que redundará en su beneficio el que las otras naciones queden reducidas a la pobreza. Durante la Primera Guerra Mundial solía oír a los ingleses decir cuán inmensamente se beneficiaría el comercio británico con la destrucción del comercio alemán, cosa que sería uno de los principales frutos de nuestra victoria. Después de la guerra, aunque nos habría agradado encontrar un mercado en el continente europeo, y aunque la vida industrial de la Europa occidental dependía del carbón del Rhur, no pudimos obligarnos a permitir que la industria carbonera del Rhur produjese más que una minúscula fracción de lo que producía antes de que los alemanes fuesen derrotados. Toda la filosofía del nacionalismo económico, que ahora es universal en todo el mundo, se basa en la falsa creencia de que el interés económico de una nación se opone necesariamente al de las otras. Esta falsa creencia, al producir odios y rivalidades internacionales, es una causa de guerra, y en esta forma tiende a hacerse cierta, puesto que,

una vez que ha estallado la guerra, el conflicto de los intereses nacionales se torna demasiado real. Si uno trata de explicarle a alguien que, digamos, trabaja en la industria del acero, que es posible que la prosperidad de otros países sea ventajosa para él, descubrirá que es completamente imposible hacerle entender el argumento, porque los únicos extranjeros de quienes tiene vívidamente conciencia son sus competidores de la industria del acero. Los demás extranjeros son seres vagos en quienes no tiene ningún interés emocional. Ésta es la raíz psicológica del nacionalismo económico, y de la guerra y del hambre provocada por el hombre y de todos los demás males que llevarán a nuestra civilización a un fin desastroso y desdichado si no puede convencerse a los hombres de que adopten un punto de vista más amplio y menos histérico en sus relaciones mutuas.

Otra pasión que da nacimiento a falsas creencias políticamente perjudiciales es el orgullo: el orgullo de nacionalidad, raza, sexo, clase o credo. Cuando yo era joven, Francia era considerada aún como la enemiga tradicional de Inglaterra, y yo suponía, como una verdad incuestionable, que un inglés podía vencer a tres franceses. Cuando Alemania se convirtió en la enemiga, esta creencia fue

modificada y el pueblo inglés dejó de mencionar despectivamente la propensión francesa a comer ranas. Pero, a despecho de los esfuerzos gubernamentales, creo que pocos ingleses llegaron a considerar genuinamente a los franceses como sus iguales. Los estadounidenses y los ingleses, cuando conocen los Balcanes, sienten un asombrado desdén al estudiar las enemistades mutuas de búlgaros y serbios, de húngaros y rumanos. Les resulta evidente que esas enemistades son absurdas y que la creencia de cada pequeña nación en su propia superioridad carece de base objetiva. Pero la mayoría de ellos no logra ver que el orgullo nacional de una gran potencia es esencialmente tan injustificable como el de un pequeño país balcánico.

El orgullo de raza es aún más perjudicial que el orgullo nacional. Cuando me encontraba en China me impresionó el hecho de que los chinos cultos eran quizá más altamente civilizados que cualesquiera otros seres humanos que haya tenido la suerte de conocer. No obstante, conocí a muchos groseros e ignorantes hombres blancos que despreciaban incluso a los mejores chinos, únicamente porque la piel de éstos era amarilla. En general, los británicos eran más censurables en este sentido que los estadounidenses, pero había excepciones.

En una oportunidad me encontraba en compañía de un erudito chino de vasta cultura, no sólo de la cultura tradicional china, sino también de la que se enseñaba en las universidades occidentales, un hombre de una amplitud de ilustración que yo apenas tenía la esperanza de igualar. Él y yo entramos juntos en un garaje para alquilar un automóvil. El propietario del garaje era un mal tipo de norteamericano, y trató a mi amigo chino como si fuese basura, acusándole desdeñosamente de ser japonés; su ignorante malevolencia me hizo hervir la sangre. La similar actitud de los ingleses en la India, exacerbada por su poder político, fue una de las principales causas de la fricción que surgió en este país entre los británicos y los hindúes educados. Pocas veces se cree en la superioridad de una raza con respecto a otra por algún buen motivo. Cuando la creencia persiste, es mantenida viva por la supremacía militar. Mientras los japoneses fueron victoriosos, alentaron hacia los hombres blancos un desprecio que era la contraparte del desdén que los blancos habían sentido hacia ellos mientras ellos eran débiles. A veces, sin embargo, el sentimiento de superioridad no tiene nada que ver con las proezas militares. Los griegos despreciaban a los bárbaros, aun en las ocasiones en que éstos los superaban

en poderío militar. Los más esclarecidos entre los griegos sostenían que la esclavitud era justificable mientras los amos fuesen griegos y los esclavos bárbaros, pero que de otro modo era contraria a la naturaleza. Los judíos, en la Antigüedad, tenían una creencia bastante peculiar en su propia superioridad racial; desde que el cristianismo se convirtió en la religión del estado, los gentiles han sustentado una creencia igualmente irracional en su superioridad con respecto a los judíos. Las creencias de este tipo hacen un daño infinito, y una de las metas de la educación debería ser –pero no es– desarraigarlas. Hace un momento hablé de la actitud de superioridad que los ingleses se permitieron en sus tratos con los habitantes de la India, tratos que, naturalmente, despertaron resentimiento en ese país, pero el sistema de castas nació de resultas de sucesivas invasiones de razas «superiores» del norte, y en todos los sentidos es tan objetable como la arrogancia blanca.

La creencia en la superioridad del sexo masculino, que ahora ha desaparecido oficialmente en las naciones de Occidente, es un curioso ejemplo del pecado de orgullo. Creo que nunca hubo motivo alguno para creer en alguna superioridad innata del macho, salvo en relación con su musculatura supe-

rior. Recuerdo que en una oportunidad fui a un lugar donde había toros de raza, y lo que hacía que un toro fuese ilustre eran las cualidades lecheras de sus antepasados femeninos. Pero si los toros hubiesen dibujado sus árboles genealógicos, todo habría sido distinto. No se habría dicho una palabra sobre los antepasados femeninos, salvo que eran dóciles y virtuosos, en tanto que los antecesores masculinos habrían sido celebrados por su supremacía en el combate. En el caso del ganado vacuno, podemos adoptar una opinión desinteresada acerca de los méritos relativos de los sexos, pero en el caso de nuestra propia especie ello nos resulta un poco más difícil. En épocas anteriores se demostraba fácilmente la superioridad masculina, porque si una mujer ponía en duda la de su esposo, éste podía apalearla. De la superioridad en este sentido se creía que surgían todas las demás. Los hombres eran más razonables que las mujeres, tenían más inventiva, se dejaban arrastrar menos por las emociones, y así sucesivamente. Los anatomistas, hasta que las mujeres tuvieron derecho al voto, desarrollaron una gran cantidad de ingeniosos argumentos, a partir del estudio del cerebro, para demostrar que las capacidades intelectuales del hombre tenían que ser superiores a las de la mujer. Por el contrario, se

demostró que todos esos argumentos eran falaces, pero siempre daban lugar a otros, de lo que se extraían las mismas conclusiones. Solía sostenerse que el feto masculino adquiere un alma al cabo de seis semanas, en tanto que el femenino sólo lo logra después de tres meses. Esta opinión también ha sido abandonada desde que las mujeres conquistaron el voto. Tomás de Aquino afirma entre paréntesis, como algo del todo evidente, que los hombres son más racionales que las mujeres. Por mi parte, no veo evidencia alguna de ello. Unos pocos individuos tienen unos leves atisbos de racionalidad en ciertos sentidos, pero, hasta donde llegan mis observaciones, tales atisbos no son más corrientes entre los hombres que entre las mujeres.

La dominación masculina ha tenido algunos desdichados efectos. Ha hecho de la más íntima de las relaciones humanas, la del matrimonio, una relación de amo y esclavo en lugar de convertirla en relación de compañeros iguales. Hizo innecesario que el hombre agradase a la mujer para adquirirla como su esposa, y, de tal modo, limitó las artes del galanteo a las relaciones irregulares. Con el enclaustramiento a que obligó a las mujeres respetables, las convirtió en aburridas y poco interesantes; las únicas mujeres que podían ser interesantes y aventu-

reras eran marginadas sociales. Debido al aburrimiento de las mujeres respetables, la mayor parte de los hombres civilizados de la mayoría de los países civilizados se volvían a menudo homosexuales. Debido al hecho de que no había igualdad en el matrimonio, los hombres se confirmaban en sus costumbres dominadoras. Todo esto ha terminado, más o menos, en los países civilizados, pero pasará mucho tiempo antes de que los hombres o las mujeres aprendan a adaptar por completo su comportamiento al nuevo estado de cosas. La emancipación siempre tuvo al principio malos efectos; deja heridos a los antiguos superiores y lleva a los inferiores a hacer sentir sus derechos. Pero es de esperar que el tiempo traerá la adaptación, en este problema como en otros.

Otra clase de superioridad que desaparece rápidamente es la de clase, que ahora sólo sobrevive en la Rusia soviética. En ese país el hijo de un proletario tiene ventajas sobre el hijo de un burgués, pero en el resto del mundo tales privilegios hereditarios son considerados injustos. La desaparición de las distinciones de clase está, sin embargo, lejos de ser completa. En Estados Unidos todos opinan que no tienen superiores sociales, puesto que todos los hombres son iguales, pero no admiten que no ten-

gan inferiores sociales, porque, de la época de Jefferson en adelante, la doctrina de que todos los hombres son iguales se aplica sólo hacia arriba, no hacia abajo. Hay, en este tema, una profunda y difundida hipocresía cada vez que la gente habla en términos generales. Lo que realmente piensan y sienten puede ser descubierto leyendo novelas de segunda fila, en las que se encuentra que es espantoso haber nacido del lado erróneo de las vías férreas y que se hace tanto alboroto por una *mésalliance* como el que solía hacerse en una pequeña corte alemana. Mientras sobrevivan las grandes desigualdades de riqueza, no es fácil ver cómo podría cambiar esto. En Inglaterra, donde el esnobismo está profundamente arraigado, la igualación de ingresos provocada por la guerra ha tenido un hondo efecto, y entre los jóvenes la vanidad de sus mayores ha comenzado a parecer un tanto ridícula. Todavía existe una muy grande proporción de lamentable vanidad en Inglaterra, pero está más relacionada con la educación y la forma de hablar que con los ingresos o la categoría social, en el antiguo sentido.

El orgullo de credo es otra variedad de la misma clase de sentimiento. Cuando, recientemente, regresé de China, diserté acerca de ese país en Esta-

dos Unidos en varios clubs femeninos. Siempre había una mujer de edad que parecía estar dormida durante toda la conferencia, pero que al final me preguntaba, un tanto ominosamente, por qué había omitido mencionar que los chinos, siendo paganos, no podían, naturalmente, tener virtudes. Imagino que los mormones de Salt Lake City debieron de adoptar actitudes similares cuando admitieron en su seno a no mormones. Durante toda la Edad Media, cristianos y mahometanos estaban completamente persuadidos de la perversidad de los miembros del otro grupo y se sentían incapaces de dudar de su propia superioridad.

Todas éstas son formas agradables de sentirse «magnífico». A fin de ser dichosos, necesitamos toda suerte de respaldos para nuestra propia estima. Somos seres humanos, y por lo tanto los seres humanos son la meta de la creación. Somos estadounidenses, y en consecuencia Estados Unidos es el país de Dios. Somos blancos, y Dios maldijo a Cam y sus descendientes, que eran negros. Somos protestantes o católicos, según el caso, y por ello los católicos o los protestantes, según sea el caso, son una abominación. Somos hombres, en vista de lo cual las mujeres son irrazonables; o somos mujeres, y entonces los hombres son unos salvajes. Somos

orientales, y por eso Occidente es cerril y velludo; o somos occidentales, y Oriente es afeminado. Trabajamos con el cerebro, y en vista de ello son las clases educadas las importantes; o trabajamos con las manos, y entonces sólo la labor manual confiere dignidad. Finalmente, y por encima de todo, cada uno de nosotros tiene un mérito que es absolutamente único: somos Nosotros Mismos. Con estas consoladoras reflexiones salimos a combatir contra el mundo; sin ellas podría faltarnos el valor. Sin ellas, tal como están las cosas, nos sentiríamos inferiores, porque no hemos aprendido el sentimiento de igualdad. Si pudiésemos sentir legítimamente que somos los iguales de nuestros prójimos, ni sus superiores ni sus inferiores, quizá la vida sería mucho menos una batalla y necesitaríamos mucho menos del mito embriagador para procurarnos una falsa bravura.

Una de las ilusiones más interesantes y perniciosas a que pueden someterse los hombres es la de imaginarse instrumentos especiales de la Voluntad Divina. Sabemos que cuando los israelitas invadieron la Tierra Prometida fueron ellos los que cumplían con el Propósito Divino, y no los hititas, los girgashitas, los amonitas, los canaanitas, los perizzitas, los hivitas o los jebbusitas. Quizá, si esos otros

hubiesen escrito largos libros de historia, la cuestión habría tenido un aspecto un tanto distinto. En rigor, los hititas dejaron algunas inscripciones, de las que jamás podría deducirse que fueron unos despreciables atrasados. Se descubrió, *a posteriori*, que Roma estaba destinada por los dioses a la conquista del mundo. Luego llegó el islam con su fanática creencia de que cada soldado que moría en el combate por la verdadera Fe iba directamente a un paraíso más atrayente que el de los cristianos, ya que las huríes son más atractivas que las arpas. Cromwell estaba convencido de ser un instrumento de justicia divinamente nombrado para suprimir a los católicos y a los malignos. Andrew Jackson era el agente del Destino Manifiesto para liberar a Estados Unidos de los íncubos de los españoles violadores del descanso sabático. En nuestros días, la espada del Señor ha sido puesta en manos de los marxistas. Hegel pensaba que la dialéctica, con lógica fatalista, había conferido la supremacía a Alemania. «No –dijo Marx–, no a Alemania, sino al proletariado.» Esta doctrina tiene parentesco con las doctrinas anteriores del Pueblo Elegido y el Destino Manifiesto. En su carácter de fatalismo, ha visto la lucha de los oponentes como una lucha contra el destino, y argüido que, por lo tanto, el hombre

prudente debe ponerse del lado triunfador tan pronto como le sea posible. Es por eso por lo que ese argumento es tan útil políticamente. La única objeción es que supone un conocimiento de los propósitos divinos que ningún hombre racional puede pretender poseer, y que en la ejecución de tales propósitos justifica una crueldad implacable que sería condenada si el programa tuviese un origen meramente mundanal. Es bueno saber que Dios está de nuestra parte, pero resulta un tanto desconcertante encontrar al enemigo igualmente convencido de lo contrario. Para citar los versos inmortales del poeta, escritos durante la Primera Guerra Mundial:

> *Gott strafe England* y Dios salve al Rey.
> Dios esto y Dios lo otro y Dios lo
> de más allá.
> «Buen Dios –dijo Dios–, ya me han
> preparado el trabajo.»

La creencia en una misión divina es una de las muchas formas de certidumbre que han atacado a la especie humana. Creo que quizás una de las cosas más sabias que jamás se hayan dicho fue pronunciada cuando Cromwell dijo a los escoceses, antes

de la batalla de Dunbar: «Os lo ruego por las entrañas de Cristo: creed posible que estéis equivocados». Pero los escoceses no creyeron tal cosa, y entonces tuvo que derrotarlos en la batalla. Es una lástima que Cromwell nunca se haya hecho la misma observación a sí mismo. La mayoría de los grandes males que los hombres han infligido a los hombres nacieron de que la gente se sentía completamente segura de algo que, en realidad, era falso. Conocer la verdad es más difícil de lo que la mayoría de los hombres suponen, y actuar con implacable determinación, en la creencia de que la verdad es el monopolio de un partido, es atraer hacia sí el desastre. Siempre deben considerarse con suspicacia los largos cálculos tendentes a demostrar que cierto mal del presente vale la pena de ser infligido con vistas a algún dudoso beneficio del futuro, porque, como dice Shakespeare: «Lo por venir es aún incierto». Los hombres más sagaces pueden equivocarse ampliamente si profetizan para más allá de los siguientes diez años. Algunas personas considerarán que una doctrina de este tenor es inmoral, pero, a fin de cuentas, es lo que dice el Evangelio: «No pienses en el mañana».

En la vida pública, como en la privada, lo importante es la tolerancia y la bondad, sin la pre-

sunción de una habilidad sobrehumana para leer en el futuro.

En lugar de titular este ensayo «Ideas que han perjudicado a la humanidad», quizá debería haberlo llamado simplemente «Las ideas han perjudicado a la humanidad», porque, viendo que el futuro no puede ser predicho y que hay una variedad casi interminable de posibles creencias en él, es muy débil la posibilidad de que cualquier creencia que un hombre sustente sea cierta. De cualquier cosa que se piense que ocurrirá de aquí a diez años, a menos que se trate de algo como que el sol saldrá mañana –que no tiene nada que ver con las relaciones humanas–, puede tenerse la seguridad de estar equivocado. Encuentro que este pensamiento es consolador, cuando recuerdo algunas lúgubres profecías de las que yo mismo he sido irreflexivamente culpable.

Pero se me dirá: ¿cómo es posible gobernar salvo bajo la suposición de que el futuro, hasta cierto punto, puede ser predicho? Admito que cierto grado de previsión es necesario, y no sugiero que seamos completamente ignorantes. Es correcto profetizar que, si se le dice a un hombre que es un pillastre y un tonto, éste no nos amará, y es correcto profetizar que, si se le dice la misma cosa a sesen-

ta millones de personas, éstas no nos amarán. Es seguro suponer que la competencia salvaje no producirá un sentimiento de buena camaradería entre los competidores. Es altamente probable que, si dos estados equipados con armamento moderno se enfrentan el uno al otro a través de una frontera, y si sus principales estadistas se dedican a insultarse mutuamente, la población de cada lado, con el tiempo, se pondrá nerviosa y un lado atacará por miedo a que el otro lo haga antes. Es seguro suponer que una gran guerra moderna no elevará el nivel de prosperidad ni siquiera entre los vencedores. Tales generalizaciones no son difíciles de conocer. Lo que resulta difícil es prever en detalle las consecuencias de largo alcance de una política concreta. Bismarck, con suma astucia, ganó tres guerras y unificó Alemania. El resultado a largo plazo de su política ha sido que Alemania sufrió dos colosales derrotas. Éstas sucedieron porque él enseñó a los alemanes a mostrarse indiferentes a los intereses de cualquier país que no fuese Alemania, y engendró un espíritu agresivo que a la postre unió al mundo contra sus sucesores. El egoísmo que va más allá de cierto punto, ya se trate del egoísmo individual o nacional, no es prudente. Con suerte, puede triunfar, pero si fracasa, su fracaso es terri-

ble. Pocos hombres correrán este riesgo, a menos que estén respaldados por una teoría, porque sólo las teorías hacen a los hombres completamente incautos.

Pasando del punto de vista moral al puramente intelectual, tenemos que preguntarnos qué puede hacer la ciencia social para establecer las leyes causales que ayuden a los estadistas a tomar decisiones políticas. Han comenzado a conocerse algunas cosas de verdadera importancia, tales como, por ejemplo, la forma de evitar las depresiones económicas y el desempleo a gran escala como los que el mundo sufrió después de la pasada guerra. También se sabe ahora en general, por los que se han tomado la molestia de estudiar el asunto, que sólo un gobierno internacional puede impedir la guerra, y que es poco probable que la civilización sobreviva a más de otra gran guerra, si es que sobrevive siquiera a una. Pero, aunque estas cosas se conocen, el conocimiento no es eficaz; no ha penetrado en las grandes masas de los hombres, y no es lo bastante fuerte para dominar siniestros intereses. Hay, en rigor, mucha más ciencia social de la que los políticos se sienten capaces de aplicar o dispuestos a hacerlo. Algunas personas atribuyen este fracaso a la democracia, pero a mí me parece más mar-

cado en las autocracias que en cualquier otro sistema. Sin embargo, la fe en la democracia, como cualquier otra creencia, puede ser llevada a un punto tal que se torne fanática y, por lo tanto, perjudicial. Un demócrata no tiene por qué creer que la mayoría decidirá siempre sabiamente; lo que tiene que creer es que la decisión de la mayoría, sabia o no, tiene que ser aceptada hasta que llegue el momento en que la mayoría decida otra cosa. Y esto no lo creerá por algún concepto místico de la sabiduría del hombre común, sino como la mejor forma práctica de poner el reinado de la ley en el lugar del reinado de la fuerza arbitraria. Tampoco cree necesariamente el demócrata que la democracia sea siempre y en todas partes el mejor sistema. Hay muchas naciones a las que les falta la autocontención y la experiencia que se necesitan para el éxito de las instituciones parlamentarias, naciones que el demócrata, si bien desearía que adquiriesen la necesaria educación política, reconocerá que es inútil endosarles prematuramente un sistema que casi seguramente se derrumbará. En política, como en las demás cosas, no se puede tratar con absolutos; lo que es bueno en un momento y lugar puede ser malo en otro, y lo que satisface los instintos políticos de una nación puede en otra parecer totalmente

fútil. La meta general del demócrata es sustituir el gobierno de la fuerza por el gobierno del consenso general, pero esto requiere una población que haya tenido cierto adiestramiento. Dada una nación dividida en dos porciones aproximadamente iguales que se odian la una a la otra y ansían lanzarse la una al cuello de la otra, la parte que es algo menor que la mitad no se someterá dócilmente a la dominación de la otra parte, ni la que es mayor que la mitad mostrará, en el momento de la victoria, la clase de moderación que cerraría la brecha.

El mundo, en la actualidad, necesita dos cosas. Por un lado, organización (organización política para la eliminación de las guerras, organización económica para permitir a los hombres trabajar productivamente, especialmente en los países que han sido devastados por la guerra, organización educativa para engendrar un internacionalismo sano). Por otro lado necesita ciertas cualidades morales: las cualidades que han sido defendidas por los moralistas durante muchos siglos, pero hasta ahora con poco éxito. Las cualidades más necesarias son la caridad y la tolerancia, no alguna forma de fe fanática como la que nos ofrecen los distintos y desenfrenados ismos. Creo que estas dos metas, la organizativa y la ética, están estrechamente entrelazadas;

si se diera la una, la otra seguiría bien pronto. Pero, en efecto, si el mundo quiere moverse en la dirección correcta, tendrá que moverse simultáneamente en ambos sentidos. Tendrá que haber una gradual disminución de las malas pasiones que son el resultado natural de la guerra, y un aumento gradual de las organizaciones por medio de las cuales los hombres pueden prestarse ayuda mutua. Tendrá que cobrarse conciencia a la vez intelectual y moral de que todos formamos una familia, y de que la felicidad de una rama de esta familia no puede construirse con seguridad sobre las ruinas de otra. En la actualidad, los defectos morales obstaculizan el pensamiento claro, y los pensamientos confusos alientan los defectos morales. Quizás, aunque apenas me atrevo a esperarlo, la bomba de hidrógeno aterrorizará a la humanidad y le infundirá cordura y tolerancia. Si esto ocurriera, tendríamos motivos para bendecir a sus inventores.

Hombres eminentes que he conocido

En el curso de mi vida he conocido a muchos hombres y mujeres eminentes, desde la época victoriana hasta estos días. La cualidad de ser inolvidable, o personalmente impresionante, no ha sido mayor, según mis experiencias, en los que han dejado una impronta mayor en la historia, salvo en unos pocos casos. Mi único encuentro con la reina Victoria fue a la edad de dos años, y desdichadamente no puedo recordarlo, pero mis padres notaron con sorpresa que mi comportamiento era sumamente respetuoso. Por otro lado, a la misma edad conocí a Robert Browning, a quien muchos consideraban el mejor poeta de su época; interrumpí su disertación diciendo con voz penetrante: «Me gustaría que ese hombre dejase de hablar». Le vi frecuentemente en los últimos años de su vida, y no descubrí en él nada que impusiera reverencia. Era un anciano caballero agradable y bondadoso,

que se encontraba muy a gusto en los tés de damas de edad mediana, apuesto, suave y completamente domesticado, pero carente del divino fuego que uno espera de un poeta.

Por otro lado, Tennyson, a quien también vi frecuentemente, actuaba siempre como poeta, y por ese motivo fue objeto de mi desprecio adolescente. Solía pasearse majestuosamente por la campiña envuelto en una flotante capa italiana, fingiendo muy enfáticamente no ver a la gente con la que se topaba y exhibiendo el comportamiento adecuado a la abstracción poética. De los demás poetas que conocí, creo que el más inolvidable fue Ernest Toller, principalmente gracias a su capacidad de intenso sufrimiento impersonal. Rupert Brooke, a quien conocí bastante bien, era guapo y estaba lleno de vida, pero la impresión quedaba arruinada por un toque de insinceridad byroniana y por cierta rimbombancia.

Entre los filósofos eminentes, excluyendo a los hombres que todavía viven, el más impresionante, para mí, fue William James. Y esto a pesar de su completa naturalidad y de la ausencia de toda aparente conciencia de ser un gran hombre. Ni el mayor grado de sentimiento democrático y de deseo de identificarse con el rebaño común podían

hacer de él otra cosa que un aristócrata natural, un hombre cuya distinción personal obligaba al respeto. Algunos filósofos –no necesariamente los más capaces– son impresionantes gracias a su cualidad de honestidad intelectual. Entre ellos, un buen ejemplo era Henry Sidgwick, quien fue mi profesor de ética. En su juventud, las becas de Cambridge estaban abiertas solamente para los que firmaban los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra. Años después de haberlos firmado, surgieron en él dudas, y aunque no se esperaba que afirmara que sus creencias permanecían inmutables, decidió que su deber era renunciar. Esta acción apresuró el cambio de la ley y puso fin a las antiguas restricciones teológicas. Como maestro, mostró la misma honestidad, y consideraba las objeciones de los alumnos tan cortésmente como si hubiesen sido presentadas por sus colegas. Esto hizo que sus enseñanzas fuesen más fructíferas que las de muchos hombres más capaces.

Los hombres de ciencia, en el mejor de los casos, resultan impresionantes en una forma especial, que es una combinación de un gran intelecto con una simplicidad infantil. Cuando digo «simplicidad» no me refiero a nada que implique falta de inteligencia; me refiero al hábito de pensar impersonalmente,

sin considerar las ventajas o desventajas mundanas de una opinión o una acción. Entre los hombres de ciencia que he conocido, Einstein es un supremo ejemplo de esta cualidad. Llegando a los políticos, he conocido a siete primeros ministros, desde mi abuelo (que fue primer ministro en 1846) hasta míster Attlee. Gladstone fue, con mucho, el más inolvidable de ellos, y todos los que le conocían le llamaban «míster» Gladstone. El único otro hombre que me era conocido en la vida pública y a quien podía considerar su igual por lo personalmente impresionante era Lenin. Míster Gladstone era el victorianismo corporizado; Lenin era las fórmulas marxistas corporizadas: ninguno de los dos era del todo humano, pero ambos tenían el poder de una fuerza natural.

Míster Gladstone, en la vida privada, dominaba por el poder de su mirada, que era rápida y penetrante, y calculada para inspirar terror. Uno sentía, como un chiquillo en presencia de un maestro de la época antigua, un constante impulso de decir: «Por favor, señor, no fui yo».Y todos sentían lo mismo. No puedo imaginarme a un ser humano que se hubiese aventurado a relatarle una historia ni siquiera mínimamente *risqué;* su horror moral habría congelado al narrador hasta convertirle en piedra.

Yo tuve una abuela que era la mujer más formidable que conocí; otros hombres eminentes se acobardaban invariablemente ante ella. Pero en una ocasión, cuando míster Gladstone debía venir a tomar el té, ella nos dijo a todos por anticipado que le soltaría cuatro frescas en cuanto a su política respecto a Irlanda, que ella desaprobaba enérgicamente. Él llegó, y yo estuve presente durante todo el tiempo, esperando, casi sin aliento, el anunciado choque. ¡Ay!, mi abuela fue toda blanduras, y no dijo ni una sola sílaba que hiciese rugir al león; nadie podría haber adivinado que estaba en desacuerdo con él en ningún sentido.

La experiencia más aterradora de mi vida está relacionada con míster Gladstone. Cuando yo tenía diecisiete años y era un joven sumamente tímido y torpe, él vino a casa de mi familia para pasar un fin de semana.Yo era el único «hombre» de la casa, y después de la cena, cuando las damas se retiraron, quedé *tête-à-tête* con el ogro. Estaba demasiado petrificado para llevar a cabo mis funciones de anfitrión, y él no hizo nada para ayudarme. Permanecimos sentados en silencio durante largo tiempo; por fin, con su atronadora voz de bajo, condescendió a pronunciar su primera y única frase: «Es un buen oporto, este que me han dado, pero,

¿por qué me lo sirven en una copa de clarete?». Desde entonces me he visto ante plebes enfurecidas, jueces encolerizados y gobiernos hostiles, pero nunca he vuelto a sentir tanto terror como en ese candente momento.

Una profunda convicción moral era la base de la influencia política de míster Gladstone. Tenía toda la habilidad de un político inteligente, pero se sentía sinceramente convencido de que cada una de sus maniobras estaba inspirada por los más nobles propósitos. Labouchere, que era un cínico, le describió con la frase: «Como todos los políticos, siempre tiene guardado un as en la manga; pero, a diferencia de los demás, cree que es Dios quien lo ha puesto allí». Invariablemente consultaba con sinceridad a su conciencia, e invariablemente su conciencia le daba con sinceridad la respuesta más conveniente.

La fuerza de su personalidad está ilustrada por la historia –verdadera o falsa– de su encuentro con un borracho en un mitin. Parece que este hombre era del partido político opuesto, y le interrumpía con frecuencia. Al cabo, míster Gladstone fijó en él su mirada y pronunció estas palabras: «Permítaseme rogar al caballero que, no una, sino repetidas veces, ha interrumpido mis observaciones con sus interjecciones, me conceda tan gran cortesía como

la que, si yo estuviese en su lugar y él en el mío, le concedería yo sin vacilación alguna». Se dice, y me resulta fácil creerlo, que el hombre perdió la borrachera con el golpe y permaneció silencioso el resto de la noche.

Cosa extraña, casi la mitad de sus compatriotas, incluso una gran mayoría de los acaudalados, le consideraba perverso, loco, o ambas cosas. Cuando yo era un niño, la mayor parte de los niños que conocía eran conservadores, y me aseguraban solemnemente, como cosa bien conocida, que míster Gladstone encargaba todas las mañanas veinte sombreros de copa a distintos sombrereros, y que miss Gladstone tenía que seguirle y anular los pedidos. (Esto ocurría antes de los días del teléfono.) Los protestantes le suponían en asociación secreta con el Vaticano; los ricos lo consideraban (con pocas excepciones) como míster Roosevelt era considerado por los más reaccionarios de los estadounidenses ricos. Pero él se mantenía sereno, porque jamás dudó de que el Señor estuviese de su parte. Y para la mitad de la nación era casi un dios.

Lenin, con quien mantuve una larga conversación en Moscú en 1920, era, superficialmente, muy distinto de Gladstone, y, sin embargo, dejando de lado las diferencias de tiempo y lugar, y de cre-

do, los dos hombres tenían mucho en común. Para comenzar con las diferencias: Lenin era cruel, cosa que Gladstone no era; Lenin no tenía respeto alguno por la tradición, en tanto que Gladstone lo tenía, y mucho; Lenin consideraba que todos los medios eran legítimos para conseguir la victoria para su partido, en tanto que para Gladstone la política era un juego con ciertas reglas que debían ser observadas. Todas estas diferencias, en mi opinión, son a favor de Gladstone, y, en efecto, Gladstone, en conjunto, tuvo efectos beneficiosos, en tanto que los efectos de Lenin fueron desastrosos. Sin embargo, a despecho de todas estas diferencias, los puntos de semejanza eran igualmente profundos. Lenin creía ser un ateo, pero se equivocaba. Pensaba que el mundo estaba gobernado por la dialéctica, cuyo instrumento era él; del mismo modo, Gladstone se concebía como el agente humano de un Poder sobrehumano. Su inexorabilidad e inescrupulosidad se referían únicamente a los medios, no a los fines; no habría estado dispuesto a comprar el poder personal a expensas de la apostasía. Ambos hombres extraían su fuerza personal de su inconmovible convicción en su propia rectitud. Ambos, en respaldo de sus respectivas fes, se aventuraron en reinos en los que,

por ignorancia, sólo podían cubrirse de ridículo: Gladstone en los comentarios de la Biblia, Lenin en la filosofía.

De los dos, pienso que Gladstone fue el más inolvidable como personalidad. Tomo como prueba lo que habría pensado de ellos si los hubiese encontrado en un tren sin saber quiénes eran. En tales circunstancias, Gladstone, estoy convencido, me habría parecido uno de los hombres más notables que jamás hubiese conocido, y me habría reducido muy pronto a una muda apariencia de asentimiento. Lenin, por el contrario, me habría parecido, creo, a primera vista, un fanático de mentalidad estrecha y un cínico de poca monta. No digo que tal juicio hubiese sido justo; habría sido injusto, pero no positivamente, sino por lo que habría omitido. Cuando conocí a Lenin, tuve mucha menos impresión de un gran hombre de lo que esperaba; mis más vívidas impresiones fueron de fanatismo y crueldad mogólica. Cuando le interrogué acerca del socialismo en la agricultura, me explicó con júbilo cómo había azuzado a los campesinos más pobres contra los más ricos: «Y muy pronto les colgaron de los árboles más cercanos, ¡ja, ja, ja!». Sus risotadas ante el recuerdo de los muertos hicieron que la sangre se me congelara.

Las cualidades que hacen a un dirigente político eran menos evidentes en Lenin que en Gladstone. Dudo de que el primero hubiese podido llegar a ser un dirigente en tiempos más tranquilos. Su poder dependía del hecho de que, en una nación desconcertada y derrotada, él, casi solo, no tuvo dudas, y presentó esperanzas de una nueva clase de victoria a despecho del desastre militar. Parecía demostrar su evangelio por medio de fríos razonamientos, que invocaban a la lógica como su aliada. De tal modo, el apasionamiento de sus seguidores parecía, para ellos como para él, contar con la sanción de la ciencia y constituir el único medio con que podía salvarse al mundo. Robespierre debió de tener algo de la misma cualidad.

He hablado de hombres que eran eminentes en uno u otro sentido. Pero en rigor me he sentido impresionado con igual frecuencia por hombres y mujeres de ninguna eminencia. Lo que he encontrado más inolvidable es cierta especie de cualidad moral, una cualidad de abnegación, ya sea en la vida privada, en los asuntos públicos o en la persecución de la verdad. En una época tuve un jardinero que no sabía leer ni escribir, pero era un perfecto tipo de bondad sencilla, tal como a Tolstoi le agradaba describir entre los campesinos. Un hombre a quien,

gracias a su pureza de corazón, nunca olvidaré, fue E. D. Morel. Como empleado de muelle en Liverpool, se enteró de los horrores de la explotación del Congo por parte del rey Leopoldo. A fin de hacer público lo que sabía, tuvo que sacrificar su puesto y su medio de subsistencia. Por su propia cuenta al principio, despertó gradualmente, a despecho de la oposición de todos los gobiernos de Europa, a la opinión pública, y obligó a efectuar reformas. La nueva consideración que de tal modo había conquistado para sí, la sacrificó con su pacifismo durante la guerra, en el transcurso de la cual fue encarcelado. Vivió hasta muy poco después de la formación del primer gobierno laborista, del que Ramsay MacDonald le excluyó con la esperanza de hacer que su propio pasado pacifista fuese olvidado. El éxito mundanal llega muy pocas veces para tales hombres, pero ellos inspiran amor y admiración en los que les conocen, amor y admiración que superan los que se concede a los que son menos puros de corazón.

Nota necrológica*
(1937)

Con la muerte del tercer conde Russell (o Bertrand Russell, como prefería llamarse), a la edad de noventa años, se ha cortado un lazo de unión con un pasado muy distante. Su abuelo, lord John Russell, el primer ministro victoriano, visitó a Napoleón en Elba; su abuela materna era amiga de la viuda del joven pretendiente. En su juventud hizo trabajos de importancia en el terreno de la lógica matemática, pero su actitud excéntrica durante la Primera Guerra Mundial reveló una falta de juicio equilibrado que infectó cada vez más sus escritos posteriores. Quizás esto deba atribuirse, al menos en parte, al hecho de que no gozó de las ventajas de la educación de las escuelas públicas, sino que recibió enseñanzas en su hogar, por tutores, hasta la edad

* Esta nota necrológica será (o no será) publicada en *The Times* del 1 de junio de 1962, en ocasión de mi lamentada pero tardía muere. Fue impresa proféticamente en *The Listener,* en 1937.

de dieciocho años, en que ingresó en el Trinity College, en Cambridge, llegando a ser 7° graduado en matemáticas en 1893 y miembro en 1895. Durante los quince años que siguieron, produjo los libros sobre los que se basó su reputación en el mundo ilustrado: *Los fundamentos de la Geometría, La filosofía de Leibniz, Los principios de las Matemáticas* y (en colaboración con el doctor A. N. Whitehead) *Principia Mathematica.* Esta última obra, que fue de gran importancia en su época, debió indudablemente mucho de su superioridad al doctor (más tarde profesor) Whitehead, un hombre que, como lo demostraron sus escritos subsiguientes, poseía ese discernimiento y profundidad espiritual tan notablemente ausentes en Russell; porque las argumentaciones de Russell, ingeniosas e inteligentes como son, hacen caso omiso de esas más altas consideraciones que trascienden la mera lógica.

Esta falta de hondura espiritual se hizo dolorosamente evidente durante la Primera Guerra Mundial, cuando Russell, aunque (justo es decirlo) nunca menospreció el daño inferido a Bélgica, sostuvo perversamente que, como la guerra es un mal, la meta del gobierno debería ser la de poner fin a la guerra tan pronto como fuera posible, cosa que se lograría mediante la neutralidad inglesa y una victoria ale-

mana. Debe suponerse que sus estudios matemáticos le llevaron a adoptar una actitud erróneamente cuantitativa que pasaba por alto la cuestión de principio implicada en el caso. Durante toda la guerra continuó instando para que se la concluyera, no importaba en qué condiciones. El Trinity College, muy correctamente, le privó de su cátedra, y durante algunos meses de 1918 estuvo encarcelado.

En 1920 hizo una breve visita a Rusia, cuyo gobierno no le impresionó favorablemente, y una visita más larga a China, donde gozó con el racionalismo de la civilización tradicional, con su sabor dieciochesco, que todavía pervive. En los años subsiguientes sus energías fueron derrochadas en escritos que abogaban por el socialismo, la reforma educacional y un código de moral menos rígido en lo referente al matrimonio. En ocasiones, sin embargo, volvió a temas menos trillados. Sus escritos históricos, por su estilo y su ingenio, ocultan a los lectores descuidados la superficialidad del anticuado racionalismo que profesó hasta el final.

En la Segunda Guerra Mundial no tuvo ninguna participación pública, habiendo escapado a un país neutral un poco antes de su estallido. En conversaciones privadas le placía decir que los lunáticos homicidas hacían bien en matarse los unos a

los otros, pero que los hombres sensatos tenían que apartarse del camino de ellos en esos momentos. Afortunadamente, su opinión, que recuerda a Bentham, se ha hecho rara en esta época, que reconoce que el heroísmo tiene un valor independiente de su utilidad. Es cierto que mucho de lo que otrora fue el mundo civilizado yace en ruinas; pero ninguna persona que piense con rectitud puede admitir que los que murieron en la gran lucha por el derecho han muerto en vano.

Su vida, a pesar de todas sus vacilaciones, tuvo cierta coherencia anacrónica, con reminiscencias de la de los rebeldes aristocráticos de principios del siglo XIX. Sus principios eran curiosos, pero, fuesen los que fuesen, gobernaban sus acciones. En su vida privada no mostró nada de la acritud que perjudicaba sus escritos, sino que era un conversador afable y no carente de simpatía humana. Tuvo muchos amigos, pero sobrevivió a casi todos ellos. Aun así, a los que quedaron les pareció, en su extrema vejez, lleno de alegría, sin duda debido, en gran parte, a su invariable buena salud, porque políticamente, durante sus últimos años, estuvo tan aislado como Milton después de la Restauración. Fue el último superviviente de una época muerta.

Esta edición de *Ensayos impopulares*,
de Bertrand Russell,
se terminó de imprimir en Romanyà/Valls,
el día 14 de enero de 2003

Los libros de Sísifo son libros que tal vez no habría que leer, obras que acarreamos para conseguir tan sólo más y más peso sobre nuestras espaldas, porque son libros que rompen el pensamiento único, que nos llevan a reflexiones y temas que no hubiéramos conocido sin ellos. Son libros que, hoy en día, se puede creer que constituyen un trabajo inútil, como el de Sísifo.Y sin embargo ese esfuerzo es necesario...

BERTRAND RUSSELL
en Los libros de Sísifo

Por qué no soy cristiano y otros ensayos
Ed. de Paul Edwards

Elogio de la ociosidad

Misticismo y lógica

Lo mejor de Bertrand Russell
Ed. de Robert Egner

«La primera tutoría de mis dimensiones políticas y religiosas [...] la ejerció Bertrand Russell. Lo leí antes que a nadie y me sigue siendo útil después de haber abandonado a tantos otros»

FERNANDO SAVATER

Lo que, en irónica respuesta a sus críticos, Bertrand Russell tituló sus *Ensayos impopulares*, resultan aún hoy un conjunto de textos muy polémicos que obligan a replantearse las relaciones entre la filosofía y el poder político, los límites de la tolerancia, el sistema educativo como transmisor de valores, el poder del fanatismo religioso e ideológico o los caminos a que puede conducirnos el mestizaje cultural.

Sin embargo, como explica el propio Russell en el prólogo, también es acertado el título porque, ciertamente, «hay varias frases en este volumen que algunos chiquillos extraordinariamente tontos de diez años podrían encontrar un tanto desconcertantes».

Con el talento que siempre le caracterizó para hacer accesibles a los lectores no especializados sus reflexiones filosóficas, Bertrand Russell nos dejó en este libro unos ensayos que cobran singular vigencia en nuestros días.

ISBN 84-350-2713-9
10003
9 788435 027137